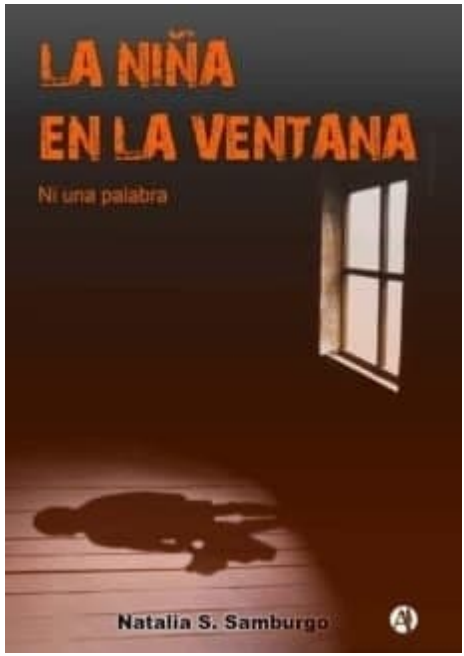
LA NIÑA EN LA VENTANA

Ni una palabra

Natalia S. Samburgo



La niña en la ventana
Introducción de la autora
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo Vil
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII

Capítulo XXIV
Regalo de la autora para todos los niños
NATALIA S. SAM BURGO
La niña en la ventana

Editorial Autores de Argentina
Samburgo, Natalia S.
La niña en la ventana / Natalia S. Samburgo. - ia ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2020.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: online
isbn 978-987-87-0810-2
i. Novelas. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
cdd A863
Editorial Autores de Argentina
www.autoresdearentina.com
Mail: info@autoresdeargentina.com
Queda hecho el depósito que establece la LEY 11.723
Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*
Dedicado a toda mi familia en Argentina y *en Estados Unidos. Para mis amigas. Para mis lectores.*
Introducción de la autora
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo Vil
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV

Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Regalo de la autora para todos los niños

Introducción de la autora

El magistral paisaje de Mendoza se erige rodeando sucesos día a día. Algunos salen a la luz, y otros quedan ocultos... En esta provincia argentina, han ocurrido hechos sorprendentes que dejarían a más de uno con el aliento contenido.

Luego de llevar un caso muy importante durante meses, Iván y Jacinto tendrán que enfrentarse a la realidad que los atormenta mientras resuelven una nueva intriga. Aunque, quizás, las cosas no son tan novedosas como parecen y los hechos se vienen pergeñando desde hace muchos años.

Te invito a acompañarme a resolver este caso junto a ellos. Necesitarán de mucha ayuda y deberán confiar en sus instintos. Pero los problemas personales y los fantasmas amenazarán con perjudicar su trabajo.

Un nuevo jefe al que deberán apoyar y aprender a entender. Un nuevo caso, que no será tal hasta que lo descubran. Una nueva sospecha y un nuevo compañero que se ganará un lugar entre ellos.

Acompáñame a observar que están haciendo. Quién te dice... tal vez, podemos ayudarlos.

Los hombres no son prisioneros del destino, son solo prisioneros de sus propias mentes.

Franklin D. Roosevelt

Prólogo

BUENOS AIRES, ARGENTINA. FEBRERO DE 201ˆ.

Aguardó, mientras el tono de llamada se repetía en la línea. Intentaba comunicarse con su madre. Por fin, al cuarto sonido se escuchó el *aló* del otro lado.

—¡Hola, mamá!

—¡Hola, hijito! ¿Cómo está todo por allá?

—Muy bien. Tengo novedades. Estoy súper feliz.

—Quiero saber ya mismo qué es lo que te tiene tan contento.

—Me dieron el trabajo. Ya estoy en mi puesto desde el lunes. —El muchacho esperó expectante la reacción de su madre.

—¡Oh! ¡Eso es maravilloso! ¿Fuiste al estudio jurídico que les

recomendó el tío Aldo? —la mujer se refería a su hermano, quien les había brindado el contacto de un bufete de abogados bastante nuevo que buscaba estudiantes de abogacía, principiantes, para incorporar a su nómina.

—Sí, mamá. Igual no fue fácil. Me hicieron todas las entrevistas correspondientes y, por lo que me enteré, fueron muchos los postulantes.

—¡Bravo, hijo! Felicitaciones... De todas maneras, te pido que no descuides lo otro.

—No. Eso lo maneja muy bien mi hermano. Pero yo necesito este trabajo, para algo estudié —mencionó decepcionado. Su madre siempre se ocupaba de opacar los momentos felices.

—Sí, lo sé, cariño, lo sé. Pero, por favor, no dejes a tu hermano solo. Tiene muchas cosas de las que ocuparse.

—No te preocupes, mamá. Él está muy contento por mí y, además, ya está tramando algo para lograr ventajas desde la posición que yo obtenga en el estudio.

—Ese hombre es un genio. Lo entrené muy bien, parece...

—Bueno... —titubeó el muchacho algo ofendido.

—"Ambos" son mi orgullo —aclaró la mujer alertada por el silencio de su hijo, que dejaba entrever los celos hacia su hermano.

—Gracias. Bueno... quería contarte esta buena noticia.

—Sí, mi amor. Gracias por compartirla conmigo.

—¿Cuándo venís a visitarnos? —consultó el joven, sonando ahora algo melancólico porque extrañaba a su madre.

—Pronto, hijo. En cualquier momento estaré por allí.

—¿Y nosotros para allá? ¿Alguna vez podremos ir? ¿Cómo está papá?

—Él está bien. No vuelvas a preguntar si van a venir a esta ciudad. Sabés muy bien que eso es imposible —dijo la madre de manera delicada, pero con un tono más autoritario.

—Lo sé, pero nunca voy a perder la esperanza de que las cosas cambien.

—Quiero que lo entiendas de una vez por todas: las cosas nunca van a cambiar.

La llamada se cortó.

Capítulo I

MENDOZA, ARGENTINA. AÑO 2OOJ.

Salió de la clínica abrazando a su mujer. Quería protegerla de las miradas acusatorias o de lástima, con que la acribillaban. La gente se amontonaba a la salida del sanatorio. Los móviles de TV ocupaban la calle, la policía y el personal de seguridad intentaban controlar el paso. Bea no debía sufrir, ya había tenido suficiente, y él se encargaría de eso. Habían perdido un hijo. Otro hijo. La peor noticia llegó a sus

oídos pasadas las dos de la madrugada. La espera se hizo insostenible y su corazón ya no aguantó. Murió con la esperanza de que ese órgano llegara desde algún lugar. Murió con la sonrisa que lo mantenía vivo día a día.

Martín Valente era un niño de ocho años que había nacido con una enfermedad congénita. Su insuficiencia cardíaca se hizo notar desde muy pequeño. Luego de varias operaciones, tuvo unos años de tranquilidad solo con controles y estudios periódicos. Fue un niño alegre, sostenido por sus padres, acompañado de su tío que lo mimaba hasta el infinito. La pérdida de su hermano lo había afectado anímicamente y se preveía un futuro incierto. A los seis años un nuevo episodio lo dejó a la deriva, a la espera de un milagro que jamás alcanzó a llegar.

Osvaldo Valente, padre de Martín y director del Instituto para Sordomudos de la Provincia de Mendoza desde hacía tres años, estaba devastado por el dolor de la pérdida y, más aún, por suponer, con fundamentos, que su mujer no se repondría tan fácilmente. Estaba muy preocupado por ella. Sin embargo, con mucho valor fue Bea quien se encargó de los trámites y de preparar el cuerpo de su hijo. Ella no dejó que él se ocupara de nada. Le ahorró ese dolor.

Cinco años atrás habían perdido otro hijo, víctima de la misma enfermedad y que también estaba a la espera de un corazón, y Bea había procedido igual: a pesar del momento fatal, se ocupó de todo, dejándose caer en la depresión luego de que todo estuvo resuelto.

Les quedaba su hija Maribel, nacida unos meses atrás. Hasta el momento, no presentaba signos de tener la misma enfermedad que sus hermanos, aunque su padre la hacía pasar por constantes controles de igual manera. Los médicos lo tranquilizaban con que la beba estaba en perfectas condiciones, pero él insistía en someterla a estudios complejos para descartar cualquier patología.

Desde el momento en el que la niña nació, se había jurado a sí mismo protegerla de cualquier mal. Ahora que había perdido un segundo hijo, esta idea se reafirmó y era momento de llevarla a cabo. Debía poner manos a la obra. Pensó en que contaría con el apoyo de su hermano Rodrigo, un integrante de la institución que él dirigía. No estaba seguro de si su esposa lo ayudaría, aunque ella misma le había contado algo acerca de un negocio que conocía y que tenía muy buenos resultados. El tiempo le demostraría que no solo lo apoyaría, sino que idearía un plan macabro.

Rodrigo observó a su hermano con mucha atención. Osvaldo le había pedido que no lo interrumpiera, necesitaba contarle su idea de manera detallada, sin filtros y sin baches. Los ojos del hermano menor se fueron abriendo. Iba comprendiendo los pormenores del asunto y tenía ganas de salir corriendo. Pero no lo haría. Su hermano le estaba

pidiendo ayuda, y él estaría siempre dispuesto para acompañarlo.

Minutos más tarde se miraron. Estaba todo dicho. Solo quedaba aguardar la respuesta de Rodrigo, que tardó en comenzar a mover las manos. Expresó su opinión. No estaba del todo de acuerdo. No le gustaba nada la idea, en especial, porque él tendría que llevar a cabo la peor parte. Aunque con el tiempo, quizás no sería tan mala. De todas maneras, él apoyaría a su hermano. No importa lo que hicieran, eran incondicionales el uno con el otro.

Desde aquel momento un pacto quedó sellado, y el silencio, asegurado. Se dieron un abrazo. Rodrigo comprendía el dolor de su hermano mayor. Él también sufría por la pérdida de sus sobrinos, pero no lo demostraba. Hacía gala de su porte de macho superado, su altura y contextura, para demostrar que nada lo afectaba. Pero no era cierto. Lamentaba las pérdidas como cualquier otro. Tras esa mirada fría, siempre mostrando dudas, demostrando que no era capaz de comprender del todo, se escondía un alma inteligente, sagaz y amorosa...

Beatriz se acomodó en el asiento trasero del automóvil. Esperó a que su marido entrara y cerrara la puerta. Los anteojos oscuros ocultaban sus ojeras y sus lágrimas. No quería que la prensa la enfocara en ese estado. Los habían perseguido durante días. Los querían entrevistar para hablar sobre el niño. Todo el país estaba pendiente del caso, pero el corazón no aparecía. Las falsas alarmas se suscitaban y hacían llevar esperanza, para luego hacerla caer en un abismo. Bea no quería que esto saliera a la luz, pero la prensa se había enterado y todo se hizo masivo.

La sociedad estaba dividida. Estaban quienes los apoyaban y hacían cadenas de oraciones por la salud de Martín. Y otros que los acusaban de no buscar los medios necesarios para obligar al gobierno a tomar una resolución sobre el asunto.

La cruel realidad era que esperar un corazón compatible no era tarea sencilla. Cinco años atrás hubo un donante. Era un adolescente fallecido, cuyos padres decidieron donar sus órganos. Pero llegó tarde. Los tiempos de la burocracia no son los del cuerpo humano, el papeleo no tiene en cuenta la urgencia médica. Es muy triste, pero es así y, mientras el corazón viajaba en avión desde Formosa en una cámara refrigerante, el hermano mayor de Martín falleció.

Ahora el caso había sido distinto. Nunca apareció un donante. Ni de un niño, ni de un adulto, ni de nadie. Y la desesperación se hizo eco en ella, una madre que acompañó a sus hijos hasta el final, incluso descuidando a su hija recién nacida.

Fue creciendo en ella una sensación de impotencia que se alojó en su centro más profundo. Pasaron los días, se acostaba y se levantaba con la misma sensación de vacío. Se convirtió en una especie de

humana autómata. Ni siquiera miraba a su hija al darle de mamar. Dejaba que su marido se hiciera cargo de todo, porque lo sabía capaz. Confiaba en él. Poco a poco él pensaría igual que ella.

Una noche, meses después de la muerte de su segundo hijo, tuvo un sueño. Un corazón llegaba justo para salvar la vida de un niño, luego otro, y otro más. Una sucesión de órganos eran donados en masa y muchas personas de todas las edades eran salvadas. Ese día despertó con otro ánimo y le contó sobre el sueño a su esposo. Había una esperanza de revertir la situación y ella se encargaría de eso. Su marido la ayudaría, sabía que él haría cualquier cosa por ella.

Cuando charló con Osvaldo sobre su plan, él sonrió satisfecho. No se alejaba tanto del que él había ideado, pero este era más controvertido, peligroso y deberían incluir a otras personas. No sería suficiente con ellos tres. Su marido no estaba del todo convencido. Sin embargo, Beatriz no pensaba igual. Ella sabía que muchas más personas que las que su marido suponía, estaban y estarían implicadas, pero no era necesario que Osvaldo estuviera al tanto de todo, lo dejaría hacer al punto de que se creyera que él era el ideólogo de todo. «Incrédulo», pensó. Debían comenzar lo antes posible. Su marido debía acceder a un alto puesto en algún sanatorio amparado por su título de médico, Rodrigo tendría que reformar la casa donde vivía y la de otros conocidos. Ella debería hacer valer su título de enfermera... ya mismo.

Capítulo II

SAN RAFAEL, MENDOZA, ARGENTINA. FEBRERO DE 2Oig.

—¡Polla! ¡Polla, abrime! —insistía Jacinto, golpeando la puerta de la casa de Iván desde hacía, por lo menos, veinte minutos. Él sabía que su amigo estaba dentro. No lo iba a engañar haciéndole creer que había salido. Le iba a ganar por cansancio.

Jacinto había ido a buscar a su amigo porque lo sabía triste. Hacía muy poco tiempo que su hermano había muerto, al igual que otros tres hombres a manos de dos mentes macabras. Y la injusticia divina había querido que la asesina de Vicente Pollastrelli se escapara sin dejar rastros. El saber que se hallaba en alguna parte del mundo, viviendo una vida tranquila, no dejaba dormir en paz a los dos amigos.

Se oyó el giro de la llave en la cerradura de metal de la puerta. La manija liberó la traba y la hoja de madera se abrió. Nadie se asomó. Jacinto entró, cerró tras de sí y se detuvo a observar la estancia. Había desorden, mugre, restos de comida (casi completa) y ropa tirada en el piso. Sintió el sonido de un cuerpo hundirse en los almohadones del sofá. Era evidente que Iván volvía a la misma posición en la que se hallaba antes de levantarse para abrir la puerta.

—Polla, ¿qué pensás hacer de tu vida? —pronunció Jacinto,

mientras se disponía a levantar la ropa del suelo.

—Dejá todo como está. No sos mi mucama para ponerte a limpiar.

—Veo que te queda algo de consideración por el prójimo, pero nada para vos mismo. Dejate de joder, Polla. ¿Podés levantarte?

—No tengo ganas —respondió Iván tapándose los ojos con el brazo cruzado sobre su cara. Esa posición dejó al descubierto la aureola amarillenta de la camisa en la zona de la axila, señal de que había transpirado y que no se cambiaba de ropa desde hacía varios días.

—¿Hace cuánto que no te bañás?

—Que te importa.

—¡Mierda, Polla! Sos terco, amigo... Necesito que te levantes, te bañes y comas algo. Hacelo por mí.

—Ni en pedo.

—Iván, hablo en serio. Esto no es sano para nadie. Lautaro hace días que pregunta por vos y no sé qué decirle —Jacinto se refería al sobrino de Iván—. Él también está triste, perdió un padre al que casi no conoció y está desorientado sin su tío. Te necesita.

Si bien era verdad que Lautaro preguntaba por su tío, no era por tristeza, sino porque quería contarle varias cosas importantes. No se había visto afectado demasiado por la muerte de un padre ausente. Pero Jacinto apeló a esa artimaña, porque sabía que tocaría la fibra más íntima de Iván y lo creía capaz de cualquier cosa por un sobrino al que casi había criado.

Iván cambió su posición. Se sentó en el sillón y miró a los ojos a su amigo.

—Maté a mi hermano. ¿Cómo pretendés que siga adelante? —dijo casi en un susurro. De igual manera, Jacinto alcanzó a comprender lo que había pronunciado.

—Vos no lo mataste. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? ¿Acaso hay alguna causa abierta en tu contra acusándote de asesinato?

—Eso no es necesario. No hay nadie que pudiera acusarme. Yo mismo debería abrirla.

—Debería haber estudiado psicología —pronunció el hombre al mismo tiempo que suspiraba—. Dejate de joder, Iván. La cantinela del pobrecito ya no te queda. Tenés razón en estar triste por la muerte de tu hermano, pero de ahí a culparte hay años luz de distancia. Vos no sabías que la hija de puta de Victoria había puesto veneno en las facturas. Punto, se terminó el tema —Jacinto se refería a su anterior jefa, la que había ocasionado la intoxicación de Iván y de Vicente, la cual tuvo consecuencias mortales para este último. Victoria infectó con cianuro unas facturas que luego Iván le llevó a su hermano, quien se hallaba escondido en una habitación de hotel, preso del pánico de

que otra asesina lo encontrara.

Iván comenzó a llorar, dejando escapar las lágrimas contenidas. Se tomó la cabeza con las manos y la escondió entre sus piernas, como queriendo desaparecer y no volver a sentir nunca más. Jacinto se acercó para abrazarlo, pero el hombre detectó sus intenciones, elevó la cabeza y lo frenó con firmeza.

—¿Cómo hacés para sobrellevarlo? —consultó Iván, fuerte, directo.

—¿A qué te referís?

—No te hagas el tonto. ¿Cómo hacés para seguir viviendo?

—Iván, no me jodas. Sabés que no hablo de eso —respondió Jacinto muy serio. Se miraron a los ojos. Se midieron. A Iván aún le caían lágrimas involuntarias y seguía sentado en el sofá.

—Perdón. Violé una promesa —se disculpó, arrepentido.

—Andá a bañarte que apestás. Ah, llamá a tu sobrino y el jefe quiere verte de vez en cuando por la oficina —pronunció Jacinto en tono de orden, mientras daba media vuelta y salía por la puerta, sin decir adiós.

Le dio una bofetada de revés. La cara de la niña se giró al compás del golpe. Él la miró serio, esperando que repitiera lo que acababa de hacer, pero ella solo se enderezó y se acarició la mejilla. No lo miró. Dio media vuelta y se sentó en el suelo en una esquina de la habitación. Se ovilló sujetándose las rodillas. No lloraba a pesar de que le dolía la cara y sentía que le latía.

El hombre empezó a temblar. No quitaba la vista de encima de la niña y contemplaba cada uno de sus movimientos. Los ojos se le anegaron y se puso a llorar. Movía la cabeza en señal de arrepentimiento. El no quería golpearla, pero ella no había obedecido, y esa era la orden.

Con sus cuatro años, ya se había acostumbrado a los estados de ánimo de ese hombre robusto y despeinado que la visitaba todos los días. No entendía mucho qué debía hacer y qué no, por eso a veces cometía errores. Pero ella no lo sabía. No había conocimientos en su haber. Nada. Quitó la mirada del hombre y se cobijó en ella misma, como hacía siempre.

Unos segundos después, él se acercó y la tocó de manera suave en la cabeza. Tiró levemente del cabello de la niña y la invitó a levantarse. Ella obedeció, pero no lo miró. Caminaron juntos hasta el baño. Le quitó la gomita, y el pelo finito y rubio cayó sobre los hombros de ella. Tomó un cepillo y comenzó a peinarla mientras la obligaba a observarse al espejo. Las pasadas eran suaves. Si ella bajaba la mirada, él le levantaba el mentón para que se siguiera mirando. Le hizo una trenza de manera muy lenta, llevando cada mechón sobre otro como si fuera un trabajo artesanal. Al concluir, la sujetó con una

bandita elástica de color rosa. La dio vuelta para que lo enfrentara y le dio un beso en la frente. Salieron del baño.

La condujo hasta el sector donde se dedicaban a comer. Se sentaron en el suelo a lo indio, con las piernas cruzadas. Apoyada en el piso había una bandeja con puré y una hamburguesa, pero ella no sabía lo que era o cómo se llamaba esa comida. Ni siquiera sabía que esas cosas tenían nombre. Él cortó la carne y le dio un bocado. Ella lo masticó y saboreó, le gustaba. Luego llegó la hora de un poco de puré.

Cuando terminaron, le limpió la boca con una servilleta y la invitó a tomar jugo de naranja. Pero ella no sabía que eso era jugo ni que era de naranja. Le gustaba, sabía bien.

Él tomó la bandeja y se levantó. Ella lo imitó. El hombre le hizo un gesto señalando el rincón con el mentón y la niña salió presurosa hacia ese sector y se ovilló en su posición preferida. Lo vio irse y cerrar la puerta con llave tras de sí. Ella se quedó quieta mirando el techo, aunque no sabía que eso se llamaba techo.

Lautaro caminaba nervioso por la vereda. Iba de un lado a otro sin animarse a tocar el timbre. Se le vino a la cabeza la imagen de que si no dejaba de andar el mismo camino, haría un surco en el suelo. Le dio risa. Se refregaba las manos entre sí y, luego, se las secaba en el jean, porque le transpiraban. Respiró hondo.

Cuando se dispuso a tocar el timbre, la puerta se abrió. Unos ojos verde esmeralda se fijaron en él y eso lo derritió. Cruzaron sus miradas y, antes de que pudieran percatarse, los dos estaban esbozando una sonrisa. Ella hizo una caída de ojos y aferró el libro que llevaba pegado a su pecho como si necesitara sujetarse a él para no caer en los brazos de ese muchacho. El corazón de él comenzó a palpitar de manera acelerada. Estaba inmóvil sin saber muy bien qué hacer. La vio bajar la mirada.

Tras la chica, se hizo presente una señora regordeta, con un pelo recién cortado en peluquería, que intentaba ser rubio cuando se notaba que no lo era. El ánimo de Lautaro cayó en picada y de los nervios dio media vuelta y se fue. La adolescente corrió hasta la reja de su casa y lo vio irse corriendo hasta perderlo al doblar la esquina.

—¿Quién era? ¿Qué hacía allí parado? —preguntó la señora con esa voz autoritaria que la caracterizaba.

—Solo un muchacho, mamá. Creo que lo conozco de natación, pero no estoy segura.

—Voy a prestar atención en las clases. No te voy a dejar sola a partir de ahora.

—¿Por qué, mamá? —preguntó de manera ingenua la chica. Realmente no entendía qué tenía de malo que un chico la mirara.

—Porque sos muy joven, y no voy a permitir que cualquier gusano te enamore y te seduzca para llevarte a la cama.

—*What?* ¿No existen pasos previos a eso? ¿Por qué todo tenés que llevarlo al extremo?

—¡No seas mocosa insolente! Si yo digo que aún sos muy pequeña, es así y no se habla más —pronunció sin dar oportunidad a reclamo—. Además, sabés que sos débil y siempre vas de médico en médico. Nadie te va a querer. Serás un problema para cualquier hombre. Mejor te que-dás conmigo.

Se dio cuenta de que ya no había nada más que decir. Su madre era contundente. Sabía hacia donde apuntar para que sus dichos dolieran. Ella ya estaba acostumbrada y casi había asumido su rol y su destino... Hasta que vio a ese chico y algo en la boca del estómago la hizo vibrar. Una sensación extraña, antes desconocida, se instaló en ella y volvía cada vez que lo veía. En el natatorio, lo observaba nadar o zambullirse de cabeza con perfecta sincronía. Suponía que sería unos años mayor y eso la entristecía, porque alejaba aún más la posibilidad de que se fijara en ella. ¿Por qué lo había encontrado en la puerta de su casa? ¿Viviría cerca y estaba de paso? Desestimó esa opción, porque nunca lo había visto por el barrio antes, aunque en realidad no conocía a casi nadie. No salía de su casa sin estar acompañada y, la mayor parte de las veces, desde el garaje en auto con sus padres. Esta vez había sido una excepción y salía con su madre, porque solo iban a la modista que quedaba a la vuelta de la esquina, sin cruzar la calle.

Traspasaron la reja y salieron hacia la casa de la señora que cosía las ropas de la chica. Nunca se había comprado ropa en un local de la avenida. No sabía qué era lo que se sentía al tener puesto un jean. Se lo veía a sus compañeras y amaba cómo les quedaba sujeto a las piernas y las nalgas. Pero ella solo usaba ropa holgada y vestidos. En verano no le molestaba, en invierno eran la muerte. Los odiaba.

Con todos esos pensamientos en la cabeza caminaba y se giraba de vez en cuando para ver si lo divisaba escondido en algún lado, pero no había señales del muchacho.

—¿Por qué te girás a cada rato? ¿Acaso pretendés volver a ver a ese degenerado?

—¡Mamá! No es un degenerado. No lo conocés.

—¿Y vos sí? —le preguntó, deteniendo su andar y haciendo que su hija se trastabillara al chocarse con un escalón que no había llegado a ver.

—Vamos, mamá. No estoy insinuando nada. Solo estoy diciendo que calificás a la gente sin conocerla, y eso no me parece correcto. Y ya sé lo que vas a decir: que no sea insolente y no me atreva a enfrentarte. Ni lo digas, a veces, parece que mi opinión no contara, solo es eso.

—Andando, Ángela nos espera para tomarte las medidas. Estás

muy delgada y hay que ajustar la cintura del vestido que está terminando, porque te va a quedar con bolsas en la espalda.

Siguieron camino unos metros hasta llegar a destino. La humedad del día las tenía fastidiosas a ambas. El pelo se les pegaba a los costados de la cara y la ropa se adhería a sus cuerpos aunque no quisieran.

La modista abrió la puerta con una sonrisa dedicada a la niña. A la madre, le dedicó un movimiento de cabeza.

—Bonita de mi vida... estás muy delgada. Pasá, corazón. Tengo unas galletas para convidarte.

—¿Paso a buscarla en cuánto tiempo? —consultó la madre, sintiéndose ignorada.

—Por mí, déjela para siempre conmigo, jajaja... Era un chiste. En hora y media, por favor.

La madre se dio vuelta con cara de disgusto y emprendió el camino de regreso hacia su hogar. No era bienvenida en esa casa. Años atrás, había tenido un altercado con el padre de la modista, un policía muy renombrado de la provincia. Sin embargo, solo confiaba en ella para coser las prendas de su hija, porque sabía de la calidad de las telas e hilos que compraba y de la limpieza y pulcritud que había en ese lugar. No podía permitir que a su hija la infectara ningún virus, bacteria o alergia. Todo debía ser de cristal para ella. Su debilidad la hacía pender de un hilo, si de salud se trataba. La mujer y su marido cuidaban de ella como si fuera el objeto más preciado del mundo. Justamente, como un objeto.

Capítulo III

Cruzó de vereda. No le gustaba pasar por esa cuadra. Hacía años que no andaba por ese camino. Miró hacia atrás como esperando que la chica hubiese salido corriendo tras él. Sonrió de sentirse tan ingenuo. Ella lo hacía sentir de trece años, infantil e inexperto. Las mariposas en la panza lo hacían verse cursi, pero había aprendido en carne propia el verdadero significado de esas palabras.

Mientras retornaba hacia su casa, donde su madre lo esperaba seguramente con mate, recordó que no transitaba por ese barrio desde hacía años. «¡Cuánto hace que no venía por acá! Ja, esto solo lo logra una chica», pensó. Apuró el paso porque no le gustaban esas casas, sobre todo, una en particular. Le había quedado esa sensación desde hacía tiempo, cuando con sus amigos salían a andar en bicicleta y saltaban las barandas que cercaban los jardines. Se creyó observado, como le ocurría seis años atrás. Casi corrió hasta la esquina y dobló. Recién en ese momento, se sintió a salvo. No sabía muy bien de qué, pero ahora estaba más tranquilo.

Se dio cuenta de que, por unos minutos, había dejado de pensar en la chica, pero otra vez la tenía en su cabeza. Lamentaba no saber su

nombre. Calculaba que tendría quince o dieciséis años por el grupo que compartía en la clase de natación, pero no lo sabía realmente. Solo contaba con el dato de dónde vivía, porque la había seguido una tarde en el auto de su amigo Lucho. Siempre llegaba al club acompañada de alguno de sus padres y se iba de la misma manera. Durante las clases, la profesora no se apartaba de su lado y, en el vestuario, una mujer corpulenta hacía guardia para que ningún muchacho atrevido ingresara al sector de damas.

Llegó a su casa. Tal como suponía, su madre tomaba mate con bizco-chitos mientras miraba el celular. Se la notaba nerviosa. Ni siquiera se dignó a girar la cabeza para mirarlo al entrar.

—¿Qué hacés, vieja?

—Vieja tu abuela —respondió la mujer mientras continuaba tecleando la pantalla del móvil.

—No insistas. No te va a contestar. ¿Podés dejarlo en paz?

—¿Por qué habría de hacerlo? Estoy preocupada. Hace semanas que no tenemos noticias de él. Se le murió un hermano, pero a mí, un ex, y a vos, un padre. ¿Acaso no le importamos?

—Dame un mate. ¿Fuiste a trabajar hoy?

—No, llamé para decir que me dolía la cabeza y que no iría.

—Te van a echar si seguís poniendo excusas falsas.

—¿Y vos quién sos para decirme lo que tengo que hacer?

—Menos mal que te quiero, mamá. Pero ¡qué ganas de mandarme a mudar cuando decís esas estupideces!

Lautaro sorbió el mate, lo apoyó en la mesa con un golpe innecesario y se refugió en su habitación para encontrar la paz ansiada y poder seguir pensando en “ella”.

Andrea hizo caso omiso de las palabras de su hijo y prosiguió enviando mensajes a Iván, alternando con llamadas que dejaba sonar hasta que el mismo sistema las cortaba.

Estaba obsesionada con ese hombre. Lo amaba más que a nada en el mundo, incluso más que a su propio hijo. Estaba segura de que él la seguía queriendo y no entendía por qué la castigaba ignorándola. Y desde que se había enterado de la muerte del padre de Lautaro, lo sabía débil y quería reconquistarlo. Pero, por el momento, no lo estaba logrando. Él no le daba lugar. No obstante, ella persistiría en sus intenciones.

Se despertó sobresaltado de una pesadilla. Ni las imágenes más tétricas de muertos y torturados le producía tanto miedo y dolor como hablar sobre aquel tema. Había logrado alejarlo bastante tiempo, hasta que Iván se lo trajo de nuevo al presente. Sabía que con Nadia no podía hablar. La miró a su lado, durmiendo de manera tranquila. Trató de levantarse sin moverse demasiado para no despertarla. A veces, se hacía difícil seguir adelante, pero la amaba e iba a hacer

todo para fuera feliz.

Fue al baño. Se mojó la cara con agua bien fría. Se quedó unos segundos mirando en el espejo cómo el líquido transparente caía por su rostro. En realidad, estaba mirando la nada, o se estaba mirando a él mismo en lo más profundo de su ser. El grifo continuaba abierto y el agua corría sin tregua. No podía despegarse de su imagen reflejada. Tuvo ganas de romper el vidrio, destrozar todo lo que tuviera cerca. El nudo en el pecho se le hizo insoportable y largó un quejido ruidoso, un lamento contenido desde hacía muchos meses. Las lágrimas comenzaron a salpicar de sal todo su rostro, mezclándose con el agua que aún caía desde su frente. El cuerpo se le arqueó y tuvo que agacharse para contener el dolor del alma que se le metía por todos lados. Lloró lo que nunca había llorado. Hacerse el fuerte frente a su mujer le estaba saliendo caro.

Cuando estuvo más repuesto, salió del toilette y pensó en recostarse, pero no pudo. Él sabía que iba a dar vueltas sin conciliar el sueño y quizás molestara a su mujer. Decidió ir a ver a su hijo. Entró al cuarto, que siempre tenía la puerta abierta, y lo observó dormir. Le acarició el pelo ondulado, castaño claro y tuvo ganas de alzarlo, pero eso lo despertaría. Se sintió mal por ser tan egoísta. Solo quería abrazarlo al punto de no importarle interrumpir su sueño, aunque luego le costara volver a dormirlo. Se contuvo. Una fuerza superior lo hizo desistir de ese deseo y respetar a su hijo. Su único hijo.

Allí se quedó, mirándolo. Acercó un sillón que estaba en la esquina del cuarto y se sentó para disfrutar de la visión de ese niño regordete que siempre lograba sacarle sonrisas. Se parecía a él, había que admitirlo. La misma tez oscura, las orejas un poco sobresalidas de la cabeza, los ojos redondos. La nariz quizás era lo que había sacado de su madre. Lo amaba con el alma. Con su casi año y medio, les había regalado felicidad y había alejado la tristeza que opacaba esa casa. Su hijo era todo para ellos. Mientras pensaba en todo el dolor que lo carcomía a pesar de tener a su hijo sano y en casa, se quedó dormido sin darse cuenta.

—¡Tío! ¡Al fin! —atendió contento Lautaro al ver en la pantalla del celular que quien llamaba era Iván.

—¿Cómo estás, Lauti?

—Yo bien. ¿Cómo estás vos? No podés desaparecer así sin dar señales. Menos mal que Jacinto me tenía al tanto.

—Perdóname. Es muy difícil esto. Juro que intento superarlo, pero no puedo. Fui yo, ¿entendés? Yo le llevé... —No pudo seguir, porque se le anudó la voz.

—No jodas más con eso. Por favor —rogó Lautaro, cansado de escuchar que su tío se culpaba por la muerte de su padre—, necesito verte para contarte algo y pedirte un consejo.

—No soy la mejor compañía últimamente.

—Ya me di cuenta, no te preocupes, pero sos la persona que más quiero y tenés que ser el primero en enterarte.

—¿Tenés novia? —arriesgó Iván.

—Aún no, pero va por ese lado. Sos capo, eh.

—¡Ese es mi pollo! Dale, me alegraste el día. ¿Dónde nos vemos?

—Vamos a tomar unas birras esta noche. ¿Te va?

—Dale, al lugar de siempre.

—Hecho.

Se despidieron. Iván se quedó mirando el móvil. Por unos segundos, se había sentido dichoso por su sobrino y se había olvidado de sus penurias. Pero todo volvía sin darle tregua. Le venía una sensación de ahogo y de ahí, sin filtro hasta desesperarse, la angustia arremetía. Soledad, impotencia, bronca, injusticia subían en intensidad como una montaña rusa, llevándolo de la euforia a la depresión. Debía volver a su eje.

Decidió presentarse en su oficina. Se había tomado tres semanas de vacaciones que tenía pendientes. En realidad, lo invitaron a tomárselas, dado el estado en el que se encontraba. Le habían venido bien. Pudo hacer el duelo, aunque aún seguía culpándose y eso no le daba paz.

Llegó al edificio e ingresó por la puerta del costado para no toparse con tanta gente. No tenía ganas de saludar a nadie ni de que le dieran sus condolencias. Subió por un ascensor de servicio y llegó al sector donde lo esperaba su escritorio tal como lo había dejado semanas antes. Nadie lo había tocado. El polvo estaba posado sobre cada papel, cada carpeta, caja manija de los cajones. Casi infantilmente, sopló sobre él, provocando que las partículas se expandieran por todo el ambiente. Al aspirarlas, le produjeron varios estornudos. Con el movimiento involuntario del cuerpo ante esa reacción, chocó con una carpeta que resbaló, y los papeles que contenía se desparramaron por el piso. Se quedó mirando hacia el suelo. No tenía idea de qué se trataba ese expediente. Se inclinó para juntarlo en el momento en el que su jefe ingresaba por la puerta.

—Veo que se ha dignado a aparecer por estos lares.

—Mis vacaciones fueron autorizadas —se excusó Iván.

—Era un chiste, Pollastrelli. ¿Cómo se encuentra? —consultó el fiscal con verdadero interés.

—Lo voy llevando. Mal, pero lo llevo.

—Venir a trabajar le va a hacer bien. Veo que tiene en sus manos el nuevo caso —dijo el hombre, señalando los papeles que Iván terminaba de recoger.

—¿De qué se trata?

—Es un tema raro. Ya hubo varias denuncias, pero nada concreto.

Una sociedad, o mejor dicho varias, están estafando a familias con la promesa de un seguro. Les hacen pagar un anticipo de un valor estipulado según los integrantes, luego se abonan las cuotas, hasta que un día los sistemas de pagos no cobran más los talones que la gente lleva. Cuando llaman a la empresa para pedir un nuevo talón o código para pagar, se enteran de que la empresa no existe más y que se llevaron lo que pagaron hasta el momento.

—La típica. Eso era muy común con planes de ahorro de automóviles, pero nunca lo escuché para seguros. ¿Qué clase de seguros?

—Eso es lo interesante. La gente no quiere especificar de qué se trata. Le da vergüenza o algo así.

—¡Pero es la prueba principal si pretenden hacer una denuncia!

—Exacto. Por lo tanto, hasta ahora todo fue desestimado. Lo curioso, y lo que necesito que investiguen, es que ya hubo más de cincuenta testimonios. No podemos hacer de cuenta que acá no pasa nada.

—Es cierto —fue lo único que contestó Iván, sorprendido por el compromiso del hombre que tenía enfrente. Lo vio tan distinto a su antigua jefa que, por unos momentos, tuvo la esperanza de que se podía ser mejor, de que existía gente de bien y de que no todo estaba podrido. Recordar a Victoria del Campo le provocó náuseas.

—Por lo pronto, quiero que, con Pantuso, vuelvan a visitar a algunas de estas personas y traten de sacarle más información: cómo se enteraban del seguro y por qué medio, a quién veían, qué los convencía de aceptar, y otros temas relacionados.

—Ok. ¿En esta carpeta están los datos?

—Sí, algunos.

—Ok. No bien lo vea a Jacinto, lo pongo al tanto y comenzamos.

—Pantuso ya sabe todo. Pero dijo que, sin su olfato, no se podía empezar, así que prefirió aguardarlo, dado que no es un caso tan urgente. Espero que esté en lo cierto.

—Así será.

Cuando comprobó que él se había ido, cerrando y dejando la puerta trabada, corrió a extraer el trozo de ladrillo. Posó un ojo en el pequeño orificio y trató de divisar a aquellos que solían pasar por allí.

Se veía un poco hacia abajo, pero no divisó a nadie. Sintió ese olor familiar a cuando caía ese líquido desde arriba. Se quedó quieta esperando quién sabe qué. Ni ella sabía. Quería ver cosas moverse. La quietud del lugar la ponía nerviosa.

Cansada de estar en esa posición, volvió a poner la piedra en su lugar y tapó su única visión de lo exterior. Estaba en esa habitación desde hacía casi dieciséis años, pero ella no sabía de tiempo. No conocía otra vida que esa. Pero algo en su interior le decía que allí

afuera había otros como ella y no solo el hombre que la visitaba o la mujer que le daba de tomar líquidos que no le gustaban.

No tenía nada a su alrededor. Dormía en un colchón en el suelo, con sábanas lisas y una frazada áspera. Pero para ella eso era todo su mundo y lo amaba. Cuando se sentía extraña se envolvía con la manta y de esa manera encontraba algo de tranquilidad.

Vestía una prenda holgada en la parte inferior y una remera de mangas largas, siempre. Las alpargatas se las iban cambiando solo cuando las que usaba le quedaban chicas. Todo era del mismo tono, su ropa y la de donde dormía.

La habitación poseía una ventana, pero estaba cerrada siempre y, cuando había intentado abrirla, no tuvo éxito. Al día siguiente, una madera más fue clavada para que jamás pudiera volver a hacer otro intento.

Ese día se sentía particularmente con energía. Tenía ganas de andar y de estar en movimiento. Se puso a correr alrededor de la sala y cuando llegaba al sector donde estaba el colchón, aprovechaba y hacía un salto largo. Esa era su rutina de ejercicio, la que hacía cuando sospechaba que no había nadie en la casa.

Estaba oscureciendo y ya no se sentía cómoda haciendo ejercicio. La única luz que había en el lugar estaba en el alto techo y se encendía solo cuando el hombre ingresaba.

Los movimientos y ruidos que provocaron sus corridas alertó a los otros que ingresaron para ver qué pasaba. Ella se detuvo de manera brusca al verlos, estaba tan entusiasmada ejercitándose, que no escuchó que habían llegado. Temió que la reprendieran. Sin embargo, la mujer se acercó, la abrazó cálidamente y la hizo ir hacia el sector donde debía limpiarse. Ella no sabía que eso era un baño.

Como siempre, debió mirarse al espejo. La mujer sacó un elemento de su cartera y comenzó a cortarle el cabello. Lo dejó muy corto. La joven se miró y observó el cambio. No le gustaba. Quiso quejarse, pero desestimó esa idea, porque ya conocía las consecuencias de querer rebelarse.

Cuando terminó con esa tarea, junto con el hombre, que observaba la situación desde afuera del baño, la hicieron ir despacio hasta el colchón, porque era la hora de dormir. Los vio alejarse, dejándola sola nuevamente, en la oscuridad de la noche.

Se tocó la cabeza. Extrañó la suavidad que sentía su mano al acariciarla. Ahora lo notaba feo, pinchaba. Le cayeron lágrimas por sus mejillas e intentó gritar, pero no se animó, la escucharían si seguían allí. No podían oírla jamás. Las consecuencias nunca eran buenas. Siseó sonidos muy, muy bajos. «Assss. Mmmmmmssssss. Oooossss.» Eso la hacía sentir mejor. Era su grito personal, aunque no fuera oído por nadie.

Sin darse cuenta se quedó dormida. Tuvo pesadillas. Pero ella no sabía que eso se llamaba así.

Capítulo IV

MENDOZA, JUNIO DE 201 J.

Maribel se hallaba sentada en la sala de espera de la clínica junto a su hermana Macarena de tres años. La más pequeña se había quedado dormida en su regazo y ella le acariciaba el cabello cobrizo, suave y ondulado. Las habían dejado solas. Su padre estaba presenciando el parto de una nueva hermana. Ya estaba por llegar y todos se encontraban muy ansiosos. Había notado que sus padres estaban preocupados por cómo nacería la beba. Incluso los escuchó cuando programaban estudios para las pocas horas de nacida y se quejaban porque el obstetra les había sugerido esperar para alguno de ellos. Les aseguraba que estaba en perfectas condiciones, pero ellos insistían en que se le hicieran los exámenes no bien naciera.

Ella sabía de qué se trataba eso. No recordaba mes en el que no le hayan hecho un electrocardiograma y cada seis meses una ecografía, análisis de sangre y orina, tomografías, resonancias magnéticas y varios estudios complementarios. Ya estaba acostumbrada, incluso se había hecho amiga de los médicos que, al tratarla durante tanto tiempo, la apreciaban como a una hija.

Macarena aún era muy pequeña y no se habituaba a tantos exámenes. La hacían tomar medicación preventiva y realizar un deporte adecuado para cuidar su salud. Pero se quejaba y lloraba cada vez que se acercaba una nueva exposición a esos aparatos con los que luego soñaba noche tras noche.

Cada fiebre o resfrío de las niñas significaba convertir la casa en una burbuja. Ningún extraño podía visitarlas, y solo su padre salía para ir a trabajar. Bea se quedaba con ellas y las sometía a baños cada dos horas, usaban toallas limpias cada vez que se secaban y comían en momentos distintos para no contagiarse entre ellas.

La joven se sobresaltó al escuchar unas puertas vaivén que se abrían. Un hombre salió corriendo, lloraba. Gritó el nombre de una persona que debía ser del señor que estaba sentado y que se paró de inmediato al verlo. Se abrazaron, y el primer hombre lloró de manera desconsolada. No podía quitar los ojos de esa escena. Maribel sintió un nudo en el estómago. Ese piso era de partos y neonatología, por lo que, si había malas noticias, tenían que tener relación con algún recién nacido o con la madre que había tenido un bebé. Se preocupó por su mamá, pero desestimó complicaciones, porque ese hombre no tenía nada que ver con ellos.

Logró escuchar algo de la conversación de esos extraños. El que lloraba mencionaba “se murió”, mientras que el otro lo miraba compungido y le preguntaba por “el otro”.

La pequeña despertó, y Maribel salió de sus cavilaciones, donde trataba de armar un rompecabezas imposible. Agradeció la interrupción de su hermanita, porque se estaba sumiendo en una angustia muy grande, la cual sería mayor si seguía observando la triste escena que se desarrollaba cerca de ellas.

Volvió a escuchar las puertas de la zona restringida, y se hizo presente su padre con la cara de felicidad más grande que le había visto en años. Ambas corrieron hacia él y se abrazaron. Osvaldo las besó en la cabeza y sonriente les dijo: «Ha nacido la hermosa Morena». Los tres volvieron a juntarse, pero Maribel no pudo dejar de observar de reojo a los hombres del costado. Ahora, los dos lloraban.

SAN RAFAEL, MENDOZA. ACTUALIDAD.

—¡Tío! ¡Estás hecho mierda! —saludó Lautaro.

—Hola, Lauti. ¡Qué recibimiento! —ironizó Iván.

Se sentaron en una mesa bien al fondo del salón de la cervecería. En aquel sector, la música sonaba más atenuada, por lo que se podía conversar. La camarera se acercó para tomar el pedido. Se notaba que le coqueteaba al mayor de los hombres. Pidieron una cerveza artesanal, y la chica se alejó meneando las caderas.

—Hasta demacrado sos *winner* —bromeó su sobrino.

—Jajaja. En estos días, no conquisto ni el desierto.

—Al fin saliste de tu casa. ¿Fuiste a laburar?

—Sí. Estaba todo tal cual lo dejé, salvo por el polvo que cubría los papeles.

—¡Ja! En esa fiscalía solo cuidan lo que se ve. Mucho mármol y ascensores lujosos, pero las oficinas son de cuarta.

—Veo que las conocés bastante.

—El tío Jacinto me dejó acompañarlo los días en los que el jefe no iba. Decía que se sentía solo sin vos.

—Es un marica.

—No más que vos —volvió a bromear, lo que le hizo recibir una palmada un tanto fuerte en su brazo.

—Bueno, no vinimos para hablar de mí ni del trabajo. ¿Qué querías contarme? —lo apuró Iván, mientras observaba lo buen mozo que era su sobrino. La piel morena, como bronceada, la había heredado de su familia. En cambio, los rasgos eran más parecidos a su madre. Tenía una cabeza perfecta, armoniosa. Si lo mirabas de atrás, el cuerpo formaba un rombo perfecto, ensanchándose a la altura de los hombros y la espalda, afinándose cuando se bajaba hacia las piernas largas y musculosas como las de un deportista. Los ojos verdes completaban la belleza exótica de ese muchacho y los hoyuelos al sonreír le conferían un aspecto admirable. Y él estaba orgulloso de su sobrino al que quería como a un hijo.

—Bueno. Vamos al grano. Me enamoré.

—¡Apa! Así, sin anestesia. Tené consideración de este tío que aún te recuerda de pequeño.

—¡No seas cursi!

—¿Quién es? ¿La conozco? ¿Qué edad tiene? ¿Es linda? ¿Te da bola?

—tuvo que dejar de preguntar cuando Lautaro lo interrumpió.

—¡Pará! Jajaja —lo frenó el muchacho.

—Dale. Cantá. Quiero saber todo.

—Es que no hay nada para contar.

—*What?* No me vengas con eso. Bueno, vamos desde el principio. Te escucho y no pregunto más.

—Es una chica que conocí en el club. Asiste a clases de natación dos veces por semana. Creo que es un poco chica. Tendrá entre quince o dieciséis años. Eso lo supongo, porque pregunté qué categoría eran los que entrenaba una profesora en particular. Así que son suposiciones.

—Es un poco chica, ¿no?

—No sé. Yo tengo dieciocho. No es tanta la diferencia.

—En un mes, cumplís diecinueve.

—Igual, ese no es el punto.

—¿Y cuál sería?

—No sé cómo se llama, y jamás está sola.

—¿Cómo es eso? Explicate un poco más —insistió Iván más interesado de lo que él mismo se imaginaba. Sabía que le gustaba que su sobrino le contara sobre su vida, pero lograr esa intimidad le llenó el alma.

—Claro. Siempre llega con alguno de sus padres. A veces, la esperan, y otras, la dejan, pero luego la pasan a buscar y se va con ellos. Durante la clase está siempre custodiada por la profesora como si tuviera orden de no dejarla sola.

—Mmm, medio complicado encararla, ¿no?

—¡Muy!

—¿Y? ¿Qué pensás hacer? ¿Ella gusta de vos también? ¿Sabe que vos gustás de ella?

—¡Tío! ¡Qué antiguo sos! ¿De dónde sacás esos términos? Jajaja. Además, dijiste que no ibas a hacer más preguntas —se tentó de risa Lautaro.

—Perdón, perdón. Debo controlarme. Y no soy antiguo. ¿Cómo se dice ahora? Tanto no pudo haber cambiado.

—Bueno, no importa. La cuestión es que no encuentro oportunidad de hablarle, de preguntar su nombre, decirle hola... nada.

—¿Alguna vez te miró? ¿Notaste interés en...? ¡No sé cómo hablar sin hacer preguntas!

—No hay drama. No sé qué hacer. El otro día la seguí en el auto

de un amigo. Sé donde vive.

—Ah, no te quedás en el molde, ehhh.

—¿En dónde?

—Quiero decir que no te quedás cruzado de brazos. Está muy bien. Si querés mucho algo, tenés que luchar para obtenerlo. Nada en esta vida es fácil —se puso melancólico Iván.

—Sí. Ayer llegué caminando hasta su casa. Y me quedé parado como un boludo. Justo ella salía. No supe qué decir ni qué hacer. Cuando apareció la madre salí corriendo.

—¡Ah! ¡Qué pedazo de cagón!

—No seas malo...

—¿Y qué pensás hacer?

—No sé. Pero no puedo dejar de pensar en ella. No sabés lo hermosa que es cuando sonríe. Es muy flaquita y blanca, pero creo que la natación le está haciendo tener algo de curvas. Creo que tiene unas pecas sobre el puente de la nariz, pero nunca pude apreciarlas de cerca. El otro día cuando la vi en la puerta de su casa, el sol le dio de lleno, y fue cuando descubrí esas manchitas marrones que, con esa luz, parecían fluorescentes.

—Mierda. Estás enamorado en serio.

—Sí. No es joda.

—No sé qué decirte. Si es difícil hablar con ella, no te va a quedar otra que pedirles permiso a sus padres. Sé que suena descabellado, pero si no hacés nada, te vas a quedar siempre con la sensación de que no lo intentaste.

—Tenés razón. Sabía que hablar con vos me haría bien.

Pidieron otra ronda de cervezas y charlaron de otros temas. Lautaro le contó lo que había hecho en esas ocasiones en las que asistió a la fiscalía con Jacinto. Era evidente que ya mostraba signos de que le gustaba la investigación. Ambos evitaron hablar de Vicente Pollastrelli, el hermano de uno y el padre del otro, porque sabían que caerían en la melancolía y sería difícil salir de ese terreno.

Una hora más tarde, Lautaro anunció que se tenía que ir, porque al día siguiente debía acompañar a su madre al médico a una hora muy temprana. Se despidieron, pero antes de marcharse el muchacho recordó algo que quería comentarle a su tío.

—Me había olvidado de contarte. El otro día, cuando fui hasta la casa de la chica, me topé con aquel barrio.

—¿Cuál? —contestó desorientado Iván.

—Aquellas calles en las que andaba en bicicleta cuando era más chico.

—Sí, me acuerdo, pero no sé a qué te referís en particular.

—Tenés razón. ¿Te acordás que te contaba que había una cuadra que nos daba miedo y con los chicos pasábamos rápido?

—Mmm, algo me suena. ¿Era esa en la que había una casa que decían que estaba embrujada?

—¡Sí, esa!

—¿Y qué pasa con eso?

—Cuando salí corriendo como un cobarde porque vi a la madre, no me di cuenta de que estaba pasando por aquella cuadra. Habíamos jurado con los chicos que nunca más pasaríamos por allí. Y así lo hice. Siempre la evité, pero esta vez me agarró desprevenido y concentrado en "ella".

—¿Y entonces?

—Otra vez la misma sensación... de que alguien me observaba —tuvo que aclarar ante la mirada de desconcierto de su tío.

—Ahí me acordé. Ustedes decían que había alguien al otro lado de esa ventana, pero se suponía que nadie vivía allí.

—Sí, esa misma. Está todo igual. Todo cerrado, todo quieto, el pasto crecido. Sin embargo, yo sentí que alguien me miraba desde esa ventana. Y salí corriendo y, hasta que no doblé en la esquina, no me sentí seguro.

—Yo creo que fue el recuerdo de lo que les parecía en el pasado. Hacía mucho que no ibas por allí. Es normal que al regresar, después de tanto tiempo, se te venga a la mente lo último que sentiste en ese lugar.

—Puede ser. Bueno, te lo quería contar. Me tengo que ir.

—Dale. No te preocupes. No pases por allí y todo vuelve a la normalidad.

—No lo creo —Lautaro se despidió con esa última expresión, incrédulo de que si algo sucedía realmente en esa casa, pudiera simplemente dejarse pasar. Ya se perfilaba su hambre por convertirse en un investigador como su tío, el hombre al que más admiraba.

Capítulo V

El mes de marzo dio comienzo a muchas actividades y, entre ellas, la temporada de pileta en el club barrial. Las clases de natación se reanudaban, y Lautaro estaba ansioso por volver a verla. Quería averiguar su nombre, su apellido, su edad y cualquier dato que lo hiciera satisfacer la ansiedad que ella le provocaba. Estaba decidido a preguntar a cualquier persona que pudiera proporcionarle esa información, así tuviera que recurrir al departamento de administración de la institución.

Llegó varios minutos antes de su clase. Tenía la esperanza de verla mientras se encontraba en el natatorio. Luego, pretendía acercarse antes de que ingresara al vestuario. No sabía cómo lo lograría, pero debía intentarlo.

Por fin, la vio ingresar. Venía custodiada por su madre, que traía en brazos a su hija menor. Él ya sabía que eran tres hermanas, porque

en el transcurso del año anterior, había observado cada movimiento de la familia. Notó que ella lo había reconocido. No estaba seguro de si se había percatado de su presencia en el club desde tiempo atrás o si solo lo recordaba por el papelón hecho mientras se hallaba parado en la puerta de su casa, de la cual había salido corriendo como un cobarde. La joven le sonrió, y él ya no pudo apartar sus ojos de ella. Le hizo un movimiento de cabeza muy sutil, señalando el sector de los vestuarios y se dirigió hacia allí, deseando que ella hubiera captado la señal.

Esperó tras la escalera varios segundos que se hicieron eternos. Un aroma a jazmines invadió el lugar, y supo que ella se acercaba. Espió y midió el momento exacto en el que llegaría a donde él se encontraba. Notó que lo buscaba. Cuando la tuvo en su posición, la tomó del brazo y la arrastró tras una columna ancha que ocultaba ambos cuerpos. La apoyo allí y la cubrió de manera delicada con su cuerpo.

Por fin la tenía para él. Estaban frente a frente. Ella sonrió y dejó escapar un suave suspiro.

—Hola —se animó Lautaro.

—Hola —respondió ella de manera tímida, algo sonrojada. El puente de la nariz estaba rosado y las pecas se veían más oscuras que de costumbre.

—Necesito saber tu nombre.

—Maribel, ¿y el tuyo?

—Lautaro.

—Qué lindo nombre —se animó ella. Y lo dijo con tanta dulzura que él

se derritió.

—Vos sos linda...

Maribel sonrió complacida, atravesando una vergüenza extrema, pero llena de emoción al mismo tiempo. Bajó los párpados sin poder evitarlo, en señal de satisfacción por saber que el muchacho que le gustaba opinaba que era linda. Eso sí que era nuevo para ella.

Lautaro no se pudo contener, y la cercanía lo obligó a posar sus labios sobre los de la joven. Fue un roce lento y, al notar que ella no oponía resistencia, se animó a apoyar un poco más la boca, sintiendo que el mundo daba vueltas a su alrededor.

Con un leve toque sobre su pecho, la mano de Maribel lo separó delicadamente. Fue, en ese momento, cuando se percató de lo que había hecho.

—Debo irme. Se van a dar cuenta de que no estoy por ningún lado —susurró mirando hacia los costados.

—¿Puedo volver a verte?

—No lo sé. Es que...

—¡Maribel! ¿Dónde estás niña? —se oyó desde la puerta del vestuario.

—Me tengo que ir. Temo que solo podrás verme si mis padres están presentes. Ojalá que eso no te asuste —se despidió de manera apresurada, pero antes le dejó un sentido beso en la mejilla.

—¿Qué *acelga,* Polla?

—Hay cosas que no cambian... —se lamentó Iván.

—¡Qué bueno que volviste, hermano! Te va a hacer bien ponerte a labu-rar.

—Sí, así dicen todos...

—¿Qué *news* tenemos? ¿El jefe te dijo algo?

—Sí, ya me puso al tanto de los estafadores de seguros. Lo que no entiendo es por qué tanto secreto. ¿No eran pólizas de vida, acaso?

—Sí, pero hay algo más, me parece.

—¿Qué sabemos hasta ahora?

—Tenemos varias pistas —contestó Jacinto y prosiguió luego de una pausa—, una empresa les vendía pólizas de seguro de vida a familias. No hay ningún caso de personas que fueran solteras. Por lo que sabemos del expediente, todas esas familias tenían hijos. En resumen, parejas con uno o más chicos.

—Les hacían firmar un contrato y les dejaban boletas para pagar las cuotas.

—No. Error. Eso es lo que dice el expediente. Pero tu sobrino lo miró bien el otro día y detectó que no eran boletas para pagar en un puesto de cobro, eran más bien boletas mensuales que contenían los datos de una cuenta para transferir dinero. No tenían código de barras.

—¿Le hiciste leer a Lautaro un expediente judicial? ¡Sos un zarpado! Si se entera el jefe, te mata.

—No te creas, eh... bastante *open mind* es el vejete.

—¿Qué vejete? Si debe tener unos años más que nosotros...

—Naaa, te parece. Revisé su historial, y tiene cincuenta y seis años.

—Ah, mirá vos. Parece menos. Pero no me cambies de tema. El pibe tiene dieciocho años, no puede ver estas cosas.

—En unos días, cumple diecinueve "el pebete", tranca, lo amenacé si divulgaba alguna info fuera de estas cuatro paredes.

Iván revoleó los ojos, mientras se apoyaba de manera brusca en su sillón, cuyas patas metálicas crujieron con un quejido lastimero.

Los amigos se quedaron revisando los treinta y seis casos que tenían denunciados. Sospechaban que había más. Fueron entendiendo que el *modus operandi* de la aseguradora era cobrar un veinte por ciento del valor del seguro por adelantado y luego cuotas mensuales que debían ser transferidas a una cuenta de la cual los asegurados

contaban con el CBU. Luego de pagar varias cuotas, por lo general en la doce, el sistema les emitía un alerta de "cuenta inexistente". Cuando las familias intentaban llamar al teléfono de contacto que les habían dejado, nadie atendía, y los mails jamás eran respondidos. Simplemente, se habían esfumado. Nadie sabía de la existencia de esa empresa y, en el banco, les respondían que esa cuenta había sido cancelada luego de retirar los fondos a través de un apoderado. Cuando se le requirió más datos a la entidad, se descubrió que quien retiraba el dinero poseía una identidad falsa.

—O sea, que estos *hdp* se llevaron el dinero de todas estas familias, haciendo un laburito de hormiga —comentó de pronto Jacinto.

—Sip.

—Lo que me pregunto es: ¿con qué los habrán enganchado para contratar un seguro de una empresa no muy conocida? Porque convengamos que no era ninguna de las líderes ni nada era normal en el método de pago. También, acá dice que nunca les llegó el contrato que les prometieron que recibirían en su domicilio, ni tampoco por mail.

—No lo entiendo. Algo tentador debía tener.

—¿La gente que dice?

—Acá no dice nada. Solo que eran seguros de vida por invalidez o muerte... Ojo... acá dice... Esperá.

—What?

—Veo que, en todos los testimonios que se tomaron, el agente administrativo de la comisaría a cargo aclara entre paréntesis que uno de los cónyuges frenaba al otro cuando intentaban agregar algo más. Acá hay otro... en este no... —Iván revisaba en cuál de todos los expedientes se repetía esa observación. Encontraron más de diez que tenían ese detalle.

—¿Entonces? —consultó Jacinto, esperando la resolución de la incógnita.

—Nada. Creo que ya sé por dónde empezar a interrogar.

—¿Solo eso? Creí que habías descubierto América... —Jacinto le guiñó un ojo, mientras se despedía con un gesto con la mano y se disponía a servirse un café de la jarra que se hallaba en la mesa del pasillo, la cual estaba encendida desde hacía, por lo menos, seis horas.

Le cambió los pañales como todas las mañanas. No era lo que más le gustaba hacer. No obstante, lo complacía ver la sonrisa de la niña cuando sentía el pañal limpio. Ya caminaba y eso complicaba un poco las cosas. También, hacía sonidos, pero aún no era tiempo de negárselos. Se movía por todos lados, así que había que estar todo el tiempo observándola, para que no se lastimara. Nada le podía pasar. Debía ser una niña sana. Le daban la mejor leche, la comida nutritiva

y todo tipo de cuidados. Por suerte, a él no le tocaba todo el tiempo el acompañamiento, se turnaba con la jefa y con la persona a cargo, una mujer del instituto para sordomudos.

Dejó a la niña en el corralito y se quedó observándola. Era bellísima, con unos rulos bien marcados en ese cabello que apenas le llegaba por abajo del mentón. Los ojos negros eran tan grandes y oscuros que resaltaban aun sobre la morena piel. La nariz no era tan pequeña como la de otras niñas, pero no desentonaba con la forma de la cara.

Cerró la puerta con llave, mientras se iba a su clase de arte. Pensó en lo tonto que sonaba cerrar la puerta con llave, cuando un bebé jamás lograría escapar de ese cuarto.

El director de la institución recibió a un nuevo integrante. Reunió a todos los participantes del día para contarles la novedad. Un nuevo compañero se unía a la fraternidad que fomentaba el lugar. La unión era lo más importante para ellos. De esa manera, no se sentían tan solos y excluidos de la sociedad.

Todos se acercaron para inspeccionar al recién llegado. Era un muchacho de dieciocho años que había regresado a la provincia, luego de haber vivido algún tiempo en Buenos Aires, en busca de una operación que le salvara su deficiencia. Mendocino de nacimiento y criado en San Rafael, el muchacho estaba feliz de volver al lugar que consideraba su hogar. Pero no conocía a nadie. Quería reencontrarse con los amigos de la infancia, cuando aún podía salir a jugar y andar en bicicleta.

Luego de la ceremonia de recibimiento, cada grupo se marchó a las salas donde se dictaban clases o cursos, según las edades.

Osvaldo Valente dirigía ese lugar desde hacía casi veinte años. Ayudar a esa gente le traía grandes satisfacciones, pero especialmente lo alejaba de la oscuridad en la que se sumía cuando regresaba a su hogar.

El ISPM (Instituto para Sordomudos de la Provincia de Mendoza) fue creado en 1988 por una familia cuyos hijos tenían alguna de esas discapacidades. En la actualidad, más de cincuenta personas asisten para sentirse incluidos y aprender algún oficio que no requiriera aquellos sentidos para llevarlos a cabo.

El éxito del lugar creció cuando Osvaldo fue designado director, y el instituto adquirió carácter oficial de enseñanza. Desde aquel instante, la posición de la familia Valente en la sociedad mendocina adquirió preponderancia y orgullo ante los vecinos y, desde muchos pueblos, se acercaban para llevar a sus hijos a aprender allí.

Todo se mantenía tranquilo en los últimos años, y Valente cada vez pasaba más tiempo allí, a pesar de los reproches de su mujer. Para él era un escape. Eso era lo que realmente le gustaba hacer. Las otras

tareas de las que se encargaba solo las hacía por su familia.

Sin saberlo ni intuirlo, la llegada del nuevo integrante al instituto cambiaría el curso normal de la vida de muchas personas. Sin embargo, de antemano nadie, en aquel lugar, podía saber que Patricio había sido amigo de la infancia de Lautaro y que se reencontrarían para volver a fomentar la amistad que supieron tener.

Capítulo VI

Lautaro debía tomar una decisión. Si pretendía conquistar el corazón de Maribel, tendría que enfrentar a los padres. Se vistió con sus mejores prendas, se perfumó, se calzó el bolso cruzado sobre el hombro y salió hacia el encuentro de la familia.

Ya en la puerta del club, se reunió con Maribel que lo miró sumamente sorprendida, aunque escondió una sonrisa de satisfacción. Iba del brazo de su padre, con el pelo mojado, la mochila en la espalda y un vestido floreado hasta las rodillas que la hacían ver angelical y seductora a la vez.

—Disculpen —los detuvo el muchacho—, mi nombre es Lautaro Pollastrelli, tengo dieciocho años y, la verdad, es que me gustaría salir con su hija —pronunció casi sin pensar, por lo que al instante, se sintió un tonto y se sonrojó de la vergüenza.

—¡Pero qué coraje, muchacho! —lo enfrentó Osvaldo, serio—. Aunque habla muy bien de vos, hacer este acto de presencia. ¿Vos sabías de esto, pequeña?

—No, papá. Es decir... no sabía que él iba a venir a hablarte —contestó Maribel, al tiempo que se ruborizaba y mientras meditaba, no sin estar un tanto nerviosa, si se animaría a enfrentar a su padre en caso de que le negara al muchacho la posibilidad de visitarla.

—¿Y qué es lo que usted pretende?

—Solo quiero conocer a su hija, con su autorización, por supuesto.

—Muy bien, no me voy a oponer —dictaminó Osvaldo, dejando a los jóvenes totalmente anonadados por la pronta respuesta—, tu actitud es digna de darte una oportunidad.

—Muchas gracias, señor. Usted nos dirá cómo y cuándo nos podemos ver.

—Eres muy inteligente, muchachito. Te esperamos mañana a las 17:00 para la merienda. Se verán en el patio de la casa. No hace falta que traigas nada. La dirección es... —Se detuvo al ser interrumpido por Lautaro.

—Muchas gracias, señor. Sé la dirección. Los dejo que sigan su camino. Hasta mañana —saludó, mirando a los ojos a la chica que le quitaba el sueño.

—Adiós —respondió ella con una caída de ojos. Y retomaron el camino hacia el auto estacionado en el garaje del club.

Lautaro se quedó parado hasta que los perdió de vista. Se dio cuenta de que estaba temblando y había sudado más de lo normal. El corazón le latía de manera descontrolada, y no pudo evitar esbozar una sonrisa que, luego, él se imaginó, lo haría ver como un niño inexperto.

Alberto Tempesta, el nuevo jefe de Jacinto e Iván, se hallaba sentado en su sillón de cuero marrón de respaldo reclinable y que había sido encargado especialmente para reemplazar el de la antigua fiscal. Los papeles se esparcían sobre su escritorio y no encontraba la manera de ordenarlos. Se le ocurrió que el muchacho que había estado colaborando con Pantuso en ausencia de Pollastrelli podría ser un muy buen ayudante para esos menesteres.

Puntual, como siempre, Iván llegó al edificio e ingresó en su sector. Tempesta estaba alerta para increparlo no bien llegara a su oficina. Le comentó la idea de contratar a su sobrino. Si bien su empleado al principio lo tomó con reparos, le pareció una buena oportunidad para el muchacho, y se podía llevar adelante si Lautaro estaba de acuerdo. Después de todo, no sería más que el "niño de los mandados".

Más tarde, le comentaron a Jacinto la novedad, y el hombre lo tomó muy bien. Se ofreció a instruir al joven en lo que fuera necesario. Había notado que se llevaban muy bien en esos días que estuvieron juntos en la fiscalía.

Ahora quedaba consultar a Lautaro si aceptaba la propuesta. Lo llamaron al celular y le solicitaron que se presentara en el despacho de Tempesta.

Dos horas más tarde, el muchacho acudió a la fiscalía un poco nervioso. Lo encerraron en la oficina de Alberto y los cuatro conversaron sobre la idea de integrarlo como cadete. Lautaro los miraba incrédulo, sin entender tanta buena suerte en un solo día.

Jacinto arribó a su casa más tarde de lo habitual. Entre la reunión con el jefe por la incorporación de Lautaro a la fiscalía y la revisión de informes sobre el caso de la estafa de seguros, no se había percatado del raudo avance de las agujas del reloj.

Notó que su hijo lloraba desde su cuarto. Subió las escaleras de dos en dos y al llegar, lo vio parado en la cuna bastante alterado. No bien el niño lo divisó, cesó su llanto. Lo tomó en brazos para llevarlo a su cuarto donde esperaba encontrar a su mujer, pero no la halló. Buscó en el baño. Tampoco estaba allí. La llamó mientras husmeaba por las habitaciones. Al fin, la encontró llorando en el lavadero, mientras doblaba la ropa de su hijo.

—¿No escuchabas que Benito lloraba? —la cuestionó sin saludarla.

—Perdón, no lo oí.

—¿Por qué lloras?

—¿En serio me preguntás por qué lloro? —le respondió ella, girándose para mirarlo fijamente a los ojos con gesto serio.

—No quiero hablar del tema.

—Nunca se puede hablar con vos del tema. Por eso estaba aquí sola llorando mis penas. No estaba molestando a nadie.

—Pero tu hijo lloraba a los gritos, y andá a saber desde qué hora está así. No podés descuidarlo de esa manera. Es tu responsabilidad.

—¿Y la tuya no?

—¡Por supuesto que la mía sí! Me refiero a que, mientras estás con él, ¡vos lo cuidás!

—Dámelo —le ordenó, mientras le quitaba al niño de los brazos y se perdía subiendo la escalera de manera apresurada.

Jacinto se apoyó en la pared del pequeño cuarto de limpieza y se dejó caer hasta el suelo. Se tomó la cabeza con los codos apoyados en las rodillas. Estaba preocupado. Su mujer estaba bien hasta hacía unos días. Si nuevamente caía en la angustia, sería difícil sobrellevarlo.

El hombre despeinado se presentó cuando la primera luz del día se filtraba por las hendijas de la ventana. Una ventana que jamás se abría. La niña se puso de pie para disimular que aún no se había levantado ni había cumplido con sus obligaciones matutinas.

El corpulento ser que la visitaba todos los días se acercó para comenzar a recorrerla y olfatearla. Luego de varios segundos de inspección se irguió y la miró desde arriba. La niña no alzó la vista. No quería que su mirada delatara el pánico que sentía de que él se diera cuenta de su falta.

Había olor a miedo en la habitación. Se podía percibir. Él lo detectó. Eso le dio la pauta de que algo no andaba bien y que sus sospechas eran ciertas. Se agachó y la olfateó nuevamente. Con los dedos la obligó a abrir la boca. La niña cerró los ojos advirtiendo que estaba en problemas. Él se había dado cuenta de que no había cumplido con sus cuidados de la mañana.

La tomó del brazo de manera brusca y la arrastró hasta el baño. La pequeña niña corrió tras él casi sin tocar el suelo. Una vez dentro del toilette, le hizo un gesto que ella entendió sin más. Tomó el cepillo de dientes, le colocó pasta, lo mojó un poco con agua y procedió a cepillarse tal como se le había enseñado. Cuando terminó él le hizo la señal para que lo repitiera. Y así siete veces más. Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de la niña cuando vio caer una gota de sangre en la pileta, que se escurrió junto con el agua que corría al estar el grifo abierto. Se había lastimado un poco la encía y eso la asustó. No tenía idea que de su boca podía salir algo de ese color raro y oscuro. Lo miró pidiendo auxilio. Él le indicó que siguiera.

Luego, le ordenó con señas que se bañara. Le abrió el agua de la ducha, esperó hasta que estuviera tibia y salió de aquel espacio para dejarla que continuara a solas. Hacía tiempo que ya no la bañaba como cuando era bebé. Esperó detrás de la puerta hasta que la niña salió cambiada con la ropa de suaves tonos que él había dejado sobre el mármol de la mesada. La ayudó a calzarse las alpargatas y se sentaron en el suelo para que la peinara. Sacó el peine del bolsillo trasero de su pantalón. Le desenredó el cabello rubio. Luego, procedió a hacerle dos trenzas muy finas, una a cada costado y cuando terminó le depositó un beso sobre la cabeza. Ella se dio vuelta, lo miró, se puso de pie quedando a la misma altura que él sentado y lo abrazó. El hombre no supo qué hacer. ¿Cómo debía reaccionar? No se le había indicado cuál era el procedimiento para esos casos. Se lo preguntaría a la jefa. Por el momento, la separó de manera delicada y la acompañó hasta el colchón donde la dejó sentada.

La niña lo vio salir y cerrar la puerta. Suspiró. Se tocó la encía, aunque no sabía que aquella parte se llamaba así, y ya no sintió ninguna sensación rara. Observó hacia arriba, hacia los costados. ¿Cómo sería el lugar hacia donde se iba él? ¿A dónde iba? Bajó la vista al suelo y así se quedó por varias horas...

Beatriz San Martín atendió la llamada de mala gana. Sabía de qué se trataba el asunto por la cual la contactaban y no tenía ánimos de lidiar con aquello ese día. La situación se estaba tornando difícil en las provincias del interior del país para llevar a cabo el negocio que ella comandaba. No obstante, el principal foco de problemas era Capital Federal y Provincia de Buenos Aires.

—Sí, diga.

—Jefa, hace un mes que no tenemos nuevos asegurados, y la guita no alcanza para mantener a los pibes.

—Fernández —hizo una pausa mientras se tomaba el puente de la nariz entre los dedos y prosiguió—, los “niños” que ustedes mantienen tienen que estar en perfectas condiciones de salud y alimentación. No pongan excusas, que bastante dinero se llevan por mes. Si no hay “ventas”, pongan algo de dinero, después de todo, en cualquier negocio se debe invertir y, de eso, ustedes no conocen nada.

—No se enoje, jefa. Lo que sucede es que estamos preocupados por la situación. Entre que está todo mal con la economía, que hay cada vez más control de los bancos para abrir cuentas y que la gente de esta parte del país no tiene un pelo de tonta, se está complicando.

—Ahí le doy la razón. Son los más difíciles de persuadir. No se dejan engañar tan fácilmente y hay mucha competencia. Pero lo que nosotros ofrecemos no lo tiene nadie. Ahí está el punto. Tendré que contratar vendedores más capacitados —le confesó para presionarlo.

—¡No! No nos haga esto, jefa.

—En un rato me contacto, Fernández. Espere mis instrucciones.

Beatriz cortó la llamada e, inmediatamente, marcó el número de su agente en Formosa.

—Mande, jefa.

—Gómez... necesito trasladar a los chicos de Buenos Aires a otra provincia. Ese distrito ya no nos sirve. Nos vamos a quedar solo con el interior del país.

—¿Y para dónde quiere que los mandemos? Pero... ¿yo que tengo que ver?

—Usted es mi mejor hombre, Gómez. Es el único que entendió de manera clara este negocio y siempre tiene buenas ideas. Así que piense y deme una solución: cómo traslado a los niños y a dónde, y cómo me deshago de los dos encargados de allá.

—¡Ah! Eso es lo más fácil. Yo me encargo con mis hombres. Eran Fernández y Valenzuela, ¿verdad?

—Exacto. Lo dejo en sus manos, pero primero asegure el traslado de los chicos sin que nadie se de cuenta. Ni siquiera ellos mismos.

—Para lo que mande, jefa. Acá tenemos un montón de afiliados. Ojo, que hay uno que lo internaron. ¿Vamos a proceder? ¿O va a ser uno más de los estafados?

—Me imagino que está solo y nadie lo escucha, ¿no es verdad? —consultó la mujer al oír hablar al hombre con tanta soltura—. Si hay que proceder, se procede. Que no tiemble el pulso.

—Pues claro, jefa. Y si alguien me oye y canta, desaparece. No se preocupe.

—Bien. Por eso digo que usted es mi mejor hombre. Lo dejo a cargo del temita. Manténgame al tanto de cada movimiento. Y algo más... haga un giro para Buenos Aires y hágalos creer que sigue el negocio en pie. No quiero que descuiden la mercadería hasta que se solucione todo.

—Lo que mande, jefa.

La llamada se cortó. Ahora estaba más tranquila con el tema que la atormentaba de su negocio. Hacía tiempo que tenía que tomar una decisión y esa conversación la impulsó a determinar la resolución del problema.

Se acomodó en el sofá de color naranja que tanto cuidaba. Era hora de descansar la mente. En dos horas, llegaría el pretendiente de su hija y debía estar atenta a sus movimientos. Maldecía la decisión de su marido de haberlo aceptado tan fácilmente. Vería la forma de complicar la situación y espantarlo. No permitiría que nadie dañara a su hijita del alma, tan débil y buena... Pensó en llamar a su cuñado. Él la ayudaría a resolver el tema del muchacho.

Escuchó llorar a su hija más pequeña. Había despertado de su siesta. Su descanso había concluido. Era, en esos momentos, donde

ansiaba tener una persona que ayudara en la casa, pero no... No quería intrusos que observaran o escucharan lo que no debían.

Capítulo Vil

Estaba nervioso. Había decidido comprar dos ramos de flores, porque el padre de Maribel le indicó que no llevara nada para la merienda y no quería llegar con las manos vacías.

Hizo el camino más largo para evitar pasar por aquella calle que tanto lo intimidaba. Llegó a la casa de Maribel, sintiéndose ridículo con los presentes en la mano, aunque no le quedó otra alternativa que tocar el timbre. Se había vestido con un jean achupinado, una camisa azul marino y zapatillas *All Stars* rojas. Tenía el corte de moda, el que usan los futbolistas: rapado atrás y a los costados y con un jopo al frente. Estaba recién bañado y olía a su perfume preferido, el *Invictus* de Paco Rabanne.

Notó que destrababan la puerta de ingreso a la casa. Él se hallaba al otro lado de las rejas. Apareció en escena la madre de la joven con su hija menor en brazos. Lo hizo pasar.

—Buenas tardes, señora. Esto es para usted —le dijo mientras le entregaba uno de los ramos de flores.

—Muchas gracias...

—Lautaro.

—Sí, Lautaro, mi hija me dijo tu nombre, pero no lo recordaba. Por favor, tutéame que no tengo ganas de sentirme vieja —le dijo en tono seco, casi sin mirarlo y mientras iban ingresando en la casa.

El joven se encontró con una estancia más lujosa de lo que demostraba la fachada que daba a la calle. Los pisos de madera flotante relucían en brillo y pulcritud. Los muebles eran modernos y las vitrinas traslucían vajilla de alto nivel. El living no era muy grande, pero se evidenciaba un comedor con una mesa como para veinte personas, lo que a Lautaro le pareció excesivo. Se avistaba la cocina de muebles blancos laqueados y una isla en el centro. Dejó de husmear para no quedar como un impertinente. Se dejó conducir hasta el patio que se hallaba en el fondo de la casa. Un parque de intenso verde se alzó frente a él. Había todo tipo de plantas y flores, y el aroma a aire fresco no se condecía con el aire del barrio viciado por la contaminación ambiental. Era como si se hubiera adentrado en un oasis en medio del desierto.

Y allí estaba sentada ella, junto a la mesita blanca redonda rodeada por sillas de hierro vestidas con almohadones floreados. Se paró de inmediato al verlo ingresar. Él se detuvo y se quedó estático mirándola. Se había peinado con una media colita y se distinguían sus rasgos perfectos. Al levantarse, su cabeza casi rozó la rama de un naranjo, y la disfrutó tan bella allí, rodeada de la naturaleza, que la sintió tan pura, tan suya.

Se acercó de manera tímida y le entregó el segundo ramo: las rosas violetas desprendieron un olor magnífico. Más conocidas como *Purple Dream,* Maribel quedó prendada del color y el aroma de aquellas flores. Ella lo miró a los ojos y le estampó un beso fuerte en la mejilla. Ni ella supo entender cómo se animó a hacer eso delante de su madre, que los observaba en silencio a unos metros.

Lo invitó a tomar asiento. Él no dejaba de mirarla. La veía hermosa, aunque el vestido parecía un poco anticuado. Vestía una prenda hasta las rodillas en color marrón y blanco. El cuello tenía un volado y se la notaba incómoda con eso, porque todo el tiempo se separaba la tela de la piel. No se le apreciaban los hombros como con el solero que llevaba puesto el día anterior al salir del club, porque éste era de mangas cortas. Pero de igual manera, él la veía maravillosa.

En cuestión de segundos se encontraron rodeados por Bea y las hermanas de Maribel que traían café, té y un plato con masas secas y finas. La más pequeña solo llevaba un par de servilletas que apoyó sobre la mesa. La madre le sacó de las manos el ramo y se retiró sin emitir palabra hacia el interior de la casa, con sus dos hijas menores caminado tras ella. Quedaron a solas, por fin.

—Polla, ¿a cuántos entrevistaste hoy? —le preguntó Jacinto a Iván mientras revisaban papeles cada uno en su oficina, luego de un día agotador de trabajo.

—Dos.

—¿Solo dos?

—Fue más lo que viajé, que lo que me demoré en las citas. Igual, esa gente no está muy dispuesta a largar prenda.

—¿Por qué decís eso? —inquirió Jacinto al tiempo que ingresaba en la sala que ocupaba Iván y se sentaba frente a él, del otro lado del escritorio.

—Porque hay algo que no dicen. Se supone que eran pólizas de vida. O sea, si te morís o quedás inválido, cobrás o cobran tus herederos. Punto.

—Entiendo a dónde vas. Noté lo mismo. Como que… les prometían algo “extra” que era lo que los convencía para contratarlos.

—Exacto. Solo uno de los hombres que vi hoy, contó que tiene un hijo muy enfermo de veinticinco años y que, prácticamente, no le querían vender el seguro, pero ellos insistieron tanto que lo consiguieron. Ahora, obvio, que se arrepienten.

—¿Y la otra familia tenía algún enfermo?

—Sí, un nieto de diez años a cargo.

—Espérame —lo interrumpió Jacinto, al tiempo que se dirigía de manera presurosa hacia su escritorio y tomaba una carpeta con varios expedientes—. Yo vi cinco familias, en todas, había hijos o nietos que

padecían alguna enfermedad.

—¿Vos decís que eran elegidos especialmente?

—Sos rápido, che. Sí, digo eso. Y, por lo visto, querían que los enfermos sean menores.

—Sí, eso pensé. Me parece que ya sé por dónde viene la mano. Huelo algo turbio, más allá de la estafa.

—No me asustes con tus olores.

—Lo dije metafóricamente, huevón.

—Jajaja, ya sé, boludón, es que desde que sentiste ese olor a... ¿cómo era?

—Acaroína.

—¡Eso! ¿De dónde lo sacaste? ¡Y con eso resolviste un caso!

—No hablemos de eso, que me acuerdo de mi hermano, de la asesina y de la hija de puta de Victoria.

—Se la tragó la tierra, che. ¿Dónde se habrá metido la muy yegua? —insistió Jacinto, hablando de aquel tema, pero Iván ya no le contestó.

—Vos, ¿qué resultados obtuviste de las entrevistas?

—No mucho, pero ahora que lo pienso, se parece bastante a lo que vos mencionás. En todas las familias, había menores enfermos y, al entrevistarlos, tuve la sensación de que me escondían datos.

—Ok, resolvamos lo siguiente: volvamos a revisar todos los expedientes para determinar si encontramos esta coincidencia. Si es así, ahora vamos a saber precisamente qué preguntar.

—Buena idea. Me voy a mi escritorio. Pero antes me sirvo *un feca,* que debe estar asquerosamente fuerte y recalentado, pero yo me lo tomo igual, porque me la banco...

Iván sonrió viendo a su amigo alegre. Estaba acostumbrado a verlo así y amaba sus bromas o que lo llamara “Polla”, pese a que él le demostrara lo contrario, haciéndose el enojado. Aunque también lo conocía triste y quebrado. Ambos se conocían de esa manera y siempre se tuvieron el uno al otro. Una hora y media de estar juntos y ya se sentían como si se conocieran de toda la vida. La conversación fluía, saltando de un tema a otro y turnándose para contar sus experiencias, anécdotas o anhelos.

Lautaro se sentía en una nube. Había esperado tanto ese momento junto a ella, que se sentía tocando el cielo con las manos.

Ella, tímida y reservada, se soltó como nunca antes lo había hecho y no quería que las agujas del reloj se movieran para que no transcurrieran las horas del día.

Mientras conversaban sobre los viajes que habían hecho conociendo la Argentina, sintieron que la cortina que cubría la abertura que daba ingreso a la cocina, se movía. Lautaro se dio vuelta y se quedó asombrado de la persona a la que veía ingresar. Lo

recordaba de algún lugar, pero no sabía de dónde. Era un hombre alto y ancho, tenía los ojos muy juntos, y esa característica le daba aspecto de visco aunque no lo fuera. El pelo largo cubría toda la cabeza y estaba bastante desprolijo. Caminaba de manera algo encorvada, por lo que Lautaro imaginó que si su andar fuera más erguido, sería aún más alto de lo que ya se percibía.

—¡Tío! —la oyó saludar y la vio correr a sus brazos con una sonrisa dibujada en el rostro. El "ogro", así lo había bautizado Lautaro en cuestión de segundos, la abrazó y la envolvió casi haciéndola desaparecer entre sus brazos.

El joven detectó el momento en el que el tío de Maribel, aún teniéndola abrazada, elevó los ojos y los clavó en él. Lo recorrió un escalofrío que lo hizo temblar como una hoja de papel ante un fuerte viento. La piel se le erizó desde los pies hasta el cuero cabelludo. Sintió miedo solo con esa mirada penetrante. Pero esa sensación no lo bloqueó para seguir pensando que alguna vez ya lo había visto. Quizás cuando era chico había pasado por este barrio, pero ¿por qué tenía su imagen tan grabada? No, era algo más actual, no era un recuerdo tan lejano. Haciendo un poco de esfuerzo, en medio de los nervios que lo invadían, logró hasta recordarlo corriendo con algo en la mano y como si mirara hacia atrás en ese camino... pero era una imagen muy difusa.

—Vení, tío, te quiero presentar a alguien —lo empujó Maribel de la mano para acercarlo hacia donde se encontraba Lautaro.

Se acercaron, y el muchacho extendió tímidamente la mano para saludarlo, pero el "ogro" no respondió el saludo.

—¡Tío! ¡No seas malo! Te presento a Lautaro. Es mi amigo, así que no te queda más remedio que saludarlo —lo reprendió la joven, cruzando los brazos en señal de enojo. Lautaro la estudio en esa actitud y le pareció de menor edad. Se notaba que existía una complicidad entre ambos que se sostenía a pesar de los años.

Por fin, el hombre extendió la mano y la estrecharon. Luego, comenzó a hacer movimientos extraños hasta que Lautaro comprendió que estaba hablando con lenguaje de señas. Quedó sorprendido. Aquel hombre era mudo, sordo o sordomudo, y Lautaro comenzó a hacer conjeturas sobre la situación de éste: si habría nacido así, si quedó sordo tras un accidente, si era mudo por algún trastorno del habla...

—Sí, sí, tío. Ya sé que quedamos en que te acompañaría a la peluquería. No me olvidé. Solo que ahora estoy con Lautaro.

—Pero quedamos a las 20:00, no sabía que querías ir antes. Ahora no puedo, tío.

—¿Pasa algo? —consultó Lautaro, sintiéndose excluido de la conversación. Él no entendía el lenguaje de señas y solo oía lo que Maribel pronunciaba.

—Es que mi tío quiere que lo acompañe a cortarse el pelo. El problema es que quiere ir ahora.

—Pero...

—Es que dice que le cambiaron el horario del turno. Perdón...

¿Estaba dando el encuentro por concluido? Una corriente comenzó a recorrer los vasos sanguíneos de Lautaro. El enojo lo estaba llevando a una línea que no quería cruzar. No deseaba que ella lo conociera en ese estado en su primera cita.

—Bueno, los dejo. Te veo en el club el viernes —la saludó el muchacho con un beso en la mejilla.

—Te acompaño —pero no lo pudo seguir, porque Lautaro ya había atravesado la cortina, y su tío la tomó del brazo para frenarla y continuar haciendo señas, contándole las ideas que tenía para el nuevo corte.

Maribel lo miró en silencio, sin responderle. Lautaro se había ido de manera repentina y algo enojado o, al menos, eso parecía.

El muchacho llegó a la cocina y caminó en el ambiente que lo llevaba a la salida.

Beatriz se encontraba lavando vajilla, observando toda la situación por la ventana que daba al parque. No lo miró. Lautaro se percató de esa actitud y aceptó que no era bienvenido en esa casa, por lo menos, para esa mujer.

Salió a la calle hecho una furia. Dobló a la izquierda, sin darse cuenta de que el camino lo conduciría, nuevamente, por aquel lugar al que él no deseaba regresar.

Capítulo VIII

Aún permanecía en él la inquietante sensación de querer destrozar todo lo que se interpusiera en su camino. No podía digerir que la cita hubiera culminado así, sin más. Aquel hombre había ido a la casa de Maribel con la clara intensión de sacarla de allí, como si fuera un niño caprichoso. No importó si estaba acompañada o no, él llegó y ocupó un lugar prioritario de manera inmediata. «¿Ella lo trataría con tanta cortesía porque era mudo? ¿Tendría también algún tipo de retraso?». Esos pensamientos se le vinieron a la mente. Mientras caminaba lleno de ira, rememoraba la forma en la que ella había salido corriendo a su encuentro. Se percibía una conexión más allá de lo familiar. Lo quería mucho, se notaba. Y la forma en la que él la envolvió en sus brazos en clara protección le dio a entender que sería difícil atravesar ese escudo.

Tuvo que frenar de manera brusca al cruzar la calle. Lo alertó un boci-nazo y un improperio del conductor que, por poco, lo atropella. Con un ademán, pidió disculpas. Siguió su camino, luego de dejar pasar al auto que lo sacó de sus cavilaciones. No había demasiado tránsito, por lo que no haber visto ese vehículo demostraba la nula

atención que estaba prestando al trayecto.

Avanzó y, unos metros más adelante, se detuvo de manera intempestiva. Allí estaba otra vez, donde no quería estar. Miró hacia todos lados. Se sentía observado una vez más, como le ocurrió unos días atrás y como le sucedía cada vez que jugaba con sus amigos en aquel barrio a los doce o trece años.

Trató de continuar su marcha, sin embargo, algo le impedía moverse. Sentía unos ojos clavándole la mirada y, por más que observaba hacia todos lados, no avistaba a nadie. Sintió miedo. Estaba como paralizado y solo atinaba a dar vueltas en el lugar. Tenía plena certeza de que alguien lo observaba, eso no podía ser solo una sensación.

De pronto, sintió un sonido, una especie de zumbido. Provenía de la casa pintada de amarillo, la que siempre estaba cerrada tanto en puertas como ventanas. Se quedó observando la fachada. No detectaba ni un solo movimiento. No obstante, no podía quitar sus ojos de allí. Fue buscando algo que evidenciara que algún insecto o animal merodeaba por aquel lugar. Nada. Mientras tanto, seguía parado sin poder moverse. Solo su rostro subía y bajaba y recorría desde la planta baja hasta el primer piso de la casa.

Otra vez ese sonido, pero ahora pudo identificar que provenía del piso superior. El silencio del barrio y que no transitara ningún automóvil lo ayudaron a ubicar mejor que, desde aquella ventana cerrada, algo emitía ese ruido. Se quedó mirando. No había movimientos, ni luces, ni espacio para que un animal anduviera por allí, salvo que estuviera del lado de adentro. Pensó que seguramente se trataría de eso: un gato encerrado o una paloma que quedó atascada al querer guarecerse dentro de la casa.

Desistió de continuar allí parado perdiendo tiempo. Seguro se trataba de un animal. Siempre lo habría sido. Logró darse vuelta y comenzar a andar. Estaba más tranquilo, hasta que un pensamiento se le cruzó por la mente: «pero si esta misma sensación, al pasar por esta casa, la tengo desde hace casi diez años, ¿cómo podría ser solo un animal?».

Ofuscado en ese pensamiento, retrocedió y enfocó la vista en la ventana. Y lo vio... Vio un sutil movimiento, un pequeño desplazamiento que le dio la pauta de que allí había alguien. No era un animal. Alguien había movido un trozo de ladrillo y observaba por allí. La conexión se había establecido desde el momento en el que él había mirado directo hacia ese lugar. Ahora se daba cuenta de ese espacio vacío, mínimo. Un pequeño agujero casi imperceptible debajo del marco de la ventana.

Era un día muy tranquilo. No había ruidos y la luz se filtraba por pequeños espacios como finas líneas.

La joven estaba recostada sobre su colchón mirando el techo. De vez en cuando, se acariciaba el cabello y añoraba los días en que estaba suave y largo. No había estado con nadie desde las primeras horas de la mañana. Deseaba comer algo, pero nada le habían traído. “Hambre”, esa sensación del cuerpo totalmente instintiva que se siente y que, sabemos, solo se calma con alimento. Aunque la joven no sabía que eso que ingería se llamaba comida, menos aún, que cada elemento tenía su propio nombre.

De pronto sintió un sonido, de esos que indicaban movimiento. Se escuchaban algo lejanos, pero había desarrollado tanto el sentido de la audición, que podía detectar hasta las pisadas de un felino, o de ese animal que ella no sabía cómo se nombraba y que, a veces, veía pasar.

En los casi dieciséis años que tenía, había aprendido a distinguir sonidos y aromas, lo que era todo para ella. La visión se reducía al espacio que ocupaba y a un diminuto orificio que había logrado hacer en la pared, sin proponérselo, y que era su único secreto en la vida y lo que la conectaba con el mundo exterior, totalmente ajeno a ella. No lograba dimensionar que aquello era un secreto, pero sí sabía que no lo quería compartir con esas personas que la visitaban de vez en cuando.

Quitó el pequeño escombro mientras seguía escuchando ese sonido que le indicaba que se acercaba alguien. Esperó mirando con su ojo derecho, alternando con el izquierdo para identificar de dónde venía el movimiento.

Por fin avistó a alguien. Era solo uno. Se lo quedó mirando fijamente. Lo observó cuando se quedó quieto y apuntó hacia donde ella estaba. Pero el muchacho seguía estático. Decidió probar haciendo un sonido por lo que acercó sus labios al pequeño orificio: «mmmmmm... zzzzzzz-zzmmmmm». Al cabo de un tiempo, repitió el procedimiento. Se apresuró a mirar nuevamente para detectar si la había oído. Sí, la escuchó. Se dio cuenta, porque movía la cabeza hacia todos lados en busca de algo. Pero, para su decepción, pasados unos segundos, lo vio moverse y proseguir su camino. Cerró los ojos en franca decepción, una sensación instintiva de frustración.

Una especie de fuerza superior la hizo insistir, y colocó su ojo derecho en la escueta hendidura desde donde aún lo podía ver. No quería que desapareciera. Miró fijo, muy fijo, poniendo la fuerza de cada célula de su ser para enfocar la visión. Para su sorpresa lo vio retroceder, observar todo nuevamente y, por fin... la conexión. Fue un instante donde cruzó la mirada con ese ser. Se vieron, se conectaron. Ahora sabían el uno del otro.

Rodrigo salió de la casa de manera presurosa, prometiendo a su sobrina que volvía rápidamente, pues se había olvidado la billetera. Al pasar por la cocina, Bea le hizo un gesto de asentimiento y

agradecimiento por la ayuda que le había brindado al apartar a ese muchacho de la casa. Atravesó la puerta y se dirigió hacia su casa que se encontraba a unas cuatro cuadras.

Giró en la esquina, caminó unas cuadras y se frenó repentinamente al avistar a una persona parada en la puerta de su casa. Se escondió en el chaflán para no ser visto y se fue asomando para tratar de identificar de quién se trataba. Lo reconoció de inmediato, aún de espaldas. Era el muchacho que estaba con su sobrina hacía unos momentos. ¿Por qué estaba en la puerta de su casa ahora? ¿Sabría que él vivía allí?

Lo observó como emprendía su camino, pero al cabo de unos segundos, regresaba sobre sus pasos y seguía mirando para todos lados en la fachada de la casa, en clara posición de estar buscando algo... «¿Sería que ella...? ¿Pero cómo?», pensó extrañado.

Estuvo a punto de salir corriendo cuando se le vino a la mente la idea de que la joven podía haber logrado abrir la ventana. Sería un desastre si eso ocurriera, dado que nadie debía saber de su existencia. Se contuvo para no ser descubierto y esperó estoico a que el joven se fuera de allí. Sin embargo, él no se movía. Estaba como clavado al suelo, estático, mirando un punto fijo. Rodrigo tembló, era el fin. De esa situación sí que no sabía cómo se iba a salir.

Lautaro no supo qué hacer. Pero allí había algo o alguien. Se le dio por pensar que se trataba de un fantasma, pero se instó a deducir que se trataba de algún animal, como ya se le había ocurrido momentos antes.

La piel se le erizó y sintió vértigo. No sabía cómo actuar. Se le secó la boca. No había nada que evidenciara que en esa vivienda moraba alguien, pero tampoco parecía abandonada.

Respiró hondo y tomó coraje para dar media vuelta y continuar su camino. Le costó, pero por fin avanzaba en sus pasos. No obstante, algo en el pecho le decía que no podía quedarse de brazos cruzados. ¿Cómo podía ser que durante tantos años haya sentido que había algo en aquel lugar y ahora que estaba seguro de haberlo visto, no hiciera nada? Sin embargo, en ese momento, lo único que deseaba era alejarse de allí.

Caminó, avanzó y, cuando pudo, casi corrió hacia su casa. Estando a punto de llegar, decidió cambiar el rumbo. Necesitaba hablar con su tío, urgente. Debía contarle sus sospechas de que, en aquel caserón, habitaba algo que no era normal. Iván sabía la historia de sus miedos y de la de sus amigos que, desde que eran niños, comenzaron a sentir que había algo o alguien en aquel lugar. Aunque nunca pudieron saber exactamente de dónde provenían sus sospechas.

Llegó a la fiscalía sin saber muy bien cómo había logrado andar todo ese camino en tan poco tiempo. No tenía noción de la velocidad

que podían adquirir sus pasos cuando la angustia y el miedo lo acechaban.

Cuando estuvo seguro de que ya no lo vería, corrió hacia la casa. Estaba convencido de que la joven había dado alguna señal de que estaba allí y, ahora, alguien sabía de ella y trataría de averiguar quién era. Debía darle una lección por ser mala niña.

Revisó el frente de la casa, pero nada le demostró que hubiera algo fuera de su lugar. Todo estaba cerrado como siempre y no había ruidos ni movimientos.

Trató de abrir la puerta, pero de los nervios y el apuro, se le cayeron las llaves al suelo porque no daba con la cerradura. Cuando por fin pudo entrar, notó que todo estaba tal como lo había dejado esa mañana.

Subió los escalones de dos en dos. Llegó a la puerta donde ella estaba y destrabó el gancho que trababa la puerta del lado de afuera. Entró. Allí estaba sentada en el suelo, debajo de la ventana. Su cara evidenciaba que se había portado mal. Ahora el gesto se le desfiguraba en señal de pánico al verlo a él. Percibió el miedo como si fuera una fuerza superior que se apoderaba del lugar. Cerró la puerta. Esto no podía quedar así.

Temblaba. La joven, instintivamente, se refugiaba en ella misma, porque sentía mucho temor. Estaba acurrucada con las piernas pegadas al pecho y abrazada a ellas, cuando notó que alguien subía. No supo si moverse o quedarse inmóvil. Optó por lo segundo. De alguna manera, permanecer allí sentada contra la pared debajo de la ventana, la hacía sentir un poco más segura, debido a que, en esa posición, trataba de ocultar el orificio en la pared con su cabeza. Si lograba que no se filtrara luz por allí, quizás no se percataran de la existencia de ese agujero y lo podría conservar para seguir mirando el mundo exterior. De lo contrario, seguramente, lo sellarían.

Por fin lo vio entrar, cerrar la puerta y clavar sus ojos en ella. El cuerpo le tiritaba al tiempo que sudaba. Intentó quedarse quieta para lograr que su cabeza cubriera el agujero de la pared, que no había podido ocultar a tiempo con el trozo de ladrillo.

Él se acercó con ese gesto que tanto la intimidaba. Revisó toda la superficie de la pared que la rodeaba buscando algo. Bajó la mirada hacia ella. La tomó de un brazo y la apartó bruscamente, tanto que trastabilló y cayó al suelo sin poder sostenerse. Se golpeó el pómulo derecho contra el suelo, además de doblarse una mano que quedó bajo su cuerpo en la caída. Se levantó con dificultad porque contaba solo con una mano y corrió a la otra esquina de la habitación para guarecerse ovillada, mientras permanecía temblorosa. Por el rabillo del ojo, lo miraba y vio el momento exacto en el que él se agachaba para descubrir, por desgracia, su único secreto.

Fue en ese momento, cuando él se giró y enfocó su mirada hacia ella. Hecho una fiera se abalanzó sobre la joven, que se cubrió para protegerse, pero no lo pudo impedir. La tomó de la ropa y la arrastró por el suelo hacia el baño. Ella arañaba el piso y pataleaba para tratar de zafarse de las garras de aquel ser al que tanto miedo le tenía, y que, sin embargo, era el único que la visitaba todos los días y le daba de comer. Sentía por él esa sensación instintiva de amor-odio difícil de explicar cuando se trata de una de las pocas personas que se conoce. Ella no lo sabía, pero lo que sentía hacia él era por el síndrome de Estocolmo: había desarrollado, por su captor, un cariño especial y sería capaz de defenderlo hasta el cansancio. Pero también le temía y no deseaba que tuviera esos ataques de enojo, porque sabía que podía hacerle daño. Él padecía el mismo síndrome, sin saberlo, la joven era su debilidad. Pero lo atormentaba el castigo que podrían darle a él si algo salía mal y, por ello, a veces, tenía esas reacciones.

Teniéndola sujetada por la remera, deseando que tuviera el cabello largo para poder tomarla de allí, abrió el grifo de la pileta y tapó el desagüe. Esperó a que se llenara lo suficiente, mientras luchaba con la chica que intentaba liberarse, presa del pánico.

Cuando le pareció apropiado el nivel que había alcanzado el agua en la bacha, la levantó del suelo, la miró fijo a los ojos con furia y le clavó los cinco dedos de la mano en el cuero cabelludo para empujar su cabeza desde atrás y hundírsela hasta el fondo. La sometió a la tortura de ahogarla, dejándola salir a respirar en el momento exacto en el que ella creía no soportarlo más. Él estaba fuera de sí e insistía en su procedimiento para castigarla por lo que había ocurrido. Él también estaba preso de la desesperación, porque sabía que se avecinaban castigos para él también y quería apresurarse a remediarlo para que no sean tan severos.

De pronto, sintió un golpe y un empujón que lo sacaron de su estado de shock y cayó torpemente dentro de la bañera que estaba a un costado. En el movimiento, soltó a la joven que, empapada, tosía desesperada mientras intentaba volver en sí y tomaba bocanadas de aire para recuperar el control de su cuerpo. La mujer le palmeaba la cara para traerla de vuelta a la realidad, pero la adolescente tenía los ojos desorbitados, no paraba de dar manotazos en señal de defensa y se estaba haciendo muy dificultoso controlarla.

—¡Imbécil! ¡Mira lo que has hecho! ¡Arruinaste todo! ¡Ayúdame a contenerla, pedazo de inepto! —le ordenó a los gritos la mujer, al tiempo que se arrepentía de haber hablado.

La joven se quedó quieta de inmediato. Miró a la mujer que tenía frente a sí, sin entender nada de lo que había dicho. Era la primera vez en su vida que oía hablar a alguien. Por instinto, como la mayor parte de lo que hacía, imitó lo que había escuchado y gritó de manera

desaforada como jamás lo había hecho, como jamás lo había escuchado, como jamás creyó que saldría un sonido así de su garganta.

Capítulo IX

Ascendió los escalones de dos en dos. No quiso esperar el elevador, necesitaba que sus movimientos dependieran de él mismo y no de una máquina. Llegó a la oficina de su tío y no lo encontró en su escritorio. Miró hacia los demás lugares de trabajo y halló la sonrisa de Jacinto que le daba la bienvenida.

—¿Qué *acelga,* Lautarín? ¡Epa! ¡Qué *caripelal*

—¿Mi tío está?

—Ahora viene. Fue a comprar analgésicos, porque le duele la cabeza.

—Ah, como siempre.

—Sip. ¿Y se puede saber por qué traes esa cara?

—Hola. ¡Lauti! ¡Qué sorpresa! ¿No es tu día de franco hoy? —saludó Iván recién llegado, con una sonrisa, como cada vez que ve a su sobrino.

—Hola, tío, necesito hablarte. Es urgente.

—¡Epa! Qué intriga. Tu sobrino llegó con cara de haber visto un fantasma, así que prestale atención —comentó Jacinto, entendiendo que el muchacho estaba preocupado por el gesto que traía.

—A ver, venite. Sentémonos en mi escritorio. Espérame que me tomo la *cafia.*

—Yo sigo buscando una info, cualquier cosa me llaman —manifestó Jacinto, mientras retomaba el camino hacia unos archivos que había al otro lado del amplio salón.

Lautaro ocupó la silla cercana al escritorio de su tío y lo esperó a que volviera del pasillo, donde se había ido a servir un vaso de agua del *dispenser* disponible allí para los empleados de ese piso. Se encontraba nervioso. Las manos no paraban de temblarle y agradeció sentarse, porque las piernas ya no le respondían: un poco por subir las escaleras de manera veloz y otro tanto por el malestar que sentía en su interior.

—Acá estoy. Soy todo oídos.

—Tío, pasé otra vez por esa casa.

—¿La que me contaste el otro día?

—Sí.

—¿No quedamos en que no pasarías más por allí?

—Es que, de nuevo, terminé allí sin darme cuenta.

—Cabecita de novio... ¿venías de la casa de la chica esta?

—Sí.

—¡Contame todo! —se entusiasmó Iván, pero la cara de su sobrino no lo dejó continuar con los buenos augurios que se

imaginaba.

—No, tío. Es esa casa otra vez. Pero ahora vi algo.

—¿Qué viste?

—No lo sé.

—Bueno, decime qué viste o qué te pareció ver. Algo importante debe ser para que lleves esa cara.

—Sí, es una casa que, cada vez que paso, está cerrada. Primero, tuve la sensación de siempre, de que me estaban mirando. Tal como habíamos quedado, traté de ignorarla, pero no pude, sentía una visión sobre mi espalda, como una flecha clavada que no me dejaba mover.

—Eso se llama "pánico". ¿No estarás teniendo ataques de pánico?

—No, tío, esto sucede solo cuando paso por allí. Pero esta vez escuché un ruido, un zumbido, un "algo", no sé que era. Pensé que podría haber un animal merodeando por allí o que habita la casa, pero luego...

—¿Qué pasa? Estás pálido.

—Vi un ojo, en un orificio en la pared debajo de la ventana. Alguien me miraba desde allí. No sé lo que es, pero allí adentro hay alguien o algo.

—No sé qué decirte. Será la persona que vive allí que le gusta espiar sin ser vista —opinó Iván sin saber muy bien por qué tanta preocupación en su sobrino.

—Pero, tío, desde hace años que varios sentimos que alguien nos mira. No soy el único.

—Con más razón, es la persona que vive en esa casa que le gusta observar a la gente pasar y lo hace desde hace tiempo. No creo que debas preocuparte.

—Yo creo que sí. Hizo un sonido para que le prestara atención cuando me estaba yendo. Está pidiendo auxilio —dijo Lautaro, poniéndose de pie y comenzando a caminar de un lado a otro. Sentía que su tío no lo comprendía—. Si allí vive alguien, ¿por qué tiene las ventanas cerradas?

—Bueno, cálmate. Vení, Lauti, sentate —le pidió, señalándole la silla que tenía frente a su escritorio—. ¿Y qué pretendés hacer?

—No sé. ¿Se podrá entrar? —preguntó Lautaro, al tiempo que, nuevamente, se ponía de pie y caminaba de un lado a otro.

—Eso es violación de la propiedad —aclaró Iván, mientras miraba el ir y venir de su sobrino, adivinando sus intenciones.

—No. Me refiero a conseguir una orden, algo que nos permita entrar y revisar la casa de manera legal.

—¿Alguien denunció algo? ¿Qué hecho amerita que se moleste a un juez para que autorice una orden de allanamiento en una propiedad donde no se cometió ningún delito?

—No digo que haya delito. Digo que algo hay allí adentro. Quizás

es un animal, pero algo hay.

—Sí, un fantasma también.

—Algo así.

—¿Estás hablando en serio? Me estás preocupando. ¿Te podés quedar quieto? Vas a hacer un surco en el suelo si seguís caminando así sobre el mismo lugar.

—Tío, siento que no me entendés. Es la primera vez que me pasa. Me siento solo. Creí que me ibas a comprender.

—Yo te entiendo, Lauti, pero no creo poder ayudarte en este asunto.

—No lo puedo creer. No lo puedo creer —repetía Lautaro, tomándose la cabeza en clara señal de nerviosismo. Tenía sensaciones encontradas y no lograba saber si era por lo que había visto en esa casa o si estaba aún influenciado por el enojo ante la llegada repentina del tío de Maribel.

Iván lo observaba sorprendido. Jamás había visto a su sobrino en ese estado, tan fuera de sí. No entendía, exactamente, qué era lo que pudo haber visto para dejarlo tan nervioso y obsesionado. Ciertamente, no sabía cómo ayudarlo. Se le ocurrió ofrecerle acompañarlo hasta ese sitio para tratar de ver lo que a su sobrino tanto alteraba, pero le pareció en vano. Se notaba que Lautaro quería adentrarse en el lugar, y esa era una tarea imposible.

El joven, al fin, se sentó en una silla que tambaleó al sentir el peso del cuerpo. Lautaro insultó su suerte y se acomodó en el asiento contiguo para estar más estable. Era evidente que, en esa fiscalía, solo se invertía en renovar todo lo visible: ascensores, fachada del edificio, piso, mostrador y algunas puertas de las oficinas internas. Pero el resto de los sectores seguía en mal estado, lo que manifestaba el descuido que se tenía con todo lo perteneciente a la justicia, tanto en lo material como en lo que refiere al personal.

Pollastrelli se quedó observando a su sobrino. Estaba orgulloso de él y del hombre en el que se estaba convirtiendo. Sabía que había tenido influencia en su crianza y eso le llenaba el alma. Sin embargo, recordar a su hermano, recientemente fallecido, le daba la cuota de tristeza que opacaba lo feliz que era por ver a su sobrino lleno de vida, expectativas y, ahora, enamorado. Le observó las facciones del perfil. Era muy parecido a su madre, pero el corte de la cara era el del padre. Lo notaba tenso, las mandíbulas apretadas y la nuez de Adán que le subía y bajaba al compás de la respiración agitada. Lautaro era su vida. Y haría cualquier cosa por él.

La voz de su mejor amigo lo sacó de sus cavilaciones y le prestó atención, porque notó su tono preocupado.

—¡Polla! ¿Qué info tenés del conductor que llevaba o lleva a los productores de seguro a visitar las familias?

—Te dije mil veces que no me llames así en el lugar de trabajo —lo reprendió—. No tengo idea de qué me estás hablando.

Jacinto se fue acerando al cubículo que ocupaba Iván, con varias carpetas de distintos colores en las manos. Hacía malabares para que los papeles sueltos que había en ellas no se cayeran. Una vez que llegó, apoyó la pila, empujó hacia adentro algunos papeles sobresalidos y resopló de fastidio.

—Po... Iván —se corrigió él mismo—, ¿te acordás que estamos trabajando sobre un caso de estafa de una compañía de seguros y que el jefe nos pidió que investigáramos sobre este caso? —lo cuestionó Jacinto, ironizando sobre algo que era más que sabido por ambos.

—No jodas, hermano. Ya sé cuál es el caso que nos compete, pero po-neme en situación, no vengas así de la nada para hacerme preguntas que no voy a poder contestarte —respondió Iván cansado y tocándose las sienes, porque el dolor de cabeza aún persistía, a pesar de haber tomado analgésicos.

—Bueno, "te sitúo" —remarcó Pantuso y continuó—. En los expedientes, los damnificados expresan que la persona que los visitó era hombre. De las descripciones que cada familia hizo, ningún productor coincide con otro, ya sea porque tenían distinto color de pelo, diferente altura u otras características que surgen de los identikits.

—Hasta ahí, ok. Pero ¿qué decías de un chofer? —consultó Pollastrelli mientras alternaba vistazos entre Jacinto y su sobrino que se restregaba las manos aún nervioso.

—Ok. Nos vamos entendiendo. En todos los expedientes, se hace mención a que el productor del seguro asistía en auto a los domicilios, pero era otro hombre el que manejaba. Esa persona, en ninguno de los casos, bajó del automóvil. Algunos hicieron descripciones, pero son muy irregulares, porque lo veían desde lejos y dentro del vehículo. Así que los rasgos eran difíciles de definir.

—¿Entonces?

—Sin embargo, tres de las personas denunciantes dieron descripciones bastante precisas del perfil y de la fisonomía de ese supuesto chofer.

-¿Y?

—Coinciden bastante. Se refieren a un hombre de contextura bastante grande, pelo abultado, nariz aguileña, tez no muy blanca, aunque en este punto algunos lo vieron a través de la ventanilla, por lo que no se puede asegurar el color de piel.

—Te sigo, pero ¿te pareció encontrar algo? ¿Qué me querés decir? Vamos al grano.

—Mirá...

Jacinto se puso a abrir los expedientes que había marcado con un

papel de color. Solo en tres de ellos había bosquejo de las facciones de esa persona que señalaban como “chofer”. Se los pasó a Iván que los estudió detenidamente. Los movía como queriéndole dar un ángulo distinto, dado que los dibujos eran todos de perfil, salvo uno que trataba de señalar algo más del rostro de ese hombre.

—Diría que se parecen, pero es difícil asegurarlo —acotó Iván.

—Sí, pero creo que es la misma persona. Esto nos daría la pauta de que los casos están relacionados. Con esta pista, podemos volver a entrevistar a todas las familias para instarlas a que traten de recordar si vieron a ese hombre y que lo describan. Es más que importante tener un mismo patrón de unión en todo esto.

—Sí. Deberíamos mostrárselo al jefe para tener otra opinión sobre si le parecen o no la misma persona. Yo sigo mirando y creo que sí, se parecen bastante, especialmente la contextura y el pelo.

—Exacto.

—¿Puedo ver? —se animó a preguntar Lautaro, interesado por la preocupación de esos dos hombres a los que tanto quería, y por tratarse de algo que él mismo había encontrado en las carpetas.

—Obvio, Lauti. Otra opinión va a venir bien. De todos modos, la que es concluyente es la del jefe.

Lautaro se levantó de la silla y se acercó al escritorio, donde estaban expuestos los tres identikits. Fueron solo segundos, donde pasó la vista de uno a otro y se puso pálido. Se quedó quieto tratando de estudiar mejor las señales que se evidenciaban frente a él. Como en un murmullo seguía escuchando la voz de Jacinto que no paraba de hablar y de explicarles a él y a Iván sus sospechas y los pasos por seguir. Trató de salir de su sopor para comprender lo que hablaban...

—Insisto: nadie lo vio bajar del auto, así que no tenemos la altura definida, solo sospechamos que es alto y de contextura grande. Así que, dado que no se acercó a las personas estafadas, nadie lo oyó hablar.

—Igual, nadie lo hubiera escuchado, aunque bajara del auto —interrumpió Lautaro.

—¿Cómo? —se asombró su tío.

—¿Por qué decís eso? —preguntó Jacinto.

—Porque ese hombre es mudo.

Capítulo X

Luego de que Lautaro se explayara explicando lo último que había mencionado sobre el hombre que oficiaba de chofer de los productores de seguros y por qué lo conocía, Iván y Jacinto se pusieron a investigar. Con identikits y descripciones que dio el muchacho buscaron en la base de datos, con ayuda de compañeros que se dedicaban a esa función, y obtuvieron resultados satisfactorios. Para sorpresa de todos, y del propio Lautaro, el domicilio de Rodrigo

Valente quedaba en el barrio desde donde recién había llegado tan nervioso.

Días más tarde, con una minuciosa entrevista a los damnificados, poniendo énfasis en la descripción del chofer, corroboraron los dichos y, en todos los casos, el hombre era el mismo.

Cuando el fiscal revisó toda la información recabada, ordenó de inmediato interrogar como sospechoso a ese hombre para determinar si tenía o no implicancias en el ilícito. Dos policías entregaron una cédula de notificación en el domicilio para citarlo a declarar en la fiscalía para dentro de dos días. Los hechos demostraban que formaba parte de la red que estafaba a las familias que contrataban el seguro, pero no sabían qué grado de conocimiento podría llegar a tener del asunto. Por otro lado, temían que su condición de no parlante obstaculizara la investigación. Como se suponía que aún no lo conocían, no pudieron solicitar la asistencia de un experto en lenguaje de señas, lo que demoraría, indefectiblemente, que se llevara a cabo el interrogatorio.

Los tres investigadores (ya habían incluido a Lautaro como parte importante de esa situación), sabiendo el domicilio de Valente, fueron a inspeccionar los alrededores. Eran pequeñas licencias que se tomaban a escondidas del jefe, pero que siempre ayudaban a resolver los casos.

Finalmente, corroboraron que la dirección indicada era la casa donde Lautaro había visto extraños movimientos y aseguraba que algo raro habitaba allí dentro. Desde ese momento, una duda se instaló en los tres hombres. ¿Qué habría en esa casa desde hacía tantos años para provocar el miedo de los niños del pueblo? Tal era el grado de alerta que encendía ese lugar en ellos que habían jurado no pasar nunca más por allí. Lautaro había sido el primero en romper, sin proponérselo, esa promesa.

Mientras rodeaban la zona, no avistaron nada raro. El hueco por el cual el muchacho comentaba haber visto un ojo no existía, por lo que suponían que lo habían sellado con material de construcción. Si bien, esa situación hacía sospechar que, quizás, había sido imaginación de Lautaro, él aseguraba, sin amilanarse, que él estaba convencido de lo que sus ojos habían visto.

Llegado el día de la citación, se apersonó en la fiscalía Rodrigo Valente. Solo. Tal como sospechaban, no pudieron llevar a cabo el interrogatorio, porque -como no querían demostrar que sabían que era mudo- no había ningún intérprete de lenguaje de señas en el lugar.

Se acordó una nueva cita con un acompañante y un abogado para la semana siguiente. La fiscalía también contaría con un intérprete de leguaje de señas para corroborar las declaraciones.

Durante todo ese lapso, Iván y Jacinto se dedicaron a estudiar los

expedientes, teniendo en cuenta nuevas pistas y buscando en detalle cualquier indicio que agregara datos para tener algo más sobre lo cual ahondar. Entrevistaron a otras familias, que -enteradas de las denuncias- se animaron también a hacer las propias. Nuevos casos se sumaban y, en todos, se coincidía en el chofer, en el tipo de seguro y en la cuenta bancaria cerrada. En algunos casos, los datos del productor visitante coincidían, por lo que habían llegado a la conclusión de que eran al menos veinte hombres los que asistían a las viviendas para ofrecer y vender el producto.

En casi dos semanas, se había avanzado de manera vertiginosa, y ya se hallaban muy cerca de resolver el caso. Aún restaba obtener certezas para poder encontrar a los vendedores de las pólizas para interrogarlos y que declararan quién era el o los cabecillas de la estafa.

El fiscal estaba orgulloso de sus empleados. Daba gracias por haber sido llamado para ejercer en esa fiscalía y por tener los mejores investigadores de la provincia. Además, estaba encantado con el desempeño de Lautaro Pollastrelli, quien día a día demostraba su afán por resolver el caso, poner en orden los papeles y dar ideas para hacer preguntas tanto a los denunciantes como a los sospechosos.

—Diga, doña.

—No me llame así, Pereyra, que me hace sentir vieja.

—Disculpe, señora. Es que acá en el pueblo se habla así, vio.

—Está bien. Está bien. Lo llamo para decirle que *el encargo* va para allá. Son tres. Nadie puede saber de dónde vienen ni a dónde van. ¿Queda claro?

—Sí, señora. ¿Alguna indicación?

—Sí. Todas. Son *perlas en bruto*. No pueden hacerles ni un rasguño. *Valen oro* y las quiero limpias, cuidadas, comidas y cómodas. Viajan con todos los papeles al día para que la doctora a cargo sepa el estado de ellas y continúe el control periódico.

—Como usted diga, patrona.

—Otra cosa. Tienen que estar aisladas. No se conocen entre ellas y no hablan. No deben hablar. No deben emitir sonido —recalcó.

—Sí, como todos. Eso se cumple a rajatabla. ¿Estas vienen entrenadas?

—La más pequeña aún no. Es muy pronto. Por eso, debe estar más separada de las otras, porque podría llegar a balbucear o llorar. De a poco, se la debe ir calmando y enseñando que no debe hacer ruidos. Con el tiempo, olvidará que alguna vez se oyó a sí misma. De igual manera, la doctora Carreras se hará cargo. Después de todo, la casa es de ella.

—Entendido.

—¿Cómo va el caso del niño que necesita el trasplante?

—Muy bien, señora. Gracias a que usted manda a hacer todos los análisis, pudimos dar con el correcto. Había uno que era compatible cien por ciento. Así que ya no está más. Tuvimos solo esa baja.

—¿Y la familia que recibió el encargo?

—Entiendo que está todo *ok,* doña... perdón, señora.

—¿Ya pagaron el extra? —consultó la mujer, golpeteando sus dedos contra la mesa en la que se encontraba apoyada, mientras hablaba por una línea de un locutorio.

—Sí. Según me informó *el* José, recibió el maletín que contenía ochenta y siete *lucas verdes.*

—Excelente. Necesito que me hagan llegar el maletín. Separen diecisiete para ustedes y me mandan el resto. Ya sabe cómo repartirlo.

—Sí, señora.

Maribel y Lautaro no habían vuelto a verse. El muchacho, sumergido en el caso que investigaban, no asistió al club y, por ello, no se cruzaron por varias semanas.

Ella deseaba volver a verlo y tratar de concertar otro encuentro, aunque su madre le había advertido que no le gustaba ese chico, que no quería saber nada de él y menos que fuera a su casa. Maribel recurría al consuelo de su padre que la apañaba y le concedía el privilegio de aceptar que Lautaro volviera a visitarla. Esto ocasionaba nuevas disputas en el

matrimonio, tan comunes por esos tiempos. Sin embargo, la cuestión era que la chica no sabía dónde vivía Lautaro, y él no aparecía.

Comenzó a estar más triste que de costumbre, por lo que Bea se puso en alerta. No comía lo suficiente, no quería asistir a las clases de natación y dormía más de la cuenta.

Como respuesta a esta actitud, madre y padre se vieron obligados a realizar nuevos estudios de rutina a los que agregó una psicóloga para que evaluara si su hija padecía alguna patología. A esto, se sumaron electrocardiogramas, ecodoppler, ecografías de otros órganos, tomografía, resonancia magnética, mapeo cerebral y todos los estudios de rutina que ya les realizaban a Maribel y a sus otras dos hijas desde el día que nacieron. La obsesión porque les pudiera pasar algo similar a lo que habían padecido sus dos primeros hijos, la forjaba a llevar adelante estas pruebas sin tener en cuenta los deseos de sus hijas.

Cuando se encontró que, a la segunda sesión, la psicóloga no le quería contar lo que charlaba con su hija, decidió cambiarla. Al cabo de dos semanas, habían pasado por cuatro profesionales que se negaban a dar información, dado que era un secreto profesional. Hasta que llegaron a un hombre psiquiatra que aceptó una suma de dinero bastante abultada para informar a Beatriz acerca de lo que su hija le

contaba y recetarle un psicotrópico que la mantendría más vivaz y no tan deprimida.

Bajo amenaza de no contarle a su padre sobre la medicación, Beatriz obligó a Maribel a tomar los comprimidos indicados. De esa manera, la tenía controlada y contenta. De a poco, volvía a comer, pero ya no era la misma niña alegre de siempre. Aunque parecía que nadie notaba el cambio.

El día acordado para la cita en la fiscalía con presencia de Rodrigo Valente y un acompañante, nadie se presentó. Tampoco recibieron ningún aviso por la ausencia. El fiscal interpretó esa actitud como rebeldía y solicitó al juez de la causa el allanamiento al domicilio particular del hombre.

—Voy a solicitar una orden para ingresar a la fuerza e interrogar al tipo este —anunció el fiscal Tempesta.

—¿Con qué excusa? —consultó Iván.

—*Man!* ¿No te das cuenta que no se presentó? Es obvio que el muy cobarde esconde algo. Yo no creía que la otra vez se fuera a presentar. Pero la hizo bien el hijo de puta, vino y se fue porque no podíamos entenderlo.

Se las saben todas.

—Exacto. Esto es obstrucción a la Justicia. Podría haberse presentado y mentir. Al menos demoraba las cosas.

—OK. Allanamos para interrogarlo. ¿Se podrá pedir una inspección del lugar? —consultó Iván, aprovechando la oportunidad para visitar la casa y detectar si algo sospechoso podía responder las incógnitas de su sobrino.

—Sí, podría ser. Pero ¿para qué? —consultó el fiscal.

—Nada importante. Pero da la casualidad que hace muchos años esa misma casa era tildada de embrujada por unos chicos que andaban en bicicleta por el barrio.

—¿Y solo por eso tengo que poner en riesgo la confianza del juez? ¿Está seguro Pollastrelli?

—¿Si le digo que uno de esos chicos era Lautaro? —respondió Iván.

—¿Y si le agrego que hace unas semanas pasó por allí y dice haber visto un movimiento raro en el piso de arriba? —arremetió Jacinto para apoyar el pedido de su amigo.

—A ver si entiendo un poco: dicen que, en el domicilio del sospechoso de estafa de seguros, también hay algo raro desde hace años y que hace unos días Lautaro pasó por allí y vio movimientos en una casa tildada de embrujada.

—Algo así —acotó Iván.

—No me gusta manejarme por casualidades —afirmó el jefe.

—A nosotros tampoco. Pero le aseguro que, en esa casa, pasa algo

raro. Si Lautaro afirma que vio algo, yo pongo las manos en el fuego por él —aseguró Jacinto sorprendiendo, incluso, a Iván.

—Mire usted, Pantuso. Lo voy a pensar. Tengo que indicar al juez algo más que el susto de unos niños de hace años. Tendría que tener algo más certero.

—Tempesta... Gracias a que Lautaro conocía al mudo, nos fue fácil encontrar al sospechoso. Se lo debemos.

—Ok. Le avisaré al juez.

Capítulo XI

Lautaro despertó de una pesadilla en mitad de la noche. Había soñado con la chica que hacía latir su corazón de manera acelerada. Hacía semanas que no la veía. Más precisamente, desde aquel día que debió dar por terminada la merienda cuando llegó, de manera inesperada, el tío de la joven. No había asistido al club en los horarios en que sabía que la encontraría. No quería verla. No quería mirarla con desprecio, aunque sospechaba que, al verla, todos sus fantasmas desaparecerían para volver a caer en su tierno embrujo.

Tratar de no verla o de no pensar en ella estaba teniendo consecuencias importantes. El claro ejemplo eran los sueños que, noche tras noche, lo aquejaban y que no quería recordar. En algunos, la veía alegre con su vestido de flores y el cabello suelto, y luego, una oscuridad se cernía sobre ella y quedaba oculta tras una sombra negra. En otros, la encontraba tirada en el suelo y corría para socorrerla, pero nunca llegaba. El de esa madrugada había sido distinto. Soñó con aquella casa, con un día nublado y con aquel orificio por donde alguien lo miraba. La secuencia siguiente era Maribel abriendo la ventana, llorando y pidiendo auxilio. Lo peor de todo, era que él se sentía solo un observador. No podía correr para salvarla.

Decidió levantarse para lavarse la cara. Salió al pasillo que daba a las habitaciones y al baño. Eran las 5:00 de la madrugada y vio la luz de la cocina encendida. Fue hasta allí y encontró a su madre despierta manipulando el celular.

—Mamá, ¿qué haces despierta y escribiendo en el celular?

—Volvé a la cama —respondió ella sin girarse para mirarlo.

—Mamá. Decime que no le estás escribiendo al tío, por favor.

—¿Podés dejar de controlarme? No tengo padre ni marido como para que vengas vos a decirme lo que tengo o no que hacer —respondió Andrea ahora sí girando todo su cuerpo para enfrentar a su hijo.

—Vieja. ¿Por qué no vas a acostarte? Mañana tenés que levantarte temprano. Además, el tío no te va a responder.

—Pero, al menos, va a ser el primer mensaje que vea cuando despierte. No puede dejarme así. No puede olvidarse de que existo.

—¡Pero hace casi un año que se separaron! Asumilo... —agregó

Lautaro sin querer exaltarse. Dio media vuelta y regresó a su cuarto, donde se metió en la cama y trató de conciliar el sueño sin lograrlo.

Tenía los ojos vendados, las manos atadas y sentía un olor extraño, que nunca antes había sentido. Estaba sujeta a un asiento con algo en la cintura y no podía moverse. Tenía la sensación de que había otras como ella en el mismo lugar, pero no podía estar segura. Donde fuera que estuviera, el movimiento la tenía a mal traer. Jamás había estado en ese sitio, sentada, sin poder moverse y oyendo un ruido constante como el que escuchaba cuando veía pasar esas cosas por afuera. Pero ahora sentía que estaba en uno de ellos. O quería imaginarse que lo estaba y que, por primera vez, había salido del único lugar que conocía. Pero no podía ver.

Volvió a percibir ese olor. No era agradable. Trató de estirarse en su lugar para detectar si venía de uno u otro lado, pero no logró nada. Era un aroma que había invadido toda la estancia.

De pronto, un sacudón la alertó de que se habían detenido. Ya no escuchaba el ruido ronco y ella no se tambaleaba en su lugar. Oyó algo de un lado y giró la cabeza. Detectó movimiento, pero nadie la tocó. Necesitaba ver. Para ella era lo único con lo que contaba además de sus oídos, aunque ella no supiera que se llamaban así. Intentó levantarse, pero lo que la sujetaba por la cintura se lo impidió al mismo tiempo que algo se apoyaba en un hombro y jalaba hacia abajo para que se quedara quieta.

Sintió un ruido. Una especie de gemido, parecido al que ella emitía en la soledad de sus días. Al cabo, oyó un chistido parecido al que tiempo atrás le dedicaban a ella, cuando su cuerpo era más pequeño y no paraba de moverse. Volvió a sentir el gemido, ¿o era llanto? Sintió una opresión en la boca del estómago. Sabía que había alguien más allí. ¿Quién era? ¿Qué era?

De pronto oyó pasos alejándose, una puerta cerrarse y el movimiento que se reanudaba. Aunque ella no sabía que se llamaban pasos, ni puerta ni movimiento, ni que se hallaba arriba de un vehículo rumbo a algún lugar, lejos del que estaba acostumbrada a habitar.

SAN RAFAEL, LUNES 18 DE MARZO DE 201$

A las nueve de la mañana, se apersonó, en el domicilio del sospechoso, una delegación de ocho hombres con la orden de allanamiento e interrogatorio a Rodrigo Valente. En esta ocasión se había asistido con un intérprete de lenguaje de señas, para que no haya excusas para poder comunicarse.

Rodrigo abrió la puerta. No sabía del operativo, pero estaba seguro de que podían caer en cualquier momento. Demostrando tranquilidad, los dejó pasar. Se procedió a revisar la casa y a comenzar el interrogatorio. Esto último debió demorarse hasta que llegó el

abogado del hombre.

La casa era grande. Los pisos de madera deslucida demostraban que permanecían originales desde su construcción. Los muebles no eran muchos, pero contenían libros, fotografías y adornos no muy modernos. Una capa de polvo cubría todos los estantes. La cocina estaba en armonía con el resto de la vivienda, utensilios esperando para ser lavados, varios trapos sobre el mármol y colgando de las sillas, una heladera que aparentaba no ser moderna y un lavarropas en el bajo mesada. Traspasando la cocina, había un living con sillones marrón chocolate, cuyo cuero o cuerina (era difícil saberlo a simple vista) se avistaban rasgaduras que dejaban al descubierto la gomaespuma del interior.

Una escalera conducía al piso superior, y hacia allí se dirigieron. Iván y Jacinto tenían especial interés por recorrer aquel nivel. Mientras, en la cocina, el secretario del juzgado, el intérprete, Valente y dos testigos que pasaban por el lugar se sentaban a conversar y llevar a cabo el interrogatorio. Al cabo de unos minutos, se apersonó el abogado que no parecía sorprendido.

Rodrigo giró su cabeza hacia el costado cuando oyó los pasos sobre los escalones de madera. El sonido era inconfundible.

—Veo que solo es mudo. No es sordo —habló el secretario.

El hombre volvió la mirada a sus interlocutores, juntó las manos entrecruzando los dedos y se dispuso a escucharlos. Estaba tranquilo, porque en el piso de arriba no iban a encontrar nada.

—Vos andá al cuarto aquel que yo miro el de la izquierda —indicó Iván, haciendo señas a Jacinto para mostrarle la puerta de la derecha.

—Dale, pero chíflame cualquier cosa —respondió su compañero de investigación.

En silencio, y cada uno escoltado por dos hombres, se separaron según la indicación dada por Pollastrelli.

Jacinto se encontró con lo que supuso era el cuarto de Valente. Había una cama deshecha, un armario vetusto en mal estado y atestado de ropa y una mesita de luz con una lámpara aún encendida. En una silla, la ropa se acumulaba y en el suelo, dos pares de zapatillas decoraban la habitación.

Había una ventana que en ese momento se encontraba cerrada. Procedieron a abrirla sin inconvenientes.

Debajo de la cama, hallaron un colchón. Eso llamó la atención de Jacinto que ordenó sacar fotos de aquel objeto. No tenía sábanas ni cobertor ni nada que lo protegiera de la suciedad. Sin embargo, tampoco le parecía un colchón maltratado ni viejo.

Iván se dirigió hacia el cuarto que daba a la calle que su sobrino siempre mencionaba. Encontró la puerta abierta. Lo primero que

llamó su atención fue el pasador de hierro que la cerraba del lado de afuera. ¿Para qué querrían tener en esa casa un cuarto cerrado que solo pudiera abrirlo quien no estaba dentro?

La hoja de chapa maciza estaba pintada de verde, ese color tan común en los portones de las casas y fábricas. El investigador se fijó especialmente en el herraje que oficiaba de traba para enganchar el pasador. Todo indicaba que alguien abría y cerraba sin que, quien estuviera dentro, pudiera operar ese mecanismo.

Una vez en la habitación, un olor distinto se percibía en todo el lugar. Iván se concentró en identificarlo, pero le fue imposible. Era una mezcla de humedad, piel, cabello y productos de limpieza simples. Alguien había estado allí. ¿Sería el dueño de casa? ¿Qué haría en un cuarto vacío cuya puerta solo se trababa del lado de afuera? Pero el aroma era más intenso. Era como si siempre hubiera habido en ese ambiente un humano, no solo de a ratos. El lugar, además del aroma, irradiaba un aura diferente. Iván cerró los ojos y se permitió sentir sonidos, vibraciones, ecos o lo que fuera que el ambiente quisiera revelarle. Ese cuarto transmitía vida.

Cuando abrió los ojos, siguió evaluando la estancia. Se podía suponer que Rodrigo hacía ejercicio allí. No había instrumentos, pero existía el suficiente espacio como para correr en círculos y hacer prácticas de salón o artes marciales. ¿Asistirían otras personas a ese lugar?

Observó de manera minuciosa todo el espacio. No había nada, ningún mueble. Las paredes parecían recién pintadas y el aroma inconfundible del aerifico fue el que logró distinguir Iván al darse cuenta de la prolijidad en techos y paredes. Sus ojos se concentraron en la única ventana que había en el lugar. Estaba cerrada, trabada y con maderas clavadas que imposibilitaban abrirla. ¿Por qué alguien necesitaría no tener que abrir esa ventana que daba a la calle?

Se acercó como un autómata. Se arremangó la camisa en un acto de nerviosismo. Quería encontrar el orificio al que se refería su sobrino para darle la razón. Pero nada halló. Se agachó y con la yema de los dedos trató de detectar algún tipo de rugosidad en el material de la pared. No fue difícil encontrarlo. Debajo del marco de la ventana una onda casi imperceptible a la vista, sobresalía mostrando una irregularidad. Presionó y, al cabo, la pintura se descascaró. El trozo de material se hundió cayendo hacía el exterior. Una fina lámina de pintura fue lo único que quedó cubriendo el orificio de apenas unos treinta milímetros de diámetro.

Allí estaba. Lautaro no mentía. La incógnita sería qué era lo que por allí se había movido y emitido un sonido que alertó al muchacho de que algo existía en ese piso, de una casa, en un barrio común de San Rafael, Mendoza.

Prefirió dejar eso como estaba. Era mejor que no se percataran de que él había descubierto esa irregularidad en la pared. Se hizo el distraído y continuó estudiando el lugar. Los sujetos que lo acompañaban merodeaban en busca de cabellos, basura, o cualquier pista que indicara que alguien más habitaba la casa. Pero aún seguían con las manos vacías.

Una puerta de madera sin picaporte conducía a un baño interno. Iván ingresó. Nada llamó su atención. Un inodoro, no había bidet, una bañera sin cortina. Un lavatorio bastante profundo y la grifería gastada, estaban rodeados por una mesada de granito negro y de un colgante, se suspendía una toalla rosa. Ese era el único objeto en aquel cuarto que había sido agregado por el dueño. Todo lo demás, eran instalaciones. El techo era muy alto. Una lamparita iluminaba el baño desde allí arriba, no colgaba, estaba adherida. En cambio, en el resto de la habitación, otra lamparita sí colgaba de un cable corto, era imposible alcanzarla. De manera automática, Iván se puso a buscar el interruptor y no lo halló. Esas luces no se encendían desde dentro.

Cuando estaba decido a salir para buscar desde dónde se prendían las luces, se detuvo en seco para observar la puerta. La había encontrado abierta al extremo, es decir, todo lo que las bisagras permitían, quedando la parte de adentro casi apoyada sobre la pared.

Protegido por lo guantes de látex, husmeó trayendo la puerta hacia sí. Miró el espacio que se formaba entre la hoja y la pared. Tampoco había nada. Estaba por volver a poner todo como se encontraba al principio, cuando sus ojos enfocaron hacia abajo. Se agachó y observó los surcos y líneas que se dibujaban sobre la pintura verde. Parecían los dibujos de un niño, y la altura lo confirmaba.

Fue subiendo la vista, y las líneas se sucedían cada vez más seguras, con trazos que intentaban formar algo.

—Jacinto —llamó Iván.

—¿Quép? —respondió su amigo desde la otra habitación.

—Vení a ver esto.

Jacinto entró y largó un silbido mientras miraba el cuarto vacío. A simple vista, no creía que allí tuviera nada importante para ver.

—¿Estás seguro de que tengo que ver algo acá? Está completamente vacío. ¿Qué haces ahí agachado?

—Mirá —le señaló Iván, invitándolo a bajar a su altura y a observar la parte trasera de la puerta.

—Esos son dibujos de un niño.

—Eso mismo pensé. Mirá más arriba.

—Mmm, ese trazo no es de un niño. Pero tampoco se define qué es. Esto de aquí parecería ser un intento de dibujo de un hombre.

—Fíjate bien. Son dos líneas, como un camino. Y esto es un árbol, o eso parece. Este es un hombre, no le hizo pelo. Mira hacia arriba.

—¡Es Lautaro, *bolú!* Es como se vería desde aquí arriba hacia la calle.

—No sé qué pensar —dijo Iván, poniéndose de pie. Solicitó a los ayudantes que sacaran fotos sin dejar de pasar ningún detalle por alto —. ¿Tenés idea si se puede determinar de cuándo son estos dibujos?

—Creo que se puede, pero no sé cómo. Y temo que, si volvemos, esto ya no esté. Nos tendremos que conformar con las fotos.

Jacinto pasó el dedo tratando de establecer un relieve. Era claro que las de más abajo estaban más lisas. El dibujo de arriba, que les había llamado la atención, se notaba con surcos al tacto. Cualquier perito podía determinar cuál era más reciente. Pero no había tiempo. Lo verían luego con el fiscal.

Bajaron justo cuando los que se hallaban en la cocina se ponían de pie. Un nuevo personaje se había hecho presente. El secretario procedió a presentarlos.

—Él es el hermano de Rodrigo Valente y su abogado.

—Mucho gusto —saludó Iván, ofreciendo la mano que fue estrechada e indicándole su nombre a modo de presentación.

Jacinto se quedó inmóvil. Conocía a ese hombre. No podía recordar de dónde. No atinó a saludarlo ni a presentarse. Se sostuvieron la mirada hasta que el hombre la apartó y continuó hablando con el secretario.

—¿Qué pasa? —preguntó Iván a su amigo, mientras salían de la casa hacia la calle.

—Lo vi en algún lugar. Estoy seguro. Maldigo mi memoria. ¿De dónde era? ¡Sí! ¡Ya sé!

—¿Te acordaste?

—Sí, ese hombre estaba en la clínica cuando Nadia dio a luz.

Capítulo XII

En la comodidad de sus escritorios, tanto Jacinto como Iván transcribían la información relevada en el domicilio del sujeto sospechoso. El problema se suscitaba en que las denuncias eran por estafa de una o varias empresas de seguros, y aquello había sido el objeto de allanamiento. ¿De qué manera incluirían en el expediente el hallazgo de marcas en una puerta de cuarto vacío en el primer piso de la casa? ¿Era información necesaria o se la guardarían para investigar por cuenta propia?

Decidieron hablar con el fiscal para describirle un panorama detallado de los acontecimientos. Irían con la verdad, el hombre les generaba confianza y sabían que encontrarían en él un aliado.

—No entiendo nada.

—Jefe, ¿usted es corto?

—¡Jacinto! —lo reprendió Iván.

—Es que está claro como el agua del manantial... ahí arriba vive o

vivió alguien que no es precisamente el dueño de casa.

—Comprendo, Pantuso. No tengo nada de corto. Simplemente, no logro asociar las estafas con lo que ustedes encontraron. No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—Yo no estaría tan seguro —afirmó Iván.

—¿A qué se refiere, Pollastrelli?

—Según el interrogatorio, el sospechoso declaró no haber estado jamás en los domicilios mencionados, ni haber llevado a ciertos hombres a entrevistar gente y, menos, relacionándolos con un seguro de vida... Obviamente, miente.

—Al grano, Polla. Me estoy impacientando —lo apuró su compañero.

—Hay un cabo suelto con el que no logramos dar. Hay algo en esos seguros que tienen que ver con los dibujos que encontramos en la puerta de aquel cuarto.

—¡Ay, no! O yo soy *lelo o* me está por dar un ACV, porque siento que no estaría comprendiendo —insistió Jacinto—. Creo que el corto soy yo.

—Pollastrelli, tengo que darle la derecha a Pantuso. No lo sigo —comunicó Tempesta.

—Voy. Pero no me digan que estoy loco, por favor.

—¡Hablá, Iván! —gritó alterado su amigo.

—¿Qué pasaría si tienen personas secuestradas para salvar a otras en caso de alguna donación de órganos o algo por el estilo?

—*What?*

—Pollastrelli, ¿gente secuestrada y seguros? No veo la relación.

—Lo que intento decirles es que, según lo que estuvimos leyendo en los expedientes, a los asegurados les prometían más que un seguro de vida. Ninguno de los denunciantes quiso dar detalles de los beneficios de la póliza, sin embargo, varios indicios indican que había algo que ocultaban. El tema de los codazos en las declaraciones y los silencios ante ciertas preguntas, la relación con que todas las familias tenían algún integrante enfermo...

—Iván —el fiscal hizo una pausa—... ¿estás insinuando que, en esas pólizas, les prometían cobertura por trasplante de órganos?

—Exacto, y secuestraban personas para cubrir esos casos.

—O quizás "lo siguen haciendo" —dijo Jacinto, realizando el ademán de encomillado para remarcar el tiempo presente.

—Sí, o tienen adultos, niños, adolescentes para cubrir cualquier edad de riesgo.

—Creo que tengo náuseas —proclamó el fiscal tomando asiento ante el mareo que lo invadió.

—Ya le traigo agua, jefe.

—Iván, lo que estás aseverando es muy grave.

—Lo sé, Tempesta. El tema es que me llama poderosamente la atención que mi sobrino haya visto y escuchado algo desde aquella ventana. Y no es la primera vez. Hace años que varios chicos se sienten observados desde esa casa, y ahora Lautaro logró ver movimiento. Un ojo para ser exactos luego de que le llamara la atención un sonido desde allí arriba.

—Pero no podemos guiarnos por suposiciones. No hay nada concreto en lo que vio el muchacho. Quizás era Rodrigo Valente que le gusta molestar a la gente.

—¡Pero es mudo! Hasta ayer yo le daría la razón a usted. Pero después que vea estas fotos quiero saber qué piensa.

Fue en ese momento en el que Iván pasó a relatarle lo que habían observado detrás de aquella puerta mientras miraban detenidamente las fotos de los dibujos. En ese instante, regresaba Jacinto con agua y caramelos para su jefe y, al oírlos hablar, agregó:

—¡Bolas! ¡El colchón!

—Hable con propiedad, Pantuso.

—Disculpe, jefe. Es que me acordé del colchón que estaba debajo de la cama en el otro cuarto.

—¿Qué colchón? —preguntó Iván.

—Seguí, que entre las fotos seguro está —Jacinto seguía con ojos ávidos el pasaje de las fotos para hallar la que quería que sus compañeros vean—. ¡Esa! Ahí está. Un colchón en perfectas condiciones debajo de una cama. Totalmente innecesario para un hombre que vive solo.

—No es tan así, Pantuso. El hombre tiene una familia. Puede tener visitas cuando quiera y querrá tener un lugar donde sus parientes se queden a dormir.

—Ya lo sé. Pero estaba allí abajo, sin protección. Como si lo hubieran movido de un momento a otro.

—Lo entiendo, pero no es prueba de nada. Y los dibujos en la puerta pueden ser de sus sobrinas. Según me contaron este hombre es familiar de la chiquilla por la que suspira Lautaro. ¿No es cierto?

—Sí, jefe.

—Entonces, creo que están mezclando las cosas. Quieren encontrar algo ilícito donde no lo hay, solo porque al muchacho le pareció ver u oír algo que pudo haber sido una simple paloma —dijo serio, poniéndose de pie.

—No creo que sea así, jefe —contestó cabizbajo Iván.

—Yo sí lo creo. Aquí solo se está haciendo una denuncia por estafa de unos seguros de mierda, y usted se inventa el peor de los delitos para creer en los fantasmas de su sobrino.

—¡No es así! —arremetió Iván, esta vez levantando las voz y enfrentando a su jefe.

—No se olvide de que fue Lautaro el que nos ayudó a identificar a ese hombre gracias a que lo conocía.

—Eso es cierto, *boss*.

—Me retiro. Necesito que pongan todo esto en orden y concluyan en algo concreto. Y no quiero nada que se derive solo por una sospecha. Necesito pruebas palpables.

Iván y Jacinto no respondieron. Se miraron. Cada uno se acomodó en su escritorio y continuó, pero ahora la incógnita se había instalado en ellos.

—¡Dije que no se las llevaran lejos, carajo!

—Es que nos tuvimos que desviar, jefa.

—¿Y a dónde fueron? Esos tres encargos no pueden alejarse de mí, solo debían llevarlas al hogar transitorio acondicionado perfecto para ellas.

—Es que nos topamos con un control de seguridad. ¡No podíamos abrir la cabina!

—Ok, ok. Tranquilicémonos.

—Jefa, no se preocupe. Ya sabemos que estas son intocables, los muchachos ya están avisados.

—Más le vale, Ferreyra. Y no las aleje. No bien pase la tormenta, las quiero de vuelta en San Rafael, en el lugar que yo les indique. Mientras tanto, necesito que las mantengan limpias y sin que se vean una a la otra. Recuerden que no pueden escucharlos hablar, y ellas tampoco pueden hacerlo.

—Entendido.

—¿A dónde las van a llevar? Tengan en cuenta que los están esperando.

—Al mismo lugar, solo que estamos yendo por otro camino más despejado.

—Tengan cuidado. Una amiga, la dueña de la casa, los esperaba hace más de dos horas. Le voy a avisar que están demorados.

—Ok, jefa.

La llamada se cortó de manera abrupta. Bea refunfuñó con varios improperios para sus adentros y maldijo a todos y a cada uno de los que entorpecían sus planes. Escuchó la puerta y se asomó para enfrentar a su esposo.

—¿Y? ¿Cómo fue todo? —consultó ella, impaciente.

—Muy bien. No pudieron relacionarlo con nada en concreto.

—Pero, ¿qué pasará ahora?

—Ocurre que no lo podemos usar más de chofer. La gente es más observadora de lo que creíamos.

—¡Cómo íbamos a imaginar que podrían describir a una persona dentro de un auto!

—Lo sé. Pero parece que varios pudieron dar una descripción

bastante acertada de su perfil. Tendremos que mantenerlo apartado de todo esto.

—Pobre Rodrigo, de un momento a otro se queda sin las pequeñas y sin poder hacer de chofer.

—¿Desde cuándo te da pena mi hermano?

—Desde siempre, Osvaldo. ¿Qué decís?

—Jamás te importó Rodrigo. Sabías que lo estabas exponiendo demasiado. Todo el trabajo rudo o riesgoso se lo hacías hacer a él.

—¿Y cuál es el problema? ¿Quién va a sospechar de un mudito?

Osvaldo la miró con ojos incriminatorios. Hacía tiempo que notaba los pocos escrúpulos que le quedaban a su mujer. Dio media vuelta y se dirigió a su habitación para tomar un baño. La mujer siguió lavando los platos como si nada hubiera pasado.

Maribel miraba el techo. Estaba tendida en su cama, relajada, con las manos unidas y los dedos entrecruzados. No había ningún tema que le interesara, estaba como abstraída pensando en nada. Desde que su madre le había dado la medicación recetada por el psiquiatra nada la atraía ni la alteraba. Estaba como en un letargo. Tenía recuerdos aislados de un muchacho, pero no tenía ganas de ponerse a recordar su nombre. ¿Lautaro? Sí, se le vino ese nombre a la cabeza, pero lo descartó. Estuvo en esa posición más de dos horas hasta que escuchó la puerta de su cuarto abrirse.

Osvaldo ingresó y se quedó mirando a su hija. Era un ente, no se movía ni siquiera para ver quién entraba en su habitación. No podía verla así. ¿Qué era esa locura de medicarla? ¿Por qué su hija no podía enamorarse de un muchacho como cualquier chica?

Se acomodó a su lado. Maribel desvió los ojos para observarlo y le sonrió. Su padre le acarició la mejilla suave y tersa. Ella cerró los ojos en clara actitud de satisfacción. Cuando los abrió vio que, por la cara de Osvaldo, rodaba una lágrima. Por primera vez en muchos días, tuvo un segundo de lucidez y se sentó repentinamente en la cama para abrazar a su padre.

—¿Qué sucede papá? ¿Por qué llorás?

—Es que no puedo verte así —logró pronunciar el hombre.

—¿Así cómo? Yo solo estoy acostada.

—Hija. No es normal que una chica de tu edad no tenga ganas de hacer nada. ¿No querés ir a ver a tus amigas?

—¿De qué amigas me estás hablando, papá? Mamá no me deja tener amigas.

Capítulo XIII

Lautaro oyó con mucha atención el relato de su tío sobre el allanamiento. Estaba de acuerdo con su teoría e insistía en sostener sus declaraciones sobre lo que había visto y oído.

Iván lo previno del disgusto del fiscal Tempesta sobre considerar

como válidos los hechos que él relataba sobre la base de suposiciones. Insistía en que las pericias habían dado resultados contrarios a sus dichos y, por lo tanto, no se podía cotejar la información.

—Tío, ¿viste quién regresó a *Sanrafa*[1]*?*

—No, ¿quién?

—Patricio, mi amigo de cuando era chico —dijo Lautaro con una sonrisa.

—¿Patricio? ¿El que tuvo el accidente?

—Ese mismo.

—¿Y? ¿Cómo está?

—Aún no hablé con él. Me contó Lucho que lo vio en la casa de la abuela, que es su vecina. Lo saludó, pero no pudo comunicarse porque quedó sordo y mudo.

—Sí, algo recuerdo de su sordera. Mudo debe ser porque le cuesta escucharse, no creo que el accidente lo haya dejado sin habla. Pero bueno, tendrías que ir a verlo... Eran buenos amigos.

—Sí, éramos muy amigos hasta que tuvo el accidente, y ya no me dejaron verlo. Luego se fue a Buenos Aires, me parece.

—Che, Lauti... y ya que estamos charlando...

—Ni se te ocurra preguntar por ella.

—¿Cómo sabés que iba a preguntar por la chica?

—Porque hacés una mueca con la boca que te delata cuando vas a tocar un tema que sabés que es delicado.

—¡Mierda! Yo me los busco a mis compañeros, eh. Me tocó otro *Lie to me* —ironizó, tomándose la cabeza en señal de resignación.

—Uy, hace mil que no veo esa serie estadounidense... Era muy buena. Volviendo al tema, no sé nada de ella. Ya fue. No voy a tolerar sus desplantes.

—Pero es evidente que la manejan. Toda esa ceremonia para la merienda, la actitud del tío, apareciendo así de la nada... Me huele a manejo de la madre.

—Sí, pienso igual. Pero no sé si tengo ganas de lidiar con eso ahora.

—Bueno, allá vos. Mejor. Quiere decir que no te importaba tanto.

Esa frase de Iván fue como un puñetazo para Lautaro. Logró darse cuenta de la poca tolerancia que había tenido con la chica que se mostraba más que interesada en él. Era muy joven para tomar decisiones y, quizás, su madre era lo suficientemente posesiva como para no darle alas. Debía comprenderla.

Miró a su tío con cara desencajada. Luego, relajó la expresión ante la mueca sobradora de Iván. Se lo había hecho de forma deliberada para ponerlo a prueba y descifrar si lo que le pasaba era realmente lo que él pronunciaba. Dio media vuelta y se fue por el pasillo hacia la escalera. Iván se quedó mirando el lugar por donde su

sobrino había desaparecido. Una gran nostalgia lo embargó, ese jueguito se lo había enseñado su hermano cuando era adolescente para que descubriera si lo que decía era lo que sentía en realidad. Esa línea delgada donde uno no logra escucharse a sí mismo y prefiere mentirse para sufrir menos.

Desechó de sus pensamientos a Vicente Pollastrelli, no tenía sentido detenerse en la melancolía. Tenía trabajo que hacer. Debía ponerse manos a la obra.

El celular de Bea comenzó a sonar, observó el identificador de llamadas y supo por el código on que la comunicación procedía de Buenos Aires. Bufó antes de atender, por lo que no creía que fueran buenas noticias.

—Aló, Jaime.

—Hola, jefa. No tengo buenas nuevas.

—Sin preámbulos. ¿Lograron sacar los "paquetes"?

—Sí, se pusieron en contacto conmigo unos señores y acordamos la entrega.

—Perfecto. ¿Algo más? —preguntó Beatriz algo intrigada por la llamada.

—Sí, dos cosas: por un lado, Valenzuela desapareció, hace días que no se sabe nada de él. La familia está desesperada.

—¿Y eso qué importa? A nosotros no nos incumbe lo que él haga. Mientras no hable, puede hacer lo que quiera.

—Pero es raro, doña...

—Fernández, usted ya terminó con lo suyo. ¿Le llegó el dinero?

—Sí, gracias.

—¿Algo más? Dijo "dos temas".

—Sí, algo huele a podrido. Acá en Buenos Aires alguien desembuchó algo de más. Sobre los seguros, digo. Andan investigando. Un estudio de abogados tiene el caso. La abogada, una tal Melisa Riglos se está metiendo donde no debe.

—Ok, gracias por avisar. Lo tendré en cuenta. ¿Algo más?

—No, nada más. Hasta acá llegamos, jefa.

—Sí, mantenga la boca cerrada y todo estará bien.

Bea cortó la llamada sin escuchar si el hombre del otro lado de la línea decía algo más. La estaban hartando los abogados que metían las narices donde no debían. La tranquilizó saber que Valenzuela ya no era un problema. Ahora solo quedaba Fernández, pero confiaba en que Gómez, desde Formosa, iba a completar su trabajo con sus hombres.

Llamó a comer a su familia. La cena estaba lista. La bebé ya estaba en su sillita alta con babero y cuchara en mano. La otra niña llegó apresurada, porque sabía que a su madre no le gustaba que se demorara. Bea vio bajar a Maribel abrazada por su padre, que la ayudaba a bajar los escalones uno a uno. Se la notaba pálida y con los

ojos hundidos rodeados por oscuras aureolas grises. Osvaldo se detuvo a mitad de camino. Miró a su mujer de manera indescifrable. Ella lo notó y desvió la mirada para continuar sirviendo la comida.

Se sentaron a la mesa. El alimento desprendía un aroma exquisito, pero Maribel no tenía hambre ni le llamaba la atención una de sus comidas preferidas.

—Bea, creo que esto se está yendo de las manos. Maribel no puede estar en ese estado —habló Osvaldo preocupado.

—No te metas en esto. La que sabe soy yo. Esa medicación no le va a hacer mal. Está todo calculado.

—No estoy hablando de su corazón, Beatriz —alzó la voz el hombre—, hablo de que no puede estar sin hacer nada, sin tener ánimo. ¡Tiene dieciséis años, carajo!

—No grites, que es la hora de la cena. Quiero comer en paz. Tengo muchos problemas y no puedo tener otro más en este momento. Así está todo controlado.

—Bea, quiero que le saques esa medicación ahora mismo.

—No se puede. El cuerpo se acostumbra.

—¡Eso ya lo sé! Me refiero a que se lo vayas sacando poco a poco hasta que vuelva a la normalidad y llena de vida. Quiero que, a partir de ahora, tenga una rutina normal y que se haga de amigas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te volviste loco? Nuestras hijas nunca serán normales. Eso lo supimos las dos veces que se nos murieron los hijos de mi alma. Mis pequeños... —sollozó.

—Las niñas están sanas. Mucho más sanas que nosotros dos. Pero darle esa medicación le puede traer consecuencias peores que una enfermedad del corazón.

—Papá... yo estoy bien. No te preocupes —le habló Maribel, casi en un susurro.

—De ninguna manera, hija. Se terminó. Ya no deseo esta vida —afirmó, poniéndose de pie y arrojando de forma violenta la servilleta sobre la mesa.

—¿Qué decís? ¿Querés que le saque la medicación? Está bien, lo haré, pero nada de que vea a ese muchacho ni que tenga amigas que la lleven por mal camino.

—¡No! Dije que esto se terminó. Todo. Y cuando digo todo, es ¡todo!

—Osvaldo... están las niñas.

—Todo. ¿Has entendido?

—Ya hablaremos, Osvaldo. Ahora no es el momento. Coman, niñas. ¡Coman! —gritó cuando vio que ninguna de ellas tomaba la cuchara.

La estaban llevando a otro lugar. Se daba cuenta por todo el movimiento, el olor y los sonidos. Percibía una sensación rara, como cuando el hombre que la cuidaba se enojaba. Ella no lo sabía, pero esa sensación se llamaba “miedo”. Cuando el corazón parece detenerse, la piel se eriza y los sentidos se agudizan, lo que se padece es “pánico”. Eso era lo que la niña sentía, aunque no pudiera ponerle nombre.

La pequeña de cuatro años se quedó dormida. Al cabo de unos minutos, sintió que el movimiento cesaba y escuchó una puerta abrirse. Alguien la rodeo y le quitó la cuerda que la sujetaba al asiento. Aunque ella no sabía que se llamaban cuerda ni asiento. No podía ver nada, ni siquiera por donde pisaba. Fue llevada a los tropezones hasta un lugar donde, finalmente, le quitaron la venda de los ojos. Era un cuarto similar al que estaba acostumbrada. No había nada salvo un colchón en el suelo. Corrió a cobijarse en él. Unas lágrimas escaparon de sus ojos al no hallar su frazada preferida. Se sentó sobre él y se hizo un ovillo, llevándose las rodillas al pecho. La dejaron sola. Observó a su alrededor para estudiar la estancia. No había nada. Solo cuatro paredes.

Sostuvo a la bebé en brazos. No paraba de llorar. Otra vez, debían cambiarle los pañales. Era la cuarta vez en todo ese trayecto, se

notaba que estaba descompuesta. El cambio de lugar le estaba sentando mal. Necesitaba la leche de siempre, pero aún no había llegado la que Bea había mandado especialmente.

Noemí conocía a Beatriz de las visitas a la clínica donde murieron sus dos hijos. Ella era la médica que asistía al cardiólogo en las operaciones. Estuvo a su lado en tan inmenso dolor y, desde ese momento, se hicieron amigas.

En más de una oportunidad, Bea ayudó a Noemí con deudas que la asediaban. Su marido era jugador compulsivo, y ella debía cargar con los pagos para evitar que lo mataran por el dinero que solicitaba a prestamistas sin escrúpulos. Era en esos momentos en los que recurría a Bea para pedirle prestado. La mujer jamás dejó que le devolviera el dinero. Siempre le repetía: ya habrá tiempo para que me devuelvas el favor.

Y allí estaba. Sin demasiadas explicaciones recibió en su casa del bosque a tres niñas. No entendía mucho del asunto, pero le debía la vida de su marido a esa mujer. Así que, sin hacer preguntas, aceptó el reto, y pensaba cumplir a rajatabla con lo encargado.

La bebé se calmó cuando la apoyó contra su pecho. ¿De quién sería esa niña? Tendría alrededor de un año, no, un poco más. No podía determinarlo con claridad. Era hermosa. De pronto, sintió la mirada clavada en sus ojos y le acercaba la manito a su boca. Noemí sonrió complacida y la niña le devolvió el gesto. Se sentó en la mecedora sin perder el contacto visual. Ese trance en el que había caído, la calmaba como hacía tiempo no le pasaba. Se quedó allí. Miles de pensamientos recurrieron a su mente: esa criatura ya tenía que caminar, por qué debía tenerla sola en ese cuarto, de qué la estaba escondiendo a ella y a las otras dos, por qué no podían verse entre ellas, de qué iba todo esto.

Sintió una punzada en el pecho que le trajo un mal presentimiento. Esto no estaba bien. Pero debía cumplir y no le iba a fallar a Bea. Se quedó meciendo a la niña hasta que se quedó dormida. Se levantó con cuidado y la depositó en una cuna profunda, de la cual la niña no podría escapar trepando.

Salió al pasillo y se preocupó por ver el estado de las otras niñas. Primero visitó a la de cuatro años. Estaba hecha un ovillo. Cuando notó su presencia, se alejó hacia la esquina de una pared, temerosa de esa mujer desconocida que se le acercaba. La orden era que no les hablara, por lo que se contuvo de explicarle que no le haría daño. Continuó su camino hacia ella hasta que la tuvo frente a frente y le acarició el cabello ondeado. Se percató de inmediato el momento en el que la niña se relajó y entendió que no la lastimaría. De pronto, se vio envuelta por los brazos de la pequeña que la aferró como si de ello dependiera su vida.

Minutos después, dejó recostada a la niña sobre el colchón, arropándola solo con sábanas debido a las altas temperaturas. Luego, se dirigió a visitar a la tercera chica. Era una adolescente. Desconocía, y por eso temía, cómo sería su reacción al verla.

Ingresó de forma muy lenta a la habitación. Encontró a la joven sentada contra una pared. La víctima alzó la vista y le sonrió. Cerró la puerta tras de sí y la observó. Se compadeció al verla con el cabello corto, como arrancado con tijeras de dudoso filo, ropa insulsa y alpargatas. Se la imaginó como una chica cualquiera yendo a bailar con sus amigas, con el cabello largo y los jeans de moda que se usaban por esos tiempos.

¿Qué era todo eso? ¿Acaso estaban privando a estas niñas de su libertad? ¿Sus padres las estarían buscando? Lo que llamó poderosamente su atención fue que ninguna hablara, gritara o intentara escapar de ese lugar desconocido. Notaba que para ellas, estar entre cuatro paredes, era normal. Solo las notó nerviosas al bajar del vehículo con los ojos vendados, sin embargo, una vez que ingresaron, cada una en su cuarto estuvieron tranquilas.

Era muy tarde, la noche caía profunda, y la oscuridad arreciaba. Había tenido que anular los interruptores de luz de las habitaciones y hacer una conexión del lado de afuera, porque solo ella podía iluminar los cuartos cuando llegaba la noche y era la hora de la cena. También, se le había indicado que las puertas no tuvieran picaporte y que se cerraran del lado de afuera.

Cayó rendida en su cama luego de tomar un baño. Se tapó los ojos con el antebrazo para que la luz que se filtraba de la luna no la molestara. No podía conciliar el sueño a pesar del cansancio. El corazón le latía desenfrenado ante los mandatos que su consciencia le indicaba y la negación a prestarles atención. La preocupaba, también, haberse tenido que alejar de San Rafael de manera repentina. Estaba feliz por la vuelta de su hermana y su sobrino, a pesar de que habían regresado de Buenos Aires sin resultados positivos para devolverle la audición al muchacho, después de años de tratamiento.

Se durmió una hora más tarde, luego de dar vueltas sin dejar de pensar en esas niñas y en su amiga Bea. Sabía que su trabajo era oscuro o, al menos, lo sospechaba, pero nunca se hubiera imaginado que podía llegar a tanto.

Capítulo XIV

UNA SEMANA DESPUÉS…

—¿Qué *acelga,* Polla?

—Hay cosas que no cambian… —contestó Iván resignado ante el saludo de su compañero.

—Che, Pollastrelli… te digo así para que no revolees los ojos. ¡Ja! Me quedé pensando lo del otro día…

—¡Uy, Dio...! Sonamos...

—¿Viste la semana pasada, cuando te mandaste el divague de los seguros y el trasplante de órganos?

—Sí, ¿qué ocurre?

—No es tan descabellado. Me quedó dando vueltas por la cabeza y lo medité bastante —comentaba mientras buscaba un expediente en particular.

—¿Qué buscás?

—Había uno de los expedientes... era uno de los amarillos... acá está. La mujer de este matrimonio dice algo interesante: mi hijo sufre una insuficiencia renal. Consulté qué pasaba si había que operarlo para hacer un trasplante y me dijeron que no me preocupara, que eso tendría cobertura. Me aclararon que como yo les confirmaba que era muy posible que tuvieran que operarlo la cuota se incrementaba considerablemente. Tres meses más tarde mi hijo tuvo que ser operado y ellos en dos días me consiguieron el riñón. Tuve que abonar $ 50000.- adicionales con el argumento de que hacía muy poco que habíamos contratado el seguro. Pero en ese momento me salvaron, el problema fue año y medio después, cuando desaparecieron y el resto de lo que pagamos por mes quedó en la nada.

—Ok, creo que hay otro expediente similar, no recuerdo trasplante de qué era, creo que de córnea.

—Después decime cuál era que lo quiero revisar. El punto es que me llama la atención que una empresa de seguros desconocida y sin autorización haya encontrado un riñón donante en menos de 48 horas.

—¿Vos decís sin autorización, porque no intervino el INCUCAI ni nada legal?

—Exacto. Sospecho que si esto es como vos argumentaste el otro día, hay bastante gente involucrada, incluso médicos o personal de las clínicas u hospitales.

—Lo que me preocupa es que son todas suposiciones nuestras. Tempesta fue claro: quiero cosas concretas —afirmó Iván, pasándose los dedos por entre su pelo en señal de nerviosismo.

—Creo que lo que hay que hacer es averiguar en qué lugares fueron estas operaciones y lograr ver la historia clínica para saber cuál fue el médico que autorizó la operación.

—Estoy de acuerdo, pero tenemos que lograr que el jefe nos autorice a pedir esa información. Y no creo que nos apoye.

—Sí, si le mostramos este detalle de los expedientes, te va a dar bola. *Tranca.*

Lautaro llegó a la fiscalía puntual en su horario de trabajo. Desde que el fiscal había autorizado que trabajara allí, no había faltado ni una sola vez. Su intención había sido comprarse ropa para no ir siempre con jeans o vestimenta deportiva, pero Iván y Jacinto lo

convencieron para que no se pusiera en gastos, ya que la paga no sería buena y las tareas que realizaría no ameritaban indumentaria nueva.

Agradecía haberles hecho caso, porque lo mandaron a un depósito a ordenar papeles, carpetas y archivos. Cada vez que subía de ese sótano mugriento, parecía que acababa de estar en un derrumbe por la cantidad de polvillo que traía encima.

A pesar de estas tareas, él estaba feliz. En las últimas horas del día de trabajo, lo dejaban estar en el piso superior junto al fiscal, su tío, Jacinto y otros compañeros, y debatían sobre los casos pendientes. Cada vez se reafirmaba, a sí mismo, que esto era a lo que deseaba dedicarse en el futuro.

Por otro lado, estar ocupado lo ayudaba a no pensar tanto en Maribel. Era una tarea maratónica hacer el esfuerzo de quitarla de su mente. Mientras estaba en el sótano ordenando papeles, con el polvillo pululando permanentemente y con música de fondo, lograba borrarla de momento. Solo al llegar la noche, se permitía recordarla y reprocharse por no volver a intentar acercarse. Se autoboicoteaba tener instantes de debilidad y se prohibía ir en su búsqueda.

Se hicieron las cuatro de la tarde y decidió dar por terminada su labor allí abajo. El día anterior el fiscal había descendido y se había sorprendido del avance logrado por el muchacho.

Una vez junto a su tío, se dejó caer con todo su peso sobre la silla que solía ocupar frente a él.

—*Tas* hecho mierda —pronunció Iván al tiempo que aleteaba la mano para sacudir el polvo que revoloteó con el movimiento brusco de Lautaro al sentarse.

—Aspirar ese polvillo me está matando los pulmones.

—Tempesta ya te dijo que te pongas barbijo y vos no le hacés caso.

—Es que no puedo respirar. Me molesta.

—Más te van a molestar los análisis que vas a tener que hacerte cuando no puedas respirar de manera normal.

—Sí, no sé. Cambiando de tema: el domingo estuve en lo de Patricio... ¡Ay, tío! —gritó resignado al ver la cara de Iván.

—Bueno, es que hay cosas que no retengo. Tengo muchas cosas en la cabeza. ¿Quién era Patricio?

—Mi amigo, el que es sordomudo, que volvió hace poco a *Sanrafa*.

—Ah, sí, me lo contaste el otro día. Disculpá, Lauti. Bueno... ¿y? ¿Todo bien?

—Sí, fue difícil. Fuimos varios de los chicos, y la madre nos tenía que traducir todo lo que él contaba en leguaje de señas, pero lo pasamos bien. Después jugamos unos partidos en la Play y, en ese momento, fuimos todos iguales.

—Sí, me imagino.

—Nos invitó a un asado que se hace todos los años en la institución a la que asiste. Es este domingo al mediodía. ¿Me acompañás?

-¿Yo?

—Sí, vos. ¿Quién si no?

—Pero ¿no van a estar los otros chicos?

—Sí, algunos sí. Pero yo quiero que me acompañes. Tengo una sospecha y no quiero estar solo.

—¿Qué será? ¿Y esa cara? —preguntó Iván al tiempo que se rascaba la barbilla en clara señal de duda.

—Es que hice una deducción y si es correcta, "ella" va a estar allí.

—Ella, ¿quién?

—¡Ay, tío! No sé de dónde sacan que sos uno de los mejores investigadores de la provincia.

—Jajaja —sonrió Jacinto recién llegado, al escuchar esa última frase—. ¡Viste! Yo siempre me pregunto lo mismo.

—No sean idiotas. Explicate, Lauti.

—Si en el asado van a estar todos los sordos y todos los mudos de *Sanrafa,* es muy probable que vaya "la mole" y, quién te dice, su familia.

—¿La "mole"?

—¡Ay, Iván! ¡El mudito al que le registramos la casa!— aclaró Jacinto, revoleando los brazos en señal de no poder creer que Iván no entendiera a dónde apuntaba su sobrino.

—Ahhh…

—Y por ende…

—Ok, ya entendí. Por ende, podría ir su sobrina.

—¡Esa! —gritaron al unísono Lautaro y Jacinto entre risas.

—Sos dos huevones.

—Bueno, ¿ahora me entendés? Dale, acompáñame.

—Ok, después arreglamos. ¿Te prendés, Pantuso?

—No, muchachos. No puedo dejar sola a Nadia un domingo. No anda muy bien de ánimo.

Noemí comenzó a preocuparse. La más pequeña tenía unas líneas de fiebre que se repetían cada seis horas luego de bajárselas con un antitérmico.

Agradecía haber tenido el buen tino de llevar su maletín de primeros auxilios. Pero ¿qué haría si las niñas tuvieran algo más grave? La orden era estricta: no se las podía sacar de allí ni nadie, sin la autorización de Bea, podía ingresar.

Rezaba todas las noches por la salud de las tres personas que ahora vivían con ella en su casa de recreo. Era una estancia alejada de todo, a menos de trescientos kilómetros de San Rafael, hacia el sur.

Por la escasa información que Beatriz le había proporcionado, sabía que las niñas habían vivido en casas diferentes al cuidado de personas distintas. Por ello, esta era la excepción, se le encomendó cuidarlas con su vida con la condición de que ninguna supiera de la existencia de la otra. Pero se le estaba haciendo muy difícil ocultar el llanto de la más pequeña. Se evidenciaba que se sentía realmente mal cuando la fiebre subía. Lloraba mucho, y Noemí temía que tuviera convulsiones. Ella recurría al antifebril y a paños bien fríos en la frente y otras partes del cuerpo, pero la niña se retorcía y se resistía a ese método de alivio.

Decidió cambiarla de habitación y la llevó a la suya que estaba más alejada, del otro lado de la cocina. Bea le había advertido que no se encariñara con ninguna de ellas porque pasarían poco tiempo en ese lugar, eran de su propiedad y las quería tener cerca. Pero esa tarea a Noemí le estaba resultando imposible.

Aún estaba asombrada por lo bien que se comportaban. De solo pensar en estar encerrada entre cuatro paredes todos los días de su vida, la hundía en una ansiedad difícil de manejar. Sin embargo, las niñas estaban acostumbradas. Desde que habían nacido solo conocían esa forma de vivir. Para ellas era normal. Quizás la beba era la que aún no lo entendía, pero ya aprendería a convivir con ello.

Se le hizo un nudo en el estómago y le dieron ganas de vomitar. Se le vino a la mente que habría, en varios puntos del país, más niños y adolescentes en la misma situación que estas tres niñas. Varones y mujeres. Todos a disposición para responder a los pedidos.

Pero estas tres eran especiales. Eran de Bea, y había que cuidarlas como si fueran de oro.

Oyó ese sonido otra vez. Ya no tenía dudas de que había alguien más viviendo allí, además de la persona que la cuidaba.

El ruido le recordaba a ella de pequeña cuando estaba triste o enojada y lloraba fuerte. Era algo similar.

Pero ella, con sus casi dieciséis años, no sabía que esos sentimientos se llamaban tristeza ni enojo, que eso que hacía se llamaba llorar, ni que eso que caía de sus ojos se llamaban lágrimas. Ni que quien hacía ese sonido en ese momento era una bebé. Ni que ella era una persona. Ni que estaba presa desde que había nacido. Ni que había otra vida posible. Ni que existía el habla. Ni que no tenía un nombre ni una identidad. Ni que podía morir en cualquier momento si a Maribel la sorprendía cualquier tipo de enfermedad.

Capítulo XV

Era un día por demás tranquilo. La fiscalía se hallaba en un silencio inusual. Jacinto no había asistido a trabajar debido a que su mujer enfermó y él tuvo que quedar al cuidado de su hijo.

Lautaro estaba en el sótano, poniendo orden tal como se le había

indicado.

Iván, sentado en su destartalado sillón, trataba de desentrañar los casos de estafa. Continuaba rondando en su mente la sospecha sobre las pólizas de seguros. Para él ocurría algo más que el mero hecho de la estafa en sí misma. Revisaba expediente por expediente, incluso los que ya había visto, sumado a los que le puso a disposición Jacinto.

La calma de la oficina se vio interrumpida por el sonido del teléfono. Atendió uno de sus compañeros de piso. Lo oyó negar la presencia del fiscal, pero lo miraba nervioso como pidiendo asistencia. Iván le hizo señas de que le pasara la llamada.

—Pollastrelli, piden por el fiscal o alguien a cargo. Dicen que es importante —informó el hombre luego de poner en silencio la llamada.

—Sí, pasame. ¿Quién es?

—No me dijo. Es una mujer, desde Buenos Aires.

Iván le confirmó con un gesto que le derivara la llamada.

—Buenos días, habla Iván Pollastrelli, el segundo a cargo.

—Buenos días. Mi nombre es Melisa Riglos y soy abogada. Estamos llevando el caso de dos personas desaparecidas de género masculino en la provincia de Buenos Aires.

—Bien. ¿Y qué la lleva a comunicarse a San Rafael, Mendoza? —consultó Iván intrigado.

—Encontramos el celular de uno de los hombres que estamos investigando. Pudimos registrar las llamadas y nos sorprendió detectar varias comunicaciones en los últimos meses a un número de San Rafael, en el distritito que les corresponde a ustedes.

—¿Conocen la titularidad de la línea?

—Sí, el problema es que la línea pertenece a una flota de una reconocida empresa de telefonía celular. El titular es... deme un minuto... Sí, el Instituto para Sordomudos de la Provincia de Mendoza. Averiguamos el domicilio y es de su jurisdicción. Necesitamos que colaboren en la causa, dado que es de su competencia y no nuestra.

—¿Ya enviaron el exhorto? —preguntó Iván para entrar en el sistema y hacer el chequeo.

—Sí, lo ingresamos la semana pasada. En unos días tendrán la notificación, pero ya debería figurar en sistema.

—Estoy ingresando.

—Gracias. Me atreví a hacer el llamado para adelantarme, ya que creo que aquí hay un problema más de fondo. Hemos descartado el resto de las llamadas, nos queda tratar de averiguar con quién y para qué hablaba con la persona de Mendoza. Por eso, necesitaba hablar con el fiscal.

—No se preocupe... ¿Melisa me dijo, verdad?

—Sí, Dra. Melisa Riglos.

—Déjeme un número que, no bien me encuentre con Tempesta, le comento sobre esto, y nos volvemos a comunicar.

—Perfecto —la abogada le dio su número y dirección de e-mail—. ¿Me repetiría su nombre y apellido así dejo asentado?

—Sí, Iván Pollastrelli. En cuanto tenga novedades, la llamamos.

La comunicación se cortó.

—Bea, ¿no te parece que se te está yendo la mano? —la cuestionó su marido.

—Osvaldo... No te hagas el ingenuo que esto lo armaste vos también.

—Pero nunca dije que quería llegar a este nivel. ¿Qué es eso de hacer desaparecer gente?

—¿Me estás cargando? Sabés bastante sobre hacer desaparecer personas. ¿Y ahora te horrorizás porque dos hombres ya no existen?

—¡A eso me refiero! No llegamos a matar. No somos asesinos.

Bea lo miró intrigada. Ese hombre —su marido— no podía estar hablando en serio. Él sabía perfectamente cómo era el negocio y existían varias posibilidades de tener que matar para cumplir con los contratos. Y ya habían tenido que recurrir a ese extremo en algunas oportunidades.

—Osvaldo... ¿Vos estás bien? Te noto ido... quizás estás estresado. ¿Querés subir a descansar?

—¿De qué hablás, Bea? Acabo de levantarme. No me mires como si fuera un idiota... no querrás decir que... ¿O es lo que yo pienso? ¡Dios mío! Entonces, ya hubo asesinatos...

—¡Ay! No exageres, hombre. Que bastante bien te llevás con el dinero que ganamos.

—¡Pero no soy un asesino!

—No, no. Quédate tranquilo que vos no mataste a nadie. Ni yo tampoco. No nos toca el trabajo sucio. Solo somos las mentes que idean todo...

—¡No seas irónica, Beatriz! Si alguien descubre la conexión, es lo mismo. Los autores intelectuales son tan culpables como los que ejecutan el asesinato.

—No grites que las niñas están arriba en sus cuartos. Nadie nos va a delatar. Se les paga bien para mantener las bocas cerradas.

—O se los hace desaparecer. ¿No es cierto?

—Exacto.

—¡No era lo que habíamos planeado, Bea! ¡Esto no puede ser así!

—Calíate la boca, Osvaldo. Tengo todo bajo control hace tiempo, mientras vos te dedicás a tus muditos. Así que no te metas donde nadie te llamó.

Osvaldo miró a su mujer como si fuera un ser extraño. La ambición por el dinero la estaba llevando a extremos que nunca

imaginó. El corazón le latía acelerado mientras caía en la cuenta de lo grave de la situación. Si bien, él había avalado el plan desde el comienzo, nunca creyó que se convertiría en un negocio que se extendería a todo el país, ni que su mujer podría regentear todo con tanta frialdad. Ya no le estaba gustando el cariz que tomaba este asunto. La idea se había originado con tener niñas disponibles para salvaguardar la salud de sus hijas, pero con los años la idea del seguro que ofrecía cubrir el trasplante de órganos, había dados resultados sorprendentes y jamás habían logrado atraparlos. Era un negocio que continuaba vigente y se expandía por el país. Pero cuando una operación se presentaba, había convenido con su esposa, que desaparecerían y dejarían a esa familia sin la cobertura prometida, teniendo que recurrir a los métodos tradicionales de solicitud de órganos. Sin embargo, un día se enteró de que Bea había organizado, con conocidos que le debían favores, el robo de bebés y niños para poder tener a disposición los órganos que se requirieran. En aquel momento, él le manifestó que no estaba de acuerdo y que no contara con él para ese plan macabro. También, intentó por todos los medios disuadir a su esposa para que desistiera de cometer semejante atrocidad, y ella le había prometido que no lo haría más.

Ahora caía en la cuenta de que ella había continuado con ese proyecto a sus espaldas; que él y sus hijas se habían alimentado con un dinero más sucio del que él podía soportar; que su mujer era una desconocida para él; que el delirio de Beatriz llegaba a su familia por la obsesión que cargaba en sus hijas al punto de medicarlas para dominarlas.

Se levantó de la silla, luego de un largo silencio donde, mientras él meditaba todo esto, ella lavaba platos tarareando canciones de Luis Miguel. Salió al patio trasero, pero se sintió igualmente ahogado a pesar de estar al aire libre. Debía irse de allí, al menos por unos instantes.

Las extrañaba horrores. A una de ellas la había criado desde bebé. La había cuidado con mucha paciencia y amor. A las otras, las visitaba para cubrir los francos de las cuidadoras. Pero las quería a las tres. La niña de cuatro años era su debilidad. Ella lo abrazaba y con eso se llenaba el mundo. Aunque nadie lo supiera, él les había puesto nombre: Julieta a la más grande, Felicitas a la del medio y Alma a la más pequeña. Era algo interno que solo él conocía y que nadie sabría jamás. No podía dejarlas sin identidad a pesar de saber que algún día podrían no existir más si sus sobrinas necesitaran algo de ellas. Por supuesto, sus sobrinas estaban primero. Ellas eran su vida. Y daría cualquier cosa por ellas, incluso a las tres niñas que adoraba con toda su alma. Al menos, eso era lo que él percibía.

La casa se sentía en soledad. No tenía nada que hacer, salvo ir al

Instituto para los cursos y para ayudar a su hermano en la organización de la oficina. Ya no podía llevar a los productores del seguro a los domicilios de las familias que los contrataban y no entendía muy bien por qué. Alguien lo había reconocido, pero no sabía cuál era el problema en ser chofer. ¿O el problema eran los hombres que llevaba? ¿O lo que investigaban era la empresa de seguros? Él era un simple chofer, no tenía nada que ver con esos hombres. Por lo menos, eso le había dicho Bea.

Pasaron varios días y Maribel mejoró mucho cuando fue bajando, poco a poco, la dosis de pastillas que le administraba su madre. Su padre se encargó de hablar con el psiquiatra y manifestarle su disconformidad con medicarla, y el profesional le había dado las indicaciones para ir quitándolas paulatinamente.

El color había vuelto a sus mejillas, y el apetito arremetía con más ganas que nunca dispuesto a recuperar el tiempo perdido. El cuerpo se lo pedía.

Esa tarde le tocaba modista y se dispuso a ir sola, sin su madre. La vio entretenida en el jardín y decidió salir sin hacer ruido. Solo debía ir hasta la esquina. No pasaría nada.

Al cerrar tras de sí la puerta de rejas que da a la calle, se topó con esos ojos inmensos observándola. No podía creerlo. ¿Era una alucinación producto de la falta de medicación?

—Hola Maribel. Venía a pedirte disculpas por no haber regresa... — Lautaro no pudo terminar la frase. Maribel se colgó de su cuello y lo abrazó de manera intensa. Él la tomó en sus brazos y la alzó a pocos centímetros del suelo para alejarla de la vista de su casa. Cuando se sintió a salvo, la bajó y la hizo descansar sobre la pared. La cubrió con su cuerpo y se animó a besarla. Ella respondió sin titubeos. Un torbellino de sensaciones se apoderó de la chica y lo envolvió con sus brazos, mientras él le invadía la boca.

Cuando lograron separarse, ella se largó a llorar y comenzó a darle puñetazos en el pecho, reclamándole por qué no había regresado a buscarla. Lloraba de manera amarga por todo ese tiempo que su madre la sometió a una vida vacía, sin sueños, sin alegrías. Lloró por el alivio de verlo allí otra vez, para ella, dispuesto a besarla y abrazarla. Cuando se hubo calmado, se miraron a los ojos y ambos supieron que nunca más podrían separarse.

—Tengo que irme. Mi mamá se va a dar cuenta de que no estoy.

—¿A dónde ibas? Te acompaño.

—Iba a lo de la modista. Justo en la esquina. Allí —señaló Maribel a su derecha, la casa contigua.

—Te extrañé. Pero estaba enojado.

—Yo no pude extrañarte. Mi madre me medicó y estuve ausente... Es tan triste..., me siento tan vacía... quiero ser normal, como todas

las demás chicas.

—Vos sos normal. Sos lo más hermoso que existe.

—Es que vos no entendés. Mi madre no me deja ser normal. Ella sufrió mucho y no puedo traerle disgustos. Por eso es que no puedo llevar una vida como los demás. Jamás voy a poder.

—Maribel, escúchame. Sos normal. Vas a poder tener una vida como la que vos soñás.

—¿Y vos cómo lo sabés?

—Porque, si me dejás cuidarte, yo me voy a encargar de que así sea.

—Tío, ¿cómo estás? —Lautaro atendió el celular.

—Bien, Lauti. Hoy no nos vimos. Tuve que salir a ayudar a Jacinto, porque la mujer se descompensó y la llevó al médico. Yo me quedé con Benito. No se me dan muy bien los niños pequeños, pero no me puedo quejar.

—¡Pero qué decís, tío! Si conmigo te llevabas rebien.

—No te creas. Las cosas mejoraron cuando cumpliste cinco años. Ahí sí que pude entender lo que es ser padre...—se hizo un silencio en la llamada. Ninguno habló más del tema.

—¿Me llamabas por algo?

—Sí, quería saber a qué hora era lo del domingo. ¿Te busco con el auto?

—No creo que haga falta. Es acá nomás, en el Instituto para Sordomudos.

Iván cayó en la cuenta de que le habían mencionado esa institución más de dos veces en una semana. Le vendría bien asistir al evento. Quizás podría sacar algo en limpio sobre los integrantes o con quién podría haber hablado un hombre de Buenos Aires que ahora se hallaba desaparecido.

Capítulo XVI

Despertó sobresaltada. El llanto de una de las niñas era muy fuerte. La más pequeña dormía en una cama improvisada en su habitación, a unos metros de ella. Se levantó y abrió la puerta, intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a la beba.

Una vez en el pasillo, reconoció de dónde provenía el lamento y fue hacia allí. Colocó la llave en la cerradura y al girarla se hizo silencio de manera automática. La niña de tres o cuatro años estaba inmóvil, observando la puerta abrirse. Cuando la reconoció corrió hacia la mujer y le señaló su abdomen haciendo movimientos circulares para demostrarle que le dolía la panza.

Cerró la puerta tras de sí. Quedó dentro de la habitación, vacía de muebles y deslucida, junto con la niña. La conminó a recostarse sobre el colchón para examinarla. La nena tuvo un instante de dolor que demostró haciéndose un ovillo y soltando lágrimas en silencio. Noemí

le acarició el cabello mientras el espasmo cedía.

Cuando la pequeña estuvo más repuesta, la ayudó a colocarse boca arriba con las piernas y brazos extendidos. La pequeña la observaba con temor, pero se dejaba manipular por aquella mujer que, hasta el momento, solo le había demostrado simpatía.

Noemí procedió a evaluar el estado de los intestinos y confirmó sus sospechas, se encontraban inflamados. Sabía la medicación que podía proporcionarle, sin embargo no deseaba tener problemas con Bea, por lo que decidió llamarla.

Besó de forma suave la frente de la niña, y le hizo un gesto indicándole que la esperase. Al salir, trabó la puerta del lado de afuera.

Fue hasta su cuarto y constató el estado de salud de la más pequeña. Le estaba levantando fiebre nuevamente. Tomó su teléfono celular y marcó el número de su jefa.

—Aló —respondió cortante la mujer al ver la hora.

—Bea, otra de las niñas está enferma. Necesito autorización para medicarlas.

—¿La bebé sigue con fiebre?

—Sí, ya van dos días. Ahora la del medio tiene fuertes dolores abdominales. Creo que algo pudo haberle caído mal, pero la comida que les di era saludable.

—Seguro les diste algo que no debías... eres una inepta.

—¿Qué decís, Bea? No podés estar hablando en serio.

—Explícame, entonces, cómo puede ser que hace años que las tengo y justo cuando están con vos, dos de ellas se enferman.

Noemí se quedó pensativa sin saber qué responder. Ella se sentía culpable por todo lo que hacía y solía adjudicarse la responsabilidad sobre lo que salía mal. Y Bea lo sabía, conocía sus puntos débiles como para saber manejarla a su antojo.

—Bueno, necesito instrucciones —logró articular la mujer, una vez que pudo concentrarse en qué era lo más importante en ese momento.

—A la pequeña suminístrale antifebril en la dosis correcta cada ocho horas. A la otra, dale la medicación que te llevaron el otro día para gastroenteritis y que coma solo arroz blanco por dos días.

—Ok, Bea. Entendido.

—Y tratá de no tener que llamarme por más problemas. —La comunicación se cortó.

Bea cortó la comunicación y bufó. En su fuero interior, sentía que bufaba por cada situación que se salía de control. Cada vez confiaba menos en la gente que la rodeaba, pero debía saber delegar tareas, si pretendía relajarse alguna vez. El universo que había logrado crear superaba hasta sus propias expectativas. El negocio de la estafa era

redituable por demás y cada vez la contactaban más interesados en participar. Sin embargo, debía ir con precaución. Evaluaba a cada candidato de manera exhaustiva. Hacía controlar su aspecto psicológico para determinar cuán confiable podría ser; los ponía a prueba revelándoles verdades a medias para constatar su reacción; los hacía esperar semanas para darles una respuesta y reconocer el verdadero interés en el negocio; armaba un listado de cada uno con sus datos, antecedentes, niveles de estudio, y ordenaba seguirlos para conocer a fondo intimidades que luego pudieran ser usadas en caso de ser necesario para extorsionarlos.

El teléfono sonó y vibró en sus manos nuevamente. Atendió tomándose el puente de la nariz a la espera de noticias.

—Aló.

—Jefa, ya está el asunto de *Baires* terminado. El trabajo fue limpio, pero hay mucha *cana* dando vueltas.

—¿A qué se refiere?

—Los muchachos a los que les encargué el pedido me dicen que hay muchas denuncias de estafa y que lograron dar con comunicaciones telefónicas que llevó a la *cana* a dar con los nombres de Fernández y Velázquez. Ahora los buscan, pero están desaparecidos.

—Está bien, no pasa nada. Todo apunta a ellos y, al estar desaparecidos, darán por cierto que se fugaron. De esa manera, les cerraría todo.

—Sí, yo pensé lo mismo, pero ocurre que insisten en el caso. Se van a poner pesados.

—Ok, gracias por avisar. Esos dos ya no existen, así que no hay nada que temer. Y los *paquetes* ya fueron derivados a otros sitios, así que podemos respirar tranquilos.

—Bueno, lo que usted diga, jefa. Yo solo la quería poner al tanto.

—Le agradezco, Gómez. Hoy le hago llegar el resto de lo suyo.

—Gracias, jefa. Mañana lunes le mando el listado de las nuevas pólizas.

—Muy bien —Bea pronunció estas últimas palabras y cortó la comunicación.

Maribel trató de ser lo más silenciosa posible. No quería que su madre se percatara de que había estado escuchando las dos comunicaciones que ella había tenido en un lapso de quince minutos. Subió sigilosa los dos escalones que le faltaban para alcanzar el piso superior y, en puntas de pie, se dirigió a su habitación. Entornó la puerta para esperar unos minutos detrás de ella, mientras meditaba sobre lo escuchado. Había algo que no cuadraba. «¿La bebé sigue con fiebre?» ¿De qué bebé hablaba su madre? Si bien Bea era enfermera, no se dedicaba a atender a nadie fuera de su lugar de trabajo, al que

asistía solo por las mañanas desde hacía varios años. «Explícame entonces cómo puede ser que hace años que las tengo y justo cuando están con vos, dos de ellas se enferman». ¿A qué se refería con que hace años que las tiene? ¿A quiénes?

La joven desbordaba en dudas respecto de todo lo que había oído. El tono de la conversación de su madre era seco, autoritario y, a la vez, preocupado. Era normal que ella se dirigiera de esa manera a la gente, pero nunca había reparado en las frases que utilizaba... hasta ese momento. ¿Qué había querido decir con que esos dos ya no existían? ¿Y de qué paquetes hablaba?

Se sobresaltó al escuchar el llamado de su madre, que las ultimaba a estar listas en cinco minutos, porque debían partir a la fiesta en el Instituto. Cumplía un nuevo aniversario, y lo festejaban a lo grande con asado e invitados.

Maribel se colocó unas gotas de perfume, se acomodó el holgado vestido que su madre le había indicado que vistiera ese día, y se miró al espejo por última vez. Su pensamiento cambió hacia Lautaro. Lo extrañaba horrores y se indignaba al recordar cómo lo había dejado ir en aquel encuentro. Ahora quería recuperarlo y deseaba con todo su ser, volver a verlo.

Lautaro e Iván llegaron a la fiesta a las 12:30. El joven no había querido llegar a la hora que su amigo lo había citado, porque no creía conveniente estar demasiado tiempo allí. No conocían a nadie y sabía que su tío se iba a sentir incómodo. Pero tampoco pretendía fallarle a su amigo recién llegado.

Lo divisó a unos metros. Le hizo señas a Iván para que lo acompañara a saludarlo.

—¡Amigo! —lo llamó Lautaro cuando lo tuvo enfrente y se vieron. Se dieron un abrazo palmeándose las espaldas. Con la mirada, buscó ayuda de alguna persona que oficiara de intérprete y encontró a la madre de Patricio hablando con otras personas. Cuando la mujer se percató de sus intenciones fue hacia ellos e hizo las presentaciones pertinentes.

—¡Buenos días! Gracias por venir. Patricio les agradece enormemente que estén aquí.

—No hay por qué. De nada, señora. Él es mi tío, Iván.

—Mucho gusto, saludó la mujer casi sin poder quitar los ojos de aquel hombre. Lo saludó con un beso un poco más lento de lo usual y procedió a presentarlo a Patricio, a través de lenguaje de señas.

El muchacho les hizo el ademán para que lo siguieran y les mostró cómo iba el proceso de la parrilla. Las brazas ardientes emanan el humo característico de un buen asado. La carne cocinándose se veía jugosa y tentadora.

La gente estaba reunida en el patio de la institución. Habría

alrededor de sesenta personas charlando animadamente, y muchos de ellos comunicándose con señas.

Lautaro se sintió observado por lo que tuvo la necesidad de girarse. Allí estaba Maribel, con sus ojos clavados en él. La sonrisa no tardó en expandirse en los labios de ambos. No podían apartar su mirada uno del otro.

—Creo que ya sé quién es la chica que hace galopar tu corazón —bromeó Iván ante el indiscutible cruce de miradas.

—Sí, es ella. ¿No es hermosa?

—La verdad que sí. Pero se ve débil, como enferma.

—Lo sé. Es por culpa de la forma de vida a la que la condena su madre.

—¡Apa! Eso que decís es grave. Después me contás. Andá... salúdala.

—No me animo.

—Cagón. ¿No ves que te está esperando?

—No, tío. No entendés nada. No se mueve, porque la señora que está a su lado con la beba en brazos es la madre.

—O sea que la madre la controla todo el tiempo...

—Algo así.

—Bueno, pero hacele una seña, algo.

—Si hay algo que sobra en este lugar son señas, diría Jacinto.

Iván emitió una sonora carcajada que llamó la atención de algunas personas del lugar. Marina, la madre de Patricio, no fue ajena al sonido armonioso de su sonrisa. Se lo quedó mirando embelesada hasta que el codazo de su hijo la sacó de su abstracción. Iván, sin percatarse del escrutinio, continuó observando el entorno. Quería detectar algo que le diera indicios acerca de alguna persona que pudiera haber hablado con los hombres de Buenos Aires y que tuviera que ver con las estafas de los seguros. Aunque podía ser todo una casualidad y nada tener que ver con aquel asunto.

—¿Y? ¿Vas a hacer algo o no? —insistió Iván.

—Ya veré la oportunidad. Vos quédate cerca que si veo la ocasión te la presento.

Tío y sobrino debieron girarse ante los sonidos de vítores y aplausos que comenzaron a oírse. Por la puerta que daba a aquel patio ingresaba el presidente de la institución, Osvaldo Valente.

—Ese hombre... Creo que estaba el otro día en el allanamiento. Pero no lo vi bien.

—Claro, es el hermano del mudo. Seguro fue a asistirlo. Que se yo. Es el padre de Maribel.

—Ahhh... —Iván se quedó pensativo, sin poder pronunciar más palabras.

—¿Qué pasa, tío? Te quedaste mudo, jajaja.

—Uy, Dios. Te comiste un payaso hoy. Ese hombre... ahora que lo veo bien... lo conozco de algún lugar.

—Y bueno, es de acá de San Rafael, bien podrías conocerlo de cruzártelo en algún lugar. No vivimos cerca de aquí, pero casi que nos conocemos todos.

—No, yo a este hombre no lo traté nunca. Es... lo tengo visto...

—Bueno, ya te acordarás. Por lo pronto, es el presidente de este lugar y el papá de Maribel, así que ojo con lo que hacés o decís.

—*Tranca,* Lauti. Solo que, hasta que no logre recordar quién es, no voy a poder pensar en otra cosa —afirmó Iván resignado, porque se conocía y podía predecir su terquedad en insistir hasta dar con lo que buscaba su mente.

—Pensá, pensá tranquilo. Yo por mi parte tengo mucha hambre. Un choripán me vendría de diez. ¡Ay, tío! Cambiá la cara. Parecés un sabueso buscando un cadáver después de que le dieron la ropa para olfatear. ¿Por qué movés la nariz cuando pensás?

—No seas huevón. No muevo la nariz.

—Jajaja, sí, la movés. Jacinto tenía razón.

—No me distraigas. Mostrame otra vez a la madre de Maribel.

—¿Eh? ¿Qué tiene que ver?

—No es por la madre, es por la hija, la beba.

—Ah... aquella, la de remera roja con flores.

—Sí, esa. ¿Cuánto tendrá la bebé?

—¡Qué sé yo, tío! Ah... no, sí. Maribel me dijo que sus hermanitas tienen: cuatro y un año y medio, creo. Tío... ¿estás bien?

—Sí. Voy a hacer una llamada.

Capítulo XVII

Jacinto se hallaba en el patio de su casa regando las plantas. Su hijo, que caminaba desde hacía unos meses, correteaba por el jardín y se reía cuando su padre lo salpicaba con el agua de la manguera. El sol brillaba esa mañana de domingo. A pesar de la alegría que transmitía el pequeño, una nostalgia lo invadía por no poder disfrutarlo plenamente. No podía dejar de pensar en su mujer y en lo triste que estaba. El psiquiatra había decidido volver a medicarla, cuando él creía que el dolor de la pérdida era una etapa ya superada. Sin embargo, luego de una primavera familiar en cuanto a estados de ánimo, la oscuridad volvía a cernirse sobre ellos, y los recuerdos de lo que no fue los poseía sin piedad. El niño, ajeno a la tristeza de sus padres, les regalaba pequeños momentos de felicidad.

Una sombra lo hizo alejarse de sus pensamientos y miró hacia la pared medianera. Se quedó quieto por el asombro y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sentado sobre el borde de la pared de ladrillos, se hallaba un gato negro que lo observaba fijamente. Parecía tranquilo. Un *deja vu* lo invadió y recordó a un felino muy parecido que se le

había presentado antes de resolver el último caso al que habían debido enfrentarse con Iván. En realidad, en ese momento, le parecía que se trataba del mismo gato, sin embargo, no lo podía afirmar con certeza.

El felino se lamió una pata y luego la pasó por su cara. Repitió el movimiento más de una vez. Jacinto no podía quitar sus ojos de él. De pronto, el gato volteó su cabeza hacia el niño, y el hombre atinó a girar para mirarlo justo en el momento en el que estaba por caerse al pisar un desnivel de la tierra. El padre lo atrapó antes de llegar al suelo. Lo tomó en brazos y se volvió para regresar su atención al animal, pero ya no estaba.

Iván marcó el contacto de un amigo de la fiscalía y esperó escuchando el tono de llamada. No era correcto llamar un domingo, pero necesitaba hacerle un pedido.

—Hola. ¿Iván?

—Hola, Javier. Perdón que te esté molestando un domingo al mediodía. No me mates.

—No te preocupes. ¿Pasó algo?

—No pasó nada. Solo que necesito hacerte un pedido y no quería esperar. Vos hacelo cuando puedas —aclaró Iván, sintiéndose culpable por molestar en ese horario.

—Bueno, dale. ¿Hay que buscar algo?

—Exacto. ¿Podrías buscar en la Policlínica de San Rafael los nacimientos entre 2014 y 2017, inclusive?

—Sí, son fechas que están ingresadas por sistema, así que no habrá problemas. ¿Y que busco? ¿Todos los nacimientos?

—Sí. Todos. Y el estado del bebé al nacer, vivo o muerto u otro dato.

—¡Apa! ¿Qué buscás, amigo?

—Por ahora, solo algo que me llame la atención.

—Ah, puro olfato.

—Por ahora, sí. Ah, y algo más.

—Decime.

—Esto solo lo hablás conmigo. Ni con Jacinto ni con Tempesta, por ahora.

—Ok. Te mando por mail el listado que me arroje el sistema no bien lo tenga.

—No, lo necesito en papel y no me anda la impresora. Gracias.

—De nada. Mañana lo tenés en tu escritorio.

Iván guardó el celular y se quedó mirando el entorno. Tenía muchas ideas dando vueltas en su cabeza, pero nada encajaba con nada. Un muchacho se paró frente a él y lo sacó de sus pensamientos. Le ofrecía mediante gestos que se sirviera un sándwich de carne o un choripán. Optó por lo primero.

Buscó a su sobrino, pero no lo encontró cerca. Tampoco divisó a la joven de la que Lautaro estaba enamorado. Conjeturó que se habrían escabullido, para tener por fin oportunidad de encontrarse solos.

Fue, en ese momento, en el que la madre de Patricio se acercó a él y le comenzó a hablar del tiempo, de la comida, del lugar y otros diversos temas. Iván se percató que el interés de la mujer iba más allá de querer entablar una simple conversación. No era de belleza exultante, pero sus rasgos eran armoniosos y su cabello denotaba brillo y suavidad. Tuvo ganas de tocarlo, pero reprimió el impulso y rió para sus adentros ante lo cómica que hubiera sido la situación si lo hacía. Marina no tenía problemas con la comunicación. Hablaba sin parar y lo miraba a los ojos, alternando con sus labios. Era clara la intención de la mujer de seducirlo y agradarle. Pero él no tenía ánimos para estar en pareja ni para salir a divertirse. Aún no superaba la muerte de su hermano ni la desaparición injusta de su jefa anterior.

El estado de alerta pasó a ser lo más importante de su existencia. Tenía la certeza de que otras como ella habitaban el lugar. Había alguien más allí. Oía los sonidos y los gritos. La claridad se introdujo entre las hendijas de las aberturas entre la madera que tapaba las ventanas. Extrañaba el otro lugar donde había vivido siempre. También, extrañaba al hombre que la cuidaba, aunque a veces fuera severo. No le generaba la misma sensación la mujer que le cortaba el pelo o la pinchaba de vez en cuando.

Volvió a escuchar ese quejido. Alguien lloraba, aunque ella no supiera cómo definir lo que escuchaba. Se acercó a la puerta y apoyó la oreja para intentar alcanzar mejor la aproximación a ese ruido. Era en vano. Nada podía hacer. El instinto le indicaba que quería salir de esa habitación para ver qué sucedía.

Oyó otro grito y otro más. Y otro. Comenzó a golpear la puerta como pidiendo auxilio. La escena asemejaba a cuando un perro ladra y todos los caninos vecinos se ponen a ladrar con él. Así se tornó la situación. Ella comenzó a gritar y a silabear de manera incomprensible y a batir la puerta pidiendo ser escuchada. Tenía miedo. No comprendía qué sucedía ni dónde estaba. De pronto, se sintió amenazada y en peligro. Otros gritos se sumaron. Eran distintos al anterior.

Cuando la puerta se abrió, hizo silencio. La mujer buena estaba del otro lado.

Ahora las tres niñas gritaban y lloraban. Noemí no sabía cómo calmar a la de cuatro años. Se retorcía de dolor y ningún calmante le hacía efecto. No lograba dar con el mal que la aquejaba.

La beba seguía con fiebre y estimaba que tenía un cuadro de broncoes-pasmo, dado que tosía de manera seca y se le hundía el

pecho al intentar respirar. Necesitaba ser tratada de manera urgente.

La más grande no cesaba de gritar y golpear la puerta. Solía portarse muy bien, pero haber escuchado los llantos de las más pequeñas la había alertado de su presencia y ahora requería atención.

Abrió la puerta y percibió cómo los gritos de la joven se detuvieron. Ingresó en la habitación, y ella se apartó presurosa hacia el colchón y se hizo un ovillo. Temía ser reprendida por su reacción. Sin embargo, Noemí se acercó y la acarició en la cabeza y la espalda. Poco a poco se fue relajando.

Cuando hubo estado más tranquila, depositó un beso sobre su frente y le hizo la seña del silencio, con el dedo índice vertical sobre sus labios. Era la forma que Bea le había indicado que debía pedirle que mantuviera la boca cerrada. Pero Noemí lo hizo al tiempo que sonreía y le demostraba cariño y confianza sin pronunciar una palabra.

La mujer salió por la puerta, y la trabó. Se quedó unos segundos esperando alguna reacción de la chica, pero todo estuvo tranquilo. Ahora debía tomar una decisión. Las niñas más pequeñas no podían seguir allí sin la asistencia de un médico. Bea le había prohibido llamar uno y ella no pensaba hacerlo. Tenía otro plan.

Llamó a su hermana por teléfono y le pidió, de manera urgente, que asistiera a la casa del bosque con su hijo. Le recalcó que tomara especial atención en que nadie notara que irían hacia allí.

Marina atendió una llamada. Era su hermana. Le pidió disculpas al hombre con el que conversaba y se retiró hacia un costado para tratar de escuchar bien la voz de la mujer del otro lado de la línea.

En el momento en el que se quedó solo, Iván recorrió el lugar buscando a su sobrino. Por fin, lo vio acercarse junto a la chica, que tenía las mejillas sonrojadas.

—Tío, te presento a Maribel.

—Mucho gusto —le extendió la mano Iván.

—Hola —saludó ella sin prestar atención a la mano extendida del hombre y se acercó para darle un beso sobre la cara.

Iván notó la piel suave y tersa de la joven. Olía a una fragancia exquisita que no supo distinguir si lo desprendía un perfume sobre la piel o el *shampoo* con el que se habría lavado el cabello.

—Hola. Por fin, te conozco. Lauti no para de hablar de vos.

La chica se sonrojó aún más si era posible, y Lautaro lo miró de manera recriminatoria, pero al mismo tiempo feliz.

—Perdón el atrevimiento. ¿Te puedo hacer una pregunta? —consultó Iván dirigiéndose a Maribel.

—Sí —respondió tímidamente ella.

—¿Qué edades tienen tus hermanas?

—¡Tío!

—¿Qué pasa? Es una simple pregunta.

Lautaro tomó del brazo a su tío y lo apartó unos metros.

—Recién la conocés. ¿Es lo primero que tenés para preguntarle?

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

—No sé. Quiero quedar bien. ¿Para qué le preguntas eso?

—Simple curiosidad. Dejá que me responda, por favor —Iván se giró y volvió hacia ella—. Perdón la interrupción. ¿Me dirías las edades de tus hermanas? Si no es molestia.

—Sí, claro. Tienen cuatro años y uno y medio la más pequeña.

—Gracias. Solo quería saber eso.

—Ok. Con la pregunta ya contestada, te dejo un rato más solo. Ya vengo —anunció Lautaro mientras se apartaba con Maribel de la mano y lo miraba con cara de reproche.

Iván hizo caso omiso del enojo de su sobrino y se concentró en los ojos que lo observaban desde hacía varios minutos. La madre de Maribel no quitaba su mirada del lugar donde ellos habían conversado y donde ahora él quedaba solo.

—¿Qué? ¿Ahora? Pero estamos en la fiesta de la institución.

—Necesito que vengas con Patricio. Es urgente. Por favor — solicitó Noemí a su hermana en claro tono de desesperación.

—Ok. Ahora le digo a Pato y vamos para allá. Llegaré en dos o tres horas.

—Sí, lo sé. Lo antes que puedan. Por favor, que nadie sepa que vienen para acá. En lo posible dejen el auto lejos y vengan a pie el resto del camino.

—Pero... ¿Qué pasa, Noemí? Me estás asustando.

—Necesito ayuda. Por favor, que el auto tenga el tanque lleno. Me lo vas a tener que prestar para ir a un lugar.

—Noemí... ¿Tu marido volvió a hacer de las suyas y está escapando?

—No. No tiene nada que ver con él.

—Bueh, eso espero. En unas horas estamos por allí.

Marina buscó a su hijo y le hizo señas para que fuera hacia ella. Le explicó que debían irse, y Patricio demostró, de manera clara, su frustración ante ese hecho.

Se ocuparon de despedirse de alguno de los presentes, argumentando un intenso dolor de cabeza de la mujer. Al llegar a Iván, lo sorprendió con un beso en la mejilla y el susurro en su oído de que esperaba volver a verlo.

Salieron hacia la calle donde estaba estacionado el auto y partieron hacia su casa para tomar los documentos y algunos abrigos.

Marina no entendía el pedido urgente de su hermana. Estaba acostumbrada a tener que salir a socorrerla por situaciones de su cuñado. Pero, esta vez, quizás no era por eso. Sabía que ella estaba

alejada de ese hombre desde hacía rato, por lo que estaba totalmente desconcertada sobre la premura en el pedido.

Capítulo XVIII

Iván, se quedó pensando en las edades de las hermanas de Maribel. Ahora necesitaba saber, al menos, el mes en el que habían nacido. Una nueva idea se iba gestando en su mente y se sumaba a la sospecha que venía creciendo desde que la abogada de Buenos Aires había comentado lo del llamado a la institución de San Rafael.

Lo llamativo era el recuerdo que, el presidente de la institución, despertó en él. Ya había logrado recordar de dónde lo conocía o, mejor dicho, dónde lo había visto alguna vez.

Se vino a su mente aquel triste recuerdo cuando, en los pasillos de la clínica, recibió en un abrazo a un Jacinto angustiado y desconsolado. Él lo cobijó para darle todo su apoyo y demostrarle que no estaba solo. El dolor por el que atravesaba su amigo era difícil de igualar, algo que él solo entendería si perdiera a su sobrino.

Y allí venía a su memoria la imagen de dos niñas sentadas en la sala de espera y un hombre que se asomaba dejando atrás las puertas vaivén que separaban el sector de obstetricia, para correr, hacia las que serían sus hijas, con una enorme sonrisa en su rostro. Las besaba y abrazaba. Era la viva imagen de la felicidad. Y él tenía a su amigo, abrazado, en el otro extremo: la tristeza absoluta.

Fue, en ese momento, que la cara de la niña más grande vino a su mente. Las facciones delicadas, las pecas y el cabello lacio... La voz de su sobrino lo sacó de sus cavilaciones y entonces giró para verlo. Su mirada se detuvo en el rostro de la joven que lo acompañaba y ya no tuvo dudas. Aquella familia en la clínica era la de Maribel.

—¿Qué día nació tu hermana menor? —preguntó de manera seria Iván.

—¡Tío! ¡Otra vez! Discúlpalo, Maribel.

—No es molestia. El 13 de junio de 2017 —contestó ella, tratando de congraciar con el tío de su amado.

—Decime el de tu otra hermana y el tuyo —se animó a preguntarle, a pesar de la mirada recriminatoria de su sobrino, que ya no decía nada y solo se tomaba la cabeza.

—12 de febrero de 2015 y yo el 4 de septiembre de 2002.

—Gracias —contestó Iván, al tiempo que tomaba el celular y se apartaba. Volvía a molestar a su amigo, pero debía hacerlo si quería llegar al fondo de la cuestión. Marcó el contacto y espero la respuesta de Javier al atender.

—Hola. ¿Pasa algo? —dijo la voz del otro lado de la línea.

—Mil disculpas, amigo. Prometo solo joderte con esto y no te molesto más.

—Decime.

—Dentro del listado que te pedí, quiero que pongas especial interés en estas fechas y estos meses —le dictó las tres fechas que Maribel le había proporcionado— y un informe de los médicos, enfermeros, instrumentistas, anestesistas o lo que sea que hayan tenido participación en los partos.

—¡Por Dios! Me estás asustando —le manifestó Javier a Iván.

—Yo estoy más asustado que vos.

Por alguna extraña razón, Bea estaba inquieta. El ambiente estaba cargado de un aura que a ella le traía malos augurios. Todos los presentes se veían felices y de festejo, pero una sombra se cernía sobre el lugar.

No podía quitar los ojos de aquel hombre. Nunca lo había visto antes, pero la forma en que él estudiaba todo, no le gustaba. Notó que estaba con el muchacho que cortejaba a su hija. El muy imprudente insistía en acercase a ella. Estudió la situación y los dejó hacer, delante de todos no harían nada fuera de lugar. Ya habría tiempo para separarlos nuevamente.

Le habló en lenguaje de señas a Rodrigo para que se ocupara de las bebidas. La indicación que Bea había impartido era tener a todos contentos y sin que tuvieran que pedir comida o bebida. Todo estaba al alcance. Su marido debía ser reelegido como presidente de la institución, y ella se encargaría de que así fuera. Le convenía por todos los contactos que ya había logrado y por tener como base de operaciones un lugar del que nadie sospecharía.

Tenía muchos temas rondando por su cabeza por esos días. El tener que haber movido a las niñas de lugar la tenía preocupada. Prefería tenerlas bajo su control. El tema de Buenos Aires no era menor. Si había abogados metiendo las narices podía llegar a haber problemas. El resto del país se mantenía tranquilo, pero habían bajado considerablemente las contrataciones de seguros. Cada vez, era más difícil persuadir a los familiares de personas enfermas para convencerlos de la alternativa de un seguro que respondiera ante la donación de órganos de manera inmediata. ¡Qué fácil había sido en el pasado! Los inicios del negocio habían sido una fuente inagotable de riqueza con muchas altas y pocas bajas necesarias para cumplir.

Una sombra la sacó de sus cavilaciones y le permitió, por fin, quitar la vista de aquel hombre que la ponía incómoda desde que había llegado. Giró su rostro hacia el lugar desde donde se proyectaba la figura que le estaba quitando la llegada directa de los rayos del sol. Se quedó concentrada en un gato negro posicionado sobre una pared lindante en el lugar exacto entre ella y el sol generando una especie de eclipse. El gato se relamía y limpiaba una de sus patas delanteras sin quitar la mirada felina de la dirección hacia Bea.

Sin que ninguno de los dos, mujer y animal, se percataran, Iván,

estupefacto, los miraba alternando la vista y su sorpresa entre uno y otro. Era idéntico al gato que solían ver en el barrio donde tuvieron que resolver el caso anterior. No, estaba seguro: era el mismo gato, por su mirada, por la manera en que se limpiaba la pata. Le llamó la atención que el felino no quitara los ojos de la mujer robusta ubicada en el centro del patio. Era la madre de Maribel y de las otras niñas... ¿Sería la persona que hablaba con Buenos Aires? ¿Tendría que ver con las denuncias que la abogada Riglos investigaba desde la Capital Federal?

Apartó la vista al verse sorprendido con la mirada interrogante de la mujer que se había percatado de que él la observaba. Buscó a su sobrino entre el gentío. Quería irse. La inquietud se estaba apoderando de él y comenzaba a dolerle la cabeza: clara señal de la tensión que se estaba acumulando en su cuello y espalda.

Encontró a Lautaro en un rincón, acariciando la mano de Maribel. No estaban demasiado cerca el uno del otro, pero se percibía la intensidad de los sentimientos que los acometían en ese momento.

No se animó a interrumpirlo. Decidió irse por su cuenta. Su ausencia le demostraría a su sobrino que él había partido.

Patricio y Marina partieron rumbo al sur, a la casa del bosque, como solían llamarla. Tomaron dinero, abrigos y algunos víveres porque, por aquellos lados, no había comercios para abastecerse si faltaba algo. Como no tenían idea del motivo del llamado desesperado de Noemí, no podían predecir si estarían unas horas o días.

Marina condujo los kilómetros que la separaban del lugar con mucha ansiedad. Un mal presentimiento la invadía. No quería hacerlo notar para no alterar la paz de su hijo, ajeno a la forma desesperada con que su hermana Noemí le pidió ayuda. Ya eran las cinco de la tarde y aún faltaba para que anocheciera, pero como por aquellos lugares todo estaba tan desierto, prefería llegar lo más temprano posible.

Cuando llegaron, tal como su hermana le había solicitado, aparcó el automóvil en un sitio alejado y oculto del camino. La distancia hasta la casa eran unos ciento cincuenta metros, que hicieron a pie. Noemí ya estaba en la puerta de la vivienda esperándolos con mirada desencajada. Nada bueno debía sucederle porque la expresión de su rostro denotaba preocupación y tristeza.

—¡Al fin! —manifestó Noemí.

—Hola, hermana. Yo también me alegro de verte —ironizó Marina, mientras sacaba del vehículo unos bolsos, al tiempo que observaba cómo Patricio corría a abrazar a su tía.

—Rápido, necesito que entren a la casa en el más absoluto silencio —solicitó la mujer.

—Vas a decirme, de una vez por todas, qué es lo que está

sucediendo.

—Sí, algo. No puedo decirte todo.

—Me lo imaginaba. Vamos. Entremos que está refrescando.

—¿Llenaste el tanque de gasolina?

—Sí, lo hice —respondió Marina, clavándole los ojos a su hermana en señal de fastidio. No podía entender nada de lo que sucedía y necesitaba algún tipo de explicación si la precisaba para colaborar.

Al entrar en la casa, Patricio y Marina se sorprendieron al ver a una preciosa niña sentada en una sillita de comer. La pequeña los observó unos instantes, pero enseguida buscó a la mujer que la venía acompañando desde hacía días y en la que había encontrado seguridad.

—¿Quién es? —preguntó Marina, titubeante.

—Dije que no hables —susurró Noemí y la alejó de la niña.

—Pero ¿qué hace esta niña aquí? —habló en voz baja Marina.

—Eso no importa —contestó Noemí, al tiempo que los presentes escuchaban el llanto de alguien más en esa casa.

—Alguien está llorando. ¿Qué es todo esto, Noemí?

—No preguntes, Marina. Esta beba y otra niña están muy enfermas. Necesito llevarlas a un hospital que hay en la ciudad de manera urgente.

—¿Nos hiciste venir para llevarte al hospital?

—Solo necesito el auto. Ustedes deben quedarse aquí.

—¡Para qué! No quiero quedarme en esta casa. Necesito explicaciones.

¿Quiénes son estas niñas?

—Marina, te lo pido por lo que más quieras. No preguntes. No digas nada. Ni se te ocurra alguna vez en tu vida contar que estuviste en este lugar ni que viste nada de los que vas a ver.

—Ahora sí estoy asustada.

—Si no abrís la boca, no tenés de qué asustarte.

—¡Noemí! ¿Vos estás cometiendo algún tipo de delito? ¿Secuestraste estas niñas?

—No, yo no. Y basta de preguntas.

—¿Vos no? ¿Entonces quién?

—¡Qué no hagas preguntas te dije, mierda!

De pronto se hizo un silencio que hasta Patricio fue capaz de percibir por la energía que circundaba en el ambiente.

—Por favor. Necesito llevar a estas niñas con un médico. El problema es que necesito que se queden aquí cuidando a otra niña, un poco mayor... Bajo ningún punto de vista pueden hablarle. Por eso se me ocurrió que cuando haya que llevarle la comida, puede entrar Patricio. Quizás tú no te controlas y le hablas... —confesó Noemí sin

poder mirar a los ojos a su hermana.

—Noemí... ¿vos me hiciste venir con mi hijo porque es mudo? —Las mujeres se midieron con la mirada—. Hacé lo que tengas que hacer. Explicanos qué nos toca a nosotros y, por favor, regresá lo antes posible. Quiero irme de este lugar y no tener que ver con lo que sea que traés entre manos. No abriré la boca, pero date prisa...

Marina quedó en silencio desde el momento en que Noemí pasó a indicarle a su hermana menor lo que debían hacer y las instrucciones precisas de cómo tratar a la joven y qué alimento darle.

Pocos minutos después, la mujer con las dos niñas más pequeñas partían en el auto prestado, dejando atrás las sombras de una casa llena de oscuros secretos.

Jacinto acostó a su hijo, lo arropó y lo besó tiernamente en la frente. Se detuvo unos segundos a saborear el aroma de su piel tersa e inmaculada. Pasaron juntos todo el día. A pesar de no tener a la madre presente, el niño no había hecho berrinches, había comido todo lo que su padre le ofrecía y había caminado y corrido aprovechando el hermoso día de domingo.

Se marchó a su cuarto. Era hora de asumir que también tenía una esposa a la que cuidar. Nadia no se había levando en todo el día. La depresión la estaba consumiendo. Los psicotrópicos recetados solo la mantenían dormida o ida. Él no quería esa vida para su familia.

Se cambió, se aseó y se acostó al lado de su mujer. La abrazó, aunque la posición fuera incómoda, pero ella se removió y se alejó hacia el borde contrario de la cama. Continuaba profundamente dormida.

Creyó que le costaría dormirse, pero luego de unos minutos sus ojos se cerraron y cayó en un profundo sueño.

Eran las 6:oo de la mañana cuando un ruido lo despertó. Su mujer seguía durmiendo, pero ahora estaba boca arriba. No le agradó el color de su semblante, que podía percibir gracias a la luz que comenzaba a filtrarse por las hendijas de la persiana. Se acercó para mirarla al tiempo que buscaba qué podría haber provocado el sonido que lo despertó.

Una corriente fría lo circundó cuando notó que ella no estaba tapada por las sábanas, tenía el brazo extendido izquierdo fuera de la cama y, caído un poco más allá, había un frasco de pastillas.

Se puso de pie de un salto y rodeó la cama para levantar el frasco. Faltaban todas las pastillas. Comenzó a gritar el nombre de su mujer y a cachetearla suplicando que reaccionara. Pero él bien sabía que no lo haría. No allí. Debía llevarla urgente para que le hicieran un lavaje de estómago.

La desesperación comenzó a invadirlo cuando recordó a su hijo y supo no podría cargar a los dos al mismo tiempo. Tomó el teléfono y

llamó a emergencias. Mientras hablaba con la telefonista corrió al cuarto de su hijo, lo levantó en brazos cubriéndolo con una frazada y se dispuso a esperar que llegara la asistencia.

Las lágrimas comenzaron a caerle cuando asumió que habían pasado diez minutos y la ambulancia aún no había llegado.

Llamó a la única persona que podría brindarle ayuda, aunque sea, vía telefónica. Luego de dos intentos, Iván atendió con voz adormilada.

—¿Jacinto? ¿Pasa algo?

—Sí, es Nadia...

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Ella está bien?

—No...—-respondió Jacinto, pero no pudo seguir hablando por el nudo en la garganta y la angustia que lo consumía.

—Cálmate, amigo. Necesito que me hables... decí lo que quieras. Yo me estoy cambiando al tiempo que hablo con vos. Vamos, decime algo.

—Ella... ella...—no pudo seguir hablando porque sonó el timbre.

Iván escuchó pasos y voces. Asumió que algo muy grave estaba ocurriendo a su mejor amigo.

—Jacinto. Hola. Contéstame.

—Iván. Ya vino la ambulancia. Es Nadia. Se tomó un frasco entero de pastillas. ¡No se despierta! —gritó desesperado.

—Amigo... tomá a tu hijo y todos los papeles y documentos de tu mujer. Tranquilo, todo va a estar bien. Mientras vayas en la ambulancia, mándame un mensaje y decime dónde la van a internar. Yo voy saliendo.

—Gracias, Iván. Te quiero, amigo.

—Yo también. Todo va a estar bien. Necesito que estés entero. "Tu" hijo necesita que estés entero.

La comunicación se cortó. Iván se cambió lo más rápido que pudo. Tomó las llaves de su Senda rojo y corrió para subirse en el automóvil con el que había compartido tantas risas, enojos y hazañas con su mejor amigo.

En el camino, el investigador mensajeó a su compañero de trabajo, Javier, para hacerle un nuevo pedido: "Cambio de planes. Pasame todo por mail o *whatsapp"*.

Capítulo XIX

Noemí dejó atrás la casa del bosque y, con ella, a su hermana y a su sobrino a cargo de la joven de dieciséis años. No les había dado mayores explicaciones por lo que la cara de desagrado y desconfianza de Marina había resultado más que notoria.

Las niñas más pequeñas iban ubicadas en la parte trasera del automóvil, ajustadas con el cinturón de seguridad. La de cuatro años continuaba retorciéndose de dolor y eso alteraba a la bebé que estaba

a su lado, cabizbaja y ardiendo de fiebre.

La mujer ajustó la presión en el pedal del acelerador para apurar el movimiento de las ruedas del coche en la oscura ruta. La noche había caído y ella rogaba alcanzar rápido el destino para que, de una vez por todas, un médico atendiese a esas niñas como corresponde.

Dos horas más tarde, llegaba a la única clínica que podía dirigirse. Imploraba que un médico amigo se encontrara de guardia para que le hicieran la menor cantidad de preguntas posibles sobre las niñas. Descendió del automóvil, ayudó a bajar a la dolorida y quejosa menor y cargó en brazos a la beba. Caminó hasta la entrada de Emergencias y se adentró en lo que sería un viaje sin regreso.

Beatriz despertó sobresaltada. Un mal presentimiento la envolvía. Había tenido un sueño desagradable, pero ahora, que había despertado, no lo recordaba con exactitud.

Observó a su marido a su lado. Dormía tranquilo, sin roncar, sin siquiera sentirse su respiración. Lo envidiaba por poder tener un sueño tranquilo. A ella hacía años que le costaba conciliar el sueño o se despertaba en la noche. Los encargos, los trabajos y los asuntos que tenía entre manos la mantenían en vilo y no la dejaban relajar.

De todas maneras, a ella le apasionaba esa sensación de control y poder. No descansaba, pero la satisfacción de saberse dueña y señora de muchas vidas la hacía sentir en la cima.

Se levantó para tomar un vaso de agua. La sed y el calor, seguramente, habían provocado la pesadilla o el mal sueño. No podía recodar de qué se trataba a pesar de haberse despertado hacía unos momentos. Pensó en llamar a Noemí para saber cómo seguían las niñas. Si había cumplido con darles los medicamentos indicados, seguramente estarían mejor.

Bajó a la cocina con el celular en la mano. Una vez que tomó agua y se sintió más repuesta y despabilada, marcó el contacto de la mujer y aguardó mientras sonaba el tono de llamada.

Esperó a ser atendida. No lo consiguió. Diez minutos después reintentó la comunicación. Una y otra vez. Nada. Noemí no atendía. Hizo un último intento, pero esta vez no hubo tono de llamada. Cayó directo en el contestador automático.

—Noemí Carreras —la llamaron desde la mesa de entradas.

—Sí, aquí estoy —respondió ella, luego de dejar a la bebé en uno de los sillones y acercándose presurosa hasta la administrativa.

—Debe completar este formulario y aportarnos documentos de la niña. Ella tiene que quedar internada.

—¡No! —exclamó con vehemencia.

—Disculpe, señora, mantenga la calma. En instantes, vendrá el médico a explicarle.

—Es que no puedo... —pronunció bajando la voz.

—¿Cómo que no puede?

—No, quise decir que no traje los documentos. Salí con urgencia y los olvidé —argumentó nerviosa Noemí.

—No se preocupe. Por favor, complete el formulario con los datos suyos y de la menor para poder proceder.

—¿Proceder a qué? —preguntó la mujer, preocupada.

—Tienen que operarla, señora. Ahí viene el Dr. Méndez. Él le va a explicar.

Noemí se dio vuelta y se encontró con un hombre mayor, de unos sesenta y tantos años, barba y cabellos canosos, mirada preocupada y aire de años de experiencia.

—¿Señora Carreras?

—Yo pedí por el Dr. Olivares. ¿Él no se encuentra?

—No, señora. Venga, siéntese por aquí. El Dr. Olivares no trabaja más en esta institución ni en ninguna.

—¿Cómo dice?

—Ahora no es lo importante. Su hija debe ser intervenida de manera urgente. Tiene una obstrucción intestinal severa. ¿Hace cuánto que manifiesta molestias o dolor?

—No lo sé...

—¿No lo sabe?

—Es decir, sí... pero no recuerdo. La niña estuvo unos días en casa de mi hermana y ella no me transmitió nada.

—Bien, le comento que si esto se hubiera detectado a tiempo se resolvía con medicación. Ahora no queda otra opción que operarla. No será complicada la intervención, pero necesitamos dadores de sangre y debo anunciar al banco. ¿Qué tipo de sangre tiene la niña?

—Ehhh, yo...

—No se preocupe si no lo recuerda. Ya le realizamos una extracción de sangre para analizarla, pero quería ir adelantando trámites, por eso quería consultarle primero.

—Yo... no recuerdo...

—Muy bien. La niña no quiso hablar en ningún momento. Necesitamos que nos conteste preguntas, quizás si usted le habla ella responda.

—No... ella no...

—¿Qué sucede? Está pálida, señora. ¿Ella no qué?

—Ella no habla...

—Pero tiene cuatro años. ¿No habla porque tiene alguna deficiencia? Porque sonidos emite al llorar. Muda no es.

—Este... yo... ¡no sé! —gritó Noemí desesperada, largándose a llorar sin consuelo. Todo su mundo se estaba cayendo. Debía luchar por decir la verdad para salvar a la niña, pero podía ir presa ella u otras personas, y esa idea no la podía tolerar. Cuando Beatriz se

enterara su vida hasta podía correr peligro—. Yo... este... debo llevarme a la niña.

—¿Cómo dice? Esto es urgente, señora.

—Entregúeme a la niña. La voy a llevar a otro sitio para pedir una segunda opinión —expresó Noemí, firme, sin titubeos esta vez.

—De ninguna manera. Esa niña no sale de este lugar hasta que no esté estabilizada. Su vida corre riesgo si no la operamos de manera inmediata.

—Le repito por última vez... deme a la niña o llamo a la policía —se animó a enfrentarlo Noemí.

—Llame a quién quiera, esa niña no se mueve de esta clínica si yo no lo ordeno —contraatacó el médico poniéndose de pie.

Noemí se puso pálida. La conminaba a cumplir con su amenaza y eso era lo último que ella quería. Bajó la cabeza y asintió.

—Por favor, firme los papeles de autorización para la intervención y los datos personales de ambas.

Noemí miró el teléfono que vibraba. Era Beatriz. No atendió. Minutos más tarde volvió a sonar con la mujer insistiendo en llamarla. Tampoco contestó. Así se sucedieron trece llamadas más, pero ella no atinó a responder. Como no cesaba de vibrar el celular, decidió apagar el teléfono.

La suerte estaba echada.

Jacinto abrazaba a su hijo, mientras apretaba la mano de su mujer sin señales de reacción. Estaba pálida. A pesar de que los médicos confiaban en salvarla, él notaba que apenas respiraba. Una vez más, las lágrimas comenzaron a caer sin control. Otra vez se presentarían en una clínica y rogaba no salir de allí con la misma angustia y desconsuelo que la vez anterior. Llegaron al sanatorio directamente al estacionamiento para ambulancias. Le indicaron al hombre que los siguiera, mientras médicos y asistentes corrían con la camilla apenas rozando el suelo de tan rápido que la conducían.

Al llegar a las puertas de la guardia, ingresaron a un sector y a Jacinto ya no le permitieron el paso, menos aún cargando un niño. Cayó rendido en uno de los asientos ajados de la sala de espera que alguien le cedió al verlo abatido y cargando un bebé. Se tapó los ojos con una de sus manos y comenzó a llorar. Los recuerdos y el miedo de perder a su mujer terminaron de doblegarlo. No era justo. Pasar por ese dolor no era lo que habían planeado para su vida.

Dos horas más tarde, un médico lo despertaba. Jacinto, aún adormilado y sosteniendo de manera fuerte a su hijo, reaccionó como pudo.

—Señor Pantuso.

—Sí. ¿Cómo está mi mujer?

—Logramos hacerla reaccionar. Le realizamos un lavaje de

estómago. La vamos a pasar a una sala normal, pero deberá quedar internada. Está muy delicada. Los minutos transcurridos no fueron favorables para sacarla adelante de manera inmediata.

—Pero... ¿está bien? ¿Va a estar bien?

—Sí, pero debemos observarla durante las próximas cuarenta y ocho horas.

—Yo... yo no sé cuándo ingirió esas pastillas... —titubeó Jacinto.

—Debe calmarse. Ya pasó lo peor —lo consoló el médico.

—Es que... es que... —no pudo seguir. Los espasmos de llanto le opacaron el entendimiento. Sintió que le quitaban a su hijo de los brazos y lo aferró más fuerte hasta que levantó la mirada y se percató que, quien intentaba quitarle el peso de su hijo, era su entrañable amigo Iván. Lo dejó hacer y cuando tuvo los brazos libres, se tomó la cabeza entre las manos para permitirse llorar. Se acurrucó en el asiento y se abrazó a sí mismo. El médico se marchó, dejando a los hombres con su dolor y su silencio.

Cuando Jacinto estuvo más repuesto, pudo hablarle a Iván.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace bastante. Estabas dormido y no te quise despertar. ¿Qué pasó?

—Ella... ella se tomó todas las pastillas antidepresivas que le recetó el psiquiatra. Pero... yo no sé cuándo lo hizo. Estaba acostada al lado mío. No la oí ni sentí levantarse o moverse —dijo Jacinto con la voz gangosa, porque volvía a llorar.

—Calma... Tenés que agradecer que ya esté a salvo. Pudieron hacer todo a tiempo.

—Es que... si yo no... si yo no hubiera escuchado el frasco caer... —no pudo seguir la frase. Se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro—. Ella... ella no debió hacer eso —balbuceaba al tiempo que se revolvía el cabello, nervioso.

—Jacinto, cálmate, por favor. Te necesito entero para tu hijo. Va a despertar en cualquier momento. Debo admitir que es un santo...

—¡Mi hijo es lo más hermoso de este mundo, y ella no lo valora!

—Amigo, por favor, no grites... tenés que entenderla, era la madre...

—¡Y yo el padre! ¿Por qué, amigo? ¿Por qué se tuvo que morir nuestra beba? ¡Eran dos!

—Lo sé, lo sé —trató de consolarlo Iván, sin poder abrazarlo porque estaba cargando al niño.

—Yo... yo también sufro porque perdí una hija, pero tengo que agradecer a la vida que no me quitó al niño. Uno de los dos sobrevivió, y debo amarlo y cuidarlo... pero ella... ella no puede... es más fuerte el dolor... —Jacinto se dejó caer al suelo, arrastrándose por la pared hasta llegar al piso. Lloró durante varios minutos. La vida

había querido que su mujer quedara embarazada de mellizos, pero Dios había determinado que solo el varón naciera con vida.

Capítulo XX

El peculiar tono en su celular le anunció a Iván que había recibido un nuevo mensaje. Tras chequear, advirtió que se trataba de la información que le había solicitado a su compañero Javier. Eran las 10:00 de la mañana, por lo que, supuso, que el hombre habría estado trabajando desde muy temprano.

Resultaron ser más hojas para analizar de las que él tenía en mente. No iba a poder solo. Decidió llamar a su sobrino para que lo ayudase. Acordaron que Lautaro llegaría a la clínica en, aproximadamente, una hora, pero que mientras tanto iría revisando lo que su tío le reenvió mientras iba en camino.

Iván le indicó al muchacho que se concentrara en buscar los casos de muertes de recién nacidos entre todos los nacimientos que figuraban en el archivo. Él se dedicaría a evaluar los médicos y demás profesionales que habían intervenido en cada uno.

Dejó a Jacinto junto a su hijo en un sillón de comodidades escuetas de la sala de espera. Nadia estaba estable, pero aún no había despertado, por lo que no habían podido verla. Él se retiró a la cafetería del sanatorio, porque necesitaba beber un café bien negro de manera urgente. Así aprovecharía para quedarse a solas para analizar los datos con mayor tranquilidad.

Una vez que pudo acomodarse en una mesa apartada, con un café doble humeante en mano, comenzó con la búsqueda de la información que era producto de su desvelo desde el día anterior.

No sabía muy bien qué buscaba, sin embargo, confiaba en que algo llamaría su atención. Había asuntos que “hacían ruido” en su cabeza respecto de todo lo sucedido por aquellos días: las denuncias por las pólizas de seguros, los damnificados con enfermos en sus familias y algo que no querían revelar, la casa que Lautaro insistía con revisar, las marcas encontradas en la puerta del cuarto de aquel hogar y lo llamativo de que se cerrara del lado de afuera, la desaparición de los hombres de Buenos Aires, los llamados a un teléfono de alguna persona relacionada directamente con la institución para sordomudos de San Rafael donde, justamente, el presidente resultó ser el hermano del sospechoso (por ser el conductor de los asesores de seguros) y padre de una niña que nació el mismo día y en el mismo lugar en que Jacinto veía nacer a un hijo y morir a otro.

No sabía muy bien si todo tendría que ver con todo, pero los caminos conducían a una clínica en un día particular de junio de 2017.

Tal como habían estipulado, una hora más tarde, Lautaro ingresaba al sanatorio y se dirigía directamente al bar donde su tío le

había indicado que se hallaría.

—Hola, tío.

—Hola, Lauti. ¿Pudiste ir viendo algo de lo que te envié?

—Primero lo primero. ¿Cómo está Nadia? —consultó el muchacho.

—Estable. Aún no despertó, así que no podemos saber con exactitud cómo reaccionará al abrir los ojos.

—Ok, ojalá esté mejor. Aunque despertar después de haberse querido suicidar no debe ser nada fácil.

—No, para nada. Jacinto está hecho mierda. Nunca lo vi llorar tanto, ni siquiera cuando su hija...

—Sí, lo sé. En aquel momento, se debe haber hecho el fuerte para consolar a su mujer y seguir adelante con el hijo que sí sobrevivió.

—Exacto. Así es él.

—Bien. Te comento que desde el celu mucho no se puede analizar. Sin embargo, me llamaron la atención dos cosas.

—Te escucho —lo instó a continuar Iván.

—Los casos de fallecimientos de recién nacidos fueron varios, pero sin cifras alarmantes. Un setenta por ciento fueron mujeres y el resto varones, más o menos. Ahora... lo más llamativo fue que los días en que nacieron las hermanas de Maribel se practicaron varias cesáreas y fallecieron bebas.

—Tenés buena memoria.

—Obvio. ¿Cómo no me voy a acordar de la pregunta desubicada que le hiciste? Así, sin más explicación y... ¡cuando recién la conocías!

—No importa. ¿Y no te resuena nada más?

—¿De qué? Bastante que me llamaron la atención esas fechas.

—No sé... algo más que pasó uno de esos días... No importa, quizás soy yo que estoy alucinando.

—¿Por qué no hablás claro, tío? —lo apuró Lautaro, fastidioso.

—El 13 de junio de 2017... Pasó algo más ese día. Justamente es la causa por la que nos encontramos aquí, en este momento.

—¡Oh, por Dios! ¡Aquí está! Es que figura con el apellido de ella.

—Claro, debe figurar como Nadia Barrios.

—Exacto. No había reparado en eso. Dios mío...

—Te escucho... decilo vos...

—Ese día nacieron los hijos de Jacinto...

La pequeña de cuatro años salió muy bien de la operación. Sin embargo, se llamó a una junta médica, porque algunas cuestiones en su comportamiento llamaron la atención de los profesionales que participaron.

El médico que había hablado con Noemí, suponiendo que ella era la madre de la niña, fue el primero en tener sospechas y se lo transmitió a una colega. La doctora, alertada por lo mencionado,

analizó a la paciente al despertar. Se encontró con un cuadro extraño: con cuatro años de edad no sabía hablar, era temerosa y, ante todos, actuaba como por instinto. Contrapuesto a esas características, no se detectaron deficiencias auditivas ni visuales en la paciente, por lo que solo podían llegar a dos conclusiones de extrema gravedad: la niña había decidido dejar de hablar por algún trastorno psicológico o, simplemente, nunca había tenido la oportunidad de aprender. Esto último quedaba descartado porque, creían, tenía una madre y porque, al menos, debería decir palabras sueltas o incongruentes. Sin embargo, los médicos estaban errados en haber concluido en desestimar esa alternativa.

En la junta médica, que se llevó a cabo de forma inmediata, se solicitó la participación de un psicólogo y un psiquiatra infantiles. Se los puso en conocimiento de la situación y programaron visitarla por separado.

Grande fue la sorpresa de todos los profesionales, cuando la falsa madre de la niña se negó rotundamente a que las revisiones se produjeran. Alertados por esta situación se analizó realizar una denuncia, dadas todas las circunstancias presentadas: no se había mostrado el documento de identidad de la menor, se detectaban características dudosas en su comportamiento y la madre no cooperaba en el tratamiento aconsejado por los facultativos.

Cuando se le comunicó esa decisión, la mujer retrocedió en su postura y autorizó que la evaluaran los profesionales de la salud mental.

Las cartas estaban echadas y ya no podía sostener, por más tiempo, lo insostenible. Noemí debía tomar una decisión importante: decirle la verdad de lo que estaba sucediendo a Bea. Las consecuencias serían nefastas, pero ella debía comprender que no había encontrado otra salida para salvar a las niñas.

Encendió el teléfono que hacía horas había apagado, marcó el número y esperó que la mujer atendiera. Prepotente Beatriz la reprendió por no haber contestado sus anteriores llamados.

—Te estuve llamando, ingrata. Y luego apagaste el teléfono. ¿Acaso te volviste loca? ¡No entendés que debemos estar conectadas las veinticuatro horas del maldito día?

—Bea... yo... tengo que decirte algo —habló temerosa, Noemí.

—¿Qué sucede? ¿Las niñas están mejor?

—No —fue lo único que la mujer atinó a contestar a esa pregunta.

—¿Qué estás queriendo decir? ¿Llevaste a alguien a la casa? ¿Acaso llamaste un médico para que las vea?

—Este... no... —se hizo un silencio en la comunicación donde ninguna de las mujeres hablaba, pero se podía percibir sus respiraciones agitadas a causa de la excitación que las acometía: una,

por lo que tenía que decir, y la otra, por lo que tenía que escuchar.

—Hablá, Noemí. Hablá o te estrangulo con mis propias manos —amenazó Bea.

—Vine a la clínica para que atendieran a las niñas —soltó Noemí sin más escapatoria y esperando el grito del otro lado de la línea que no tardó en llegar.

—¡¿Qué?! —gritó la mujer al tiempo que un sudor la atravesaba de pies a cabeza.

—La pequeña tenía mucha fiebre, y la del medio...

—¡¿La del medio qué?!

—La tuvieron que operar. Ya salió de la operación. Aún no pude verla. Tenía una obstrucción intestinal y, por la demora en asistirla, no hubo otra alternativa que intervenirla.

—¡Oh, my *God*\ Esto no puede ser cierto. ¿Cómo es posible que seas tan inepta, mujer? ¡Esas niñas no podían ser vistas jamás! —pronunciaba alterada Beatriz sin percatarse de que su hija mayor la estaba escuchando.

—No había otra opción, Bea. Era eso o que muriera.

—¡Entonces, se tenía que morir! —espetó enfurecida—. Te aclaro lo siguiente... si alguien va a ir preso por tener a esas niñas secuestradas, vas a ser vos. ¿Oíste? La única responsable sos vos. Voy para allá, no te muevas de allí. Pero ni sueñes con que te ayude. Me llevaré a la más pequeña y fíjate cómo te arreglás con la otra.

Bea cortó la llamada. Debía pensar cómo solucionar el problema de las menores. Seguramente, a esa altura, ya les habría llamado la atención las características que presentaba y alertarían a las autoridades. Debía asegurarse de que la bebé volviera a su poder. ¿Y la más grande? ¿Con quién había quedado? ¿Estaría sola en la casa del bosque?

Se agarró la cabeza y bufó molesta. Detrás de ella, en completo silencio, Maribel trataba de tragar el nudo que se había formado en su garganta. Lo que había escuchado días atrás sumado a esto, le daba la pauta de que sus sospechas no eran infundadas: su madre secuestraba chicos... no sabía para qué, pero ahora tenía la certeza. Y algo más... no tenía problemas en que murieran.

Jacinto se hallaba en la sala de espera, atento a cualquier anuncio sobre si su mujer había despertado. Su hijo, correteaba entre los asientos y, ajeno al dolor de sus padres, jugaba con cuanto objeto lograba mover.

A unos metros de él, una señora se sentó dejando a una niña pequeña en el asiento a su lado. La beba, de aproximadamente la misma edad que su hijo, se bajó e, inquieta y con paso titubeante, caminó hacia el niño. Ambos se miraron, se sentaron en el suelo y se tomaron de las manos.

En ese instante, Lautaro e Iván, ingresaban en el amplio salón. Se frenaron de golpe al ver aquella situación. El impacto fue rotundo. Los dos bebés eran casi idénticos. Se miraron. No entendían muy bien lo que sucedía allí, pero ambos, tenían en mente el mismo pensamiento.

Pantuso, ajeno a las apariencias de los pequeños y a los pensamientos de sus compañeros, se quedó absorto mirando una de las ventanas del lugar. Allí, estático y observándolo fijamente, se hallaba, otra vez, el gato negro.

Tragó saliva y desvió la mirada prestando atención a sus amigos recién llegados del bar. Ellos no quitaban la vista del centro del salón donde se hallaba su hijo con una nueva amiga. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas al caer en la cuenta de la situación que representaban esos dos niños: la viva imagen de lo que no pudo ser.

De pronto, la mujer levantó a la niña y se alejó en dirección a la puerta de entrada de la guardia por donde ingresaba Beatriz. Iván y Lautaro se miraron incrédulos. Detrás de la mujer recién llegada, el gato negro se hizo ver, se sentó y comenzó a lamer su pata delantera, pero no ingresó al establecimiento.

El niño automáticamente comenzó a llorar cuando alejaron a la niña de su lado. Jacinto fue en su busca para consolarlo porque le habían quitado su objeto de interés.

Al verlos, Beatriz empalideció. Todo conspiraba para que las miradas recayeran sobre ella. Tomó en brazos a la pequeña y salió corriendo, dejando a una Noemí confusa, perdida y sin opción.

Desde ese momento todo fueron miradas, respiraciones agitadas y pensamientos incansables. Los únicos que se mantenían ajenos al denso ambiente, eran Jacinto y su hijo, solo preocupados por la salud de Nadia.

Iván, aprovechó para salir y ver por dónde se iba la madre de Maribel. Lautaro lo siguió. La vieron subir a la parte trasera de un auto. Sentado, al volante, se encontraba Rodrigo. Tío y sobrino presenciaron cómo la beba se abalanzaba sobre el fornido hombre abrazándolo cariñosamente.

Capítulo XXI

Iván cayó en la cuenta de que había omitido avisarle al fiscal de su ausencia y la de sus compañeros cuando sintió vibrar su celular y miró la pantalla.

—Pollastrelli, ¡¿dónde carajo están?!

—Hola, Alberto. Yo también me alegro de escucharlo —ironizó Iván.

—No me ningunee. ¿Cómo puede ser que hoy ninguno de los tres se haya apersonado a trabajar? —consultó ofuscado el fiscal Tempesta al hallarse sin novedades de sus ayudantes al llegar a la fiscalía.

—Estamos en el Sanatorio San Rafael. Internaron a la mujer de Jacinto.

—¿Y tan grave es que ninguno vino a trabajar? —consultó realmente preocupado el fiscal.

—Se quiso suicidar, jefe...

—Oh... y... ¿No hubiera sido conveniente comunicar esto en su trabajo?

—Tiene razón, Alberto. Mil perdones. Vinimos corriendo para acompañar a Jacinto en este momento y no nos percatamos —se disculpó el investigador al tiempo que recibía un café cargado recién salido de la máquina.

—Por el "vinimos" entiendo que se refiere a que está con su sobrino.

—Exacto.

—¿Cómo está ella? ¿Ocurrió algo? —consultó temeroso el fiscal mientras se acomodaba en su sillón recién entregado de la mueblería donde lo había encargado.

—Está estable. Los médicos pudieron salvarla. Le tuvieron que hacer un lavaje de estómago, porque estuvo al borde de la muerte.

—Lo lamento por Pantuso, el dolor se obstina en no abandonarlo.

—Hablando de eso... —interrumpió Iván.

—¿Qué pasa?

—Que estemos aquí no significa que no estemos trabajando —afirmó Pollastrelli deseoso de poner al tanto a su jefe de las novedades halladas en los informes sobre fechas de nacimientos. Sin embargo, aún le faltaba determinar si los profesionales coincidían en los detalles.

—¿Encontraron algo?

—Sí, coincidencias llamativas. Aparición de personas inesperadas... —Iván seguía sorprendido de que la madre de Maribel hubiera aparecido en ese lugar, llevándose en brazos a una beba que casualmente era muy parecida al hijo de Jacinto.

—Sea más conciso, Pollastrelli. No me venga con suposiciones ni intuiciones. Ya le advertí que necesito pruebas concretas.

—Mitad y mitad.

—Lo sospeché. No bien puedan, vengan a la fiscalía y me ponen al tanto.

—Sí, señor.

Iván cortó la llamada y, con el café humeante, se fue hacia la sala de espera a buscar a su sobrino. Una vez allí, lo encontró sentado en uno de los sillones junto a su mejor amigo. Ambos sonreían, observando las monerías que el hijo de Jacinto hacía.

—Lamento interrumpir, pero el jefe nos reclama —pronunció mirando a Lautaro.

—¿Vas a estar bien? —preguntó el muchacho a Jacinto.

—Sí, vayan tranquilos. Así el jefe no rompe las bolas. Nosotros vamos a estar bien, solo nos queda esperar que Nadia despierte...

—Ok, pero cualquier cosa nos llamás inmediatamente —le hizo prometer Iván.

—No lo duden —aseguró Jacinto.

Bea apartó a la niña que pretendía abrazar a su cuñado, se terminó de ubicar en el asiento trasero, le hizo señas de que se apresurara y arrancara el automóvil para que salieran de allí.

Maldijo su suerte. ¿Cómo era posible que tuviera que toparse con ese hombre nuevamente? ¿Y tenía que suceder justamente en esa situación? ¿Qué estaba haciendo en esa clínica tan temprano?

De todas maneras, no podía sospechar nada. Ella lo único que había hecho era cruzar unas palabras con una mujer y llevarse a la niña que estaba con ella. La situación solo delataba que se llevaba a la beba para quitarle un peso en la situación que se encontraba.

Rodrigo observaba a Beatriz por el espejo retrovisor. La notaba alterada. Estaba apretando a la niña más de la cuenta, como si se la fueran a quitar. Por dentro, el gozo de haber vuelto a ver a la pequeña lo hacía desbordar de felicidad. Sin embargo, no lo expresó de ninguna manera.

Media hora más tarde, entraban en la casa del hombre. La niña corrió hacia la escalera. Gateando, se animó a subir los escalones uno a uno.

—Rodrigo... ¿por qué la niña se mueve tan suelta en esta casa? Ella no vivía aquí, estaba en la otra casa.

El hombre intentó comenzar a hablar en lenguaje de señas, pero el grito de Bea lo interrumpió.

—¡Hablá, mudo de mierda! ¡O te pensás que me creo eso de que no ha-blás!

Rodrigo se sorprendió ante el comentario de su cuñada. Él jamás había expresado palabra alguna delante de ella. ¿Cómo podría haberse dado cuenta?

—Sé lo que estás pensando. ¿Querés que te diga cómo me di cuenta? Porque es imposible que un mudo tarado como vos viva solo tanto tiempo y tome tantas responsabilidades. Es muy evidente que, con algunos de los que tratás en tu día a día, te tenés que comunicar de alguna manera. De lo contrario, tendrías que ir con un intérprete a todos lados.

—Estás hablando delante de Alma —habló por primera vez en su presencia.

—*What? /*¿Le pusiste nombre?! —se alarmó la mujer.

—Bajá la voz, Bea. Se supone que no nos puede oír hablar.

—¡No puedo creer lo que está pasando! —la mujer estaba como

enloquecida sin poder creer la mala fortuna que ese día la asechaba.

La bebé, que continuaba subiendo uno a uno los escalones, se detuvo alertada por los gritos. Una mueca en sus labios alertó del llanto que estaba por arremeter por el susto que le provocaron. Rodrigo corrió y la alzó, la recostó sobre su pecho para consolarla. La niña gimió unos segundos entre sus brazos y luego se calmó.

Bea observaba la situación atónita. El hombre, al que le había encomendado el cuidado de las niñas de resguardo de sus hijas, se había encariñado con ellas. Eso no debía ocurrir. ¿Pasaría en otros lugares del país? ¿Había servido de algo utilizar gente muda para facilitar la tarea de no hablarles?

Mil pensamientos se cruzaban por la mente de la mujer. Todo el imperio que ella había levantado se estaba cayendo a pedazos. El peligro corría detrás de ella, pero no se dejaría vencer. Le haría frente a todo y a todos. Saldría airosa, se lo juró a ella misma.

—No le digas a mi hermano —dijo el hombre que permanecía con la niña en brazos.

—¿Él no lo sabe?

—No. Yo dejé de hablar hace muchos años, cuando... cuando mi padre abusó de mí.

—Sí, eso lo sabía. Osvaldo sabe que sos mudo por un trauma psicológico, pero, ¿cuándo volviste a hablar? —preguntó la mujer, intrigada.

—Nunca perdí la voz. Solo decidí dejar de hablar.

—Interesante. Entonces vamos a contarle a Osvaldo que se va a poner muy contento —manifestó la mujer, recobrando sorpresivamente el entusiasmo.

—No. No quiero que nadie lo sepa.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque me vería obligado a decir todo lo que sé y terminarían tras las rejas.

La mujer tragó saliva. A quién, hasta ese momento, había considerado su aliado, quizás no lo era tanto. No sabía qué actitud tomar. Decidió dar por superada la situación.

—Ok. ¿Cómo seguimos entonces?

—Yo sigo siendo mudo. Alma queda a mi cargo. No me mires así. Creo que vos deberías ocuparte de Noemí y la pequeña. ¿Qué pasó con ella?

—La tuvieron que operar. No sé como está.

—Pobre Felicitas, debe estar sufriendo.

—¡¿Le pusiste nombre también?!

—¡Por supuesto! —elevó la voz Rodrigo. La pequeña lo miró desorientada. Se abrazó más fuerte a él—. Las tres tienen nombre. Tienen derecho a una identidad.

—¡Oh, por Dios! ¡Esto es inaudito! Ok, ok —respiró profundo la mujer. Tenía que pensar, y rápido. Debía sacar a la niña de la clínica lo antes posible. En cualquier momento, se darían cuenta de que no existía en ningún padrón y que no poseía documentos de identidad.

Cuando estuvo en el resguardo de su casa, Bea decidió llamar a su hermano. Él se encontraba en Buenos Aires y seguro tendría palabras de aliento para ella, como siempre.

—Aló, hermano. ¿Cómo estás?

—¡Bea querida! ¡Qué alegría oírte! —respondió el hombre.

—No estés tan contento. No tengo buenas noticias.

—No me asustes. ¿Qué sucede? ¿Las niñas están bien?

—Sí, ellas sí. Las que no están bien son las de resguardo. A una tuvieron que operarla.

—¿En dónde? ¿Llevaste un médico a la casa? ¿Te aseguraste de que no abriera la boca? —consultó preocupado el hombre.

—Eh... este... las cosas se complicaron. Tuve que trasladarlas a otro hogar al cuidado de Noemí.

—No entiendo. Bea, ¿qué estás queriendo decir?

—Que todo se salió de control. La niña del medio estaba muy mal y la estúpida de Noemí la llevó a una clínica.

—¡No! ¡No puedo estar escuchando esto! Decime que ya lo resolviste...— pronunció esperanzado.

—Solo pude resolver lo de la niña más pequeña que estaba con ellas en el sanatorio. Ya la tengo conmigo, aunque está afiebrada. La otra no pude, ya la habían operado y está internada.

—¡Bea... lo van a descubrir en cualquier momento!

—Lo sé. Confío en que Noemí no abrirá la boca.

—¡No se puede confiar en esa mujer! ¡Es una estúpida! Tendrías que haberte dado cuenta de que no puedes confiar en alguien que se banca un marido abusador y jugador compulsivo. ¡Estoy harto! Creo que vamos a tener que suspender algunas cosas. Yo no quiero estar implicado en nada de lo que se descubra. Aléjate por un tiempo y no te comuniques con ninguno de tus encargados. Yo me ocuparé de todo desde aquí con Esteban.

Bea se quedó petrificada, escuchando el tono de la línea recién cortada del otro lado. Su hermano la estaba apartando de un negocio familiar de décadas de éxito. Ella lo estaba arruinando todo. Debía encontrar una solución urgente.

Capítulo XXII

Al llegar a la fiscalía, Lautaro e Iván tenían mucho trabajo por hacer y debían poner al fiscal al tanto de todo lo averiguado.

Lautaro se dispuso a hacer una reseña de las fechas que le habían llamado su atención y una estadística de los bebés fallecidos al momento de nacer. Una vez que tuvo el listado completo, se

sorprendió de la cantidad y de la secuencia exacta que se cumplía: un muerto cada tres meses. Detalló, en un apartado, la coincidencia con las hijas de Beatriz y Osvaldo, los padres de Maribel, que casualmente eran cuñada y hermano del sospechoso Rodrigo Valente.

Iván se dedicó a buscar nombres que despertaran su interés o que se repitieran en la intervención en los partos. La tarea se complicó cuando encontró muchas coincidencias, dado que eran los mismos profesionales que trabajaban hacía años en la institución. Sin embargo, por fin, dio con un nombre que le hizo retroceder en la lista y volver a comenzar teniéndolo en cuenta: Noemí Carreras figuraba como enfermera, partera, obs-tetra, anestesista, asistente, instrumentista. Todas esas tareas cumplidas en distintos partos. ¿Qué tipo de médica era? Y figuraba en absolutamente todos los nacimientos en los que el bebé había fallecido.

La sangre de su cuerpo comenzó a espesarse cuando cayó en la cuenta de que sus sospechas se estaban volviendo ciertas. De alguna u otra manera, estaba encontrando las coincidencias que tanto temía.

Otro nombre le llamó la atención: Beatriz San Martín. Ella figuraba tanto como empleada de la institución como madre de las niñas nacidas: las hermanas de Maribel. El nombre le resonó en su mente. Un vago recuerdo se apoderó de él, pero era muy lejano. ¿En dónde lo había escuchado?

—Lauti... ¿Cómo es el apellido de Maribel? —consultó Iván a su sobrino.

—Valente, creo. Lo investigué en el club para averiguar cosas sobre ella y buscarla en las redes sociales, pero no encontré nada —comentó algo avergonzado Lautaro por revelar de qué manera había obtenido ese dato.

—Valente... también me suena. ¿De dónde son conocidos esos nombres?

—¿Te suena Valente y cuál más? —consultó Lautaro sin entender las dudas de su tío. Lo notaba pensativo y extremadamente concentrado. Estaba tras de algo y no entendía muy bien qué era.

—Acá encontré, varias veces, el nombre Beatriz San Martín, que también tengo el vago recuerdo de haberlo escuchado alguna vez —le indicó Iván a su sobrino, mientras le mostraba los lugares en donde lo había resaltado con fibrón en el listado.

—Claro, están en la lista cuando nacieron sus hijas.

—No, también figura como enfermera y asistente en algunos partos del sanatorio.

—Ah, no tenía idea de que trabajara allí. Pero, ¿te suena de eso o de otra cosa?

—Esperá. Vení. Voy a *googlear*.

Iván tomó el *mouse* y quitó la computadora del modo *dormir*.

Abrió el explorador, que le mostró de manera predeterminada como página de inicio el famoso buscador. Tecleó de manera rápida y precisa los nombres de los padres de Maribel.

Tío y sobrino quedaron estupefactos cuando los resultados de la búsqueda aparecieron en pantalla. Los padres de Maribel habían perdido un hijo hacía varios años por un problema en el corazón. Al entrar en una de las páginas para conocer más sobre aquella noticia, supieron que, en realidad, habían perdido dos hijos.

—¡Con razón cuidan a Maribel como si fuera de cristal! —exclamó Lautaro sorprendido por lo que se acababan de enterar.

—Me imagino que sí. Pero ¿no te parece raro que, teniendo dos hijos con la misma enfermedad, luego tengan tres hijas sanas?

—No sé. ¿Qué querés decir?

—No quiero decir nada, solo me llama la atención —contestó Iván al tiempo que bajaba en la pantalla buscando más información —. Martín se llamaba uno de los hijos que murió, Martín Valente— siguió leyendo el artículo periodístico para encontrar más datos—. Acá no dice nada del nombre del otro hijo.

—Che, qué parecidos que eran los bebes que vimos en el sanatorio —comentó Lautaro, cambiando de tema en el instante en que el recuerdo se le vino a la mente.

—Muy parecidos. Pero más allá de eso, quiero saber por qué mierda apareció la mujer esta —dijo señalando una foto que, en ese momento, se hacía presente en la pantalla —en la clínica y se llevó la beba que estaba con otra mujer. Dejame probar algo...

Iván tomó su celular y llamó a su amigo Jacinto.

—Hola, Polla —respondió con un tono de voz cansado.

—Hola, amigo. ¿Cómo está todo? ¿Nadia?

—Ya despertó, pero tuvieron que volver a sedarla, porque tuvo un ataque de nervios al darse cuenta de que estaba viva...

—Oh, Dios mío. Lo siento, amigo.

—Sí, yo también lo siento.

—Lamento molestarte en este momento, pero necesito un favor.

—Decime, no me viene mal despejarme un poco.

—¿Sigue allí la mujer que estaba con una bebé? Luego a la niña se la llevó otra mujer y ella quedó sola.

—Sí, continúa acá. Parece ser que tiene una hija internada que operaron de urgencia. Lo raro es que la policía le vino a hacer preguntas. Los médicos la interrogan a cada rato.

—¿Lograste oír su nombre en algún momento?

—Sí, la nombran a cada rato y la llaman de distintos sectores — Jacinto repitió el nombre que resonó tantas veces en la sala de espera.

—¡ Bingo!

—¿Qué ocurre? —consultó Jacinto alarmado por la exclamación

de su amigo.

—Ya te explicaré. Solo te pido que no la pierdas de vista. Si tu situación te lo permite, avísame de sus movimientos y está atento a quiénes la visitan. Gracias.

—Lo haré.

—¿Necesitás algo? ¿El nene está bien? ¿No deberías llevarlo a la casa de tu hermana?

—Ay, Polla. Tenés esa manía de hablar preguntando. Lautaro tiene razón. Frená un poco, amigo. No todos tenemos tu acelere. Quédate tranquilo que ya la llamé. Está viniendo a buscar al "nene" —remarcó Jacinto por cómo lo había llamado Iván.

—Ok, perdón. Es que estoy en medio de algo y necesito info. Llámame cualquier cosa que necesites.

—Sí, gracias.

Iván se giró en su asiento y miró a su sobrino.

—¿Qué pasa? —preguntó Lautaro al ver la cara de su tío, algo desencajada.

—A que no sabés cómo se llama la mujer que estaba con la beba parecida al hijo de Jacinto...

—¿Cómo?

—Noemí Carreras...

Por la tarde, llegó Alberto Tempesta a la fiscalía y pidió reunión urgente con Iván y Lautaro. Lo pusieron al tanto de la situación de Jacinto y su esposa, en primer lugar, para luego, comenzar con los asuntos de la investigación que llevaban a cabo.

—Alberto, sospecho que el tema de los seguros pasó a un segundo plano.

—Expliqúese, Pollastrelli.

—Hemos recabado información sobre los nacimientos en la Policlínica San Rafael y tenemos ciertos datos alarmantes.

—¿Y qué tiene que ver eso con los seguros?

—¿Recuerda que le comentamos...? —no pudo terminar la frase.

—Sí, sí. Recuerdo muy bien sus suposiciones aberrantes.

—Bueno, con Lautaro estuvimos investigando y tenemos todo esto —Iván extendió los resúmenes hechos por su sobrino, donde se verificaban las coincidencias.

Tempesta se tomó un largo rato para analizarlos. Al cabo de varios minutos, logró esbozar un comentario.

—Pollastrelli... lo que está rondando por su mente, sería algo así como que hay una mafia que roba bebés recién nacidos, los hacen pasar por muertos y, luego, venden sus órganos —pronunció el fiscal.

—Algo así, solo que creo que algunos los mantienen vivos y los dejan crecer para asegurar órganos para niños más crecidos...

—¿En serio suponés eso, tío? —dijo Lautaro sin poder creer lo

que escuchaba.

—Pollastrelli, además de este listado con profesionales que podemos investigar, ¿tiene algo más?

—Sí. Creo que el hijo de Jacinto es uno de esos bebés secuestrados y podría estar vivo.

—¡Tío! —gritó Lautaro al tiempo que se paraba alarmado por lo que acababa de escuchar.

—Pollastrelli no cruce una línea tan peligrosa con conjeturas, por favor.

Fue, en ese momento, cuando Iván se vio en la necesidad de contarle con el mayor detalle posible todas sus averiguaciones, los encuentros, la familiaridad del chofer sospechoso con la familia que presidía la institución para sordomudos y que eran los que habían perdido dos hijos hacía muchos años, el nombre que ese mismo día había averiguado sobre la mujer que tenía una beba igual al hijo de Jacinto y mucho datos que Tempesta, esta vez, apreció como de importancia. Desde ese instante, ya no desestimaría ningún dato que Iván le brindara.

—Señor fiscal, tiene una llamada en línea tres —le indicó su asistente.

—Gracias, Ester. ¿De qué se trata?

—Es una llamada de una abogada de Buenos Aires. Dice que ya habló con Iván Pollastrelli.

—Sí, él ya me puso al tanto. Páseme el llamado, por favor, y dígale a Pollastrelli que venga de inmediato.

—Ya mismo —afirmó la mujer, que corrió a su escritorio para hacer lo ordenado por su jefe.

—Alberto Tempesta al habla —inició la conversación el fiscal.

—Buenas tardes, señor fiscal. Mi nombre es Melisa Riglos y estuve conversando la semana pasada con el investigador Iván Pollastrelli.

—Sí, estoy al tanto. ¿Algún avance en la investigación?

—Bastantes. Podemos afirmar que esto es mucho más grande de lo que sospechábamos. Las estafas por las pólizas de seguros se extienden a todo el país. Las denuncias crecieron en un ochenta por ciento en el último año.

—Alarmante.

—Y eso no termina allí. No sé si Iván le comentó de las llamadas a un celular de una flota...

—Sí, eso también.

—Por lo que estuvimos analizando, las llamadas a ese celular, uno en específico, provienen de varias provincias del norte argentino: particulares, otras instituciones para sordomudos, clínicas y hospitales.

—¿Y qué sospechan?

—Claramente, un centro de operaciones más que importante funciona en San Rafael, de eso no tenemos dudas. Con estos datos, ya estamos en condiciones de ordenar a los distintos distritos que nos proporcionen información sobre otras denuncias. Tiene que haber algo que nos ayude a ir tras las pistas de los hombres desaparecidos de Buenos Aires.

—Cuentan con nosotros. Pongo el altavoz, porque acaba de ingresar Pollastrelli en mi oficina.

—Buenas tardes, Iván.

—Buenas tardes, doctora Riglos.

—Tengo algo más para contarles.

—La escuchamos —habilitó Tempesta.

—Tenemos un problema en nuestro estudio. Por un tema de seguridad, hacemos un registro de todos los llamados entrantes y salientes tanto de los teléfonos de línea como de los celulares que proporcionamos a nuestros empleados. Por otra investigación, uno de mis asistentes detectó algo extraño.

—La sigo —acotó Iván.

—En febrero, hemos detectado un llamado desde la línea de un empleado nuevo del estudio. El joven se comunicó al mismo número de la flota de San Rafael que estamos investigando.

Iván y el fiscal se miraron extrañados. Pollastrelli se puso de pie y comenzó a deambular nervioso por la oficina. Se estiraba el cabello con los dedos entrelazándolos como para ayudarse a sí mismo a pensar.

—Doctora Riglos...—pronunció Iván haciendo una pausa, como queriendo llamar la atención de la abogada, la cual lo captó de inmediato.

—Sí, lo escucho —dijo ella esperando el comentario.

—¿Cuál es el nombre de su empleado?

—Martín Valente.

Capítulo XXIII

—Pollastrelli, ¿ya transmitió a Pantuso sus sospechas?

—¡No! No sabría ni cómo encararlo.

—Bueno, no se altere, pero vaya pensando en que esto debe saberlo cuanto antes— advirtió Tempesta.

—Tío, el fiscal tiene razón. Cuando Jacinto regrese al trabajo, vamos a tener que ponerlo al tanto de los avances del caso, y solo va a caer en la cuenta de lo que estamos sospechando. No sé como lo tomará, pero quizás sea mejor que vayamos preparándolo.

—Todavía no sé si ponerme triste o contento. Esta situación es más complicada de lo que parecía. ¡Y nosotros perdiendo tiempo con las estafas de seguros, cuando se roban chicos desde hace años en todo el país!

—Otro tema —comentó el fiscal—. Tenemos que investigar a ese tal Martín Valente que mencionó la abogada.

—De eso se van a ocupar ellos —respondió Iván—. Recuerde que cuando la doctora Riglos salió del *shock* por lo que le contamos, dijo que iba a poner a todo su equipo a investigar. Además, los empleados de allí, para entrar a trabajar, deben hacerse análisis, por lo que tienen muestras de sangre de todo el personal. Lautaro va a solicitarle a Maribel una muestra de su cabello.

—¿Y ustedes piensan que se lo va a dar?

—Y si no me lo da, veré como le saco uno. No se preocupen por eso.

Iván se retiró de la oficina de Tempesta. Lautaro lo hizo detrás de él. Se ubicaron en el escritorio frente a frente. Debían ordenar papeles, pensamientos, ideas...

—Tío...

—Mmm...

—Ahora que lo pienso, mi amigo Patricio pertenece a esta institución. Quizás sabe algo o conoce a esta mujer Beatriz.

—Pero él hace poco que llegó. No creo que sepa mucho.

—Claro, pero quizás la madre. ¿La querés llamar? —lo chicaneó Lautaro, porque sabía que la mujer se había mostrado más que interesada en su tío.

—No jodas, Lauti. Bastante tengo con tu mamá que no para de llamarme y mandar mensajes. Perdón, no es reproche, pero es difícil de manejar.

—Lo sé. No le des bola. Pero, en serio, quizás la madre sepa algo o la trató a esta mina. No perdemos nada con preguntarle.

—Lauti... si querés llamarla, hacelo.

—Gracias.

Cuando Lautaro, al fin, obtuvo la autorización para comunicarse con su amigo, le mandó un mensaje.

“Hola, Pato. ¿Te suena el nombre Beatriz San Martín?”

“Hola, Lauti. No. Esperá que le pregunto a mi vieja”.

El celular de Lautaro comenzó a sonar. Tenía una llamada entrante desde el teléfono de Patricio.

—Hola —atendió.

—Hola, Lautaro. Habla Marina —se la notaba muy nerviosa.

—Sí, estaba mensajeando con Pato.

—¿De dónde sacaste el nombre de esa mujer?

—Es la madre de una chica que me gusta y como es la esposa del presidente de la institución donde va Pato... quise...

—Sí, sí. ¿Qué más sabés? —preguntó de manera atolondrada, como si las palabras se le escaparan de la boca.

—¿Qué es ese ruido?— preguntó Lautaro sin poder identificar un

sonido que provenía del otro lado de la línea.

—No importa. Solo voy a decirte que mi hermana Noemí trabaja con ella. Yo no sé nada más —acotó nerviosa.

—¿Noemí Carrasco es su hermana? —preguntó el joven sorprendido.

La atención de Iván se concentró de manera inmediata en la comunicación que estaba teniendo Lautaro con la mujer.

—Sí, es mi hermana y trabaja para ella. Bah, o con ella, no sé muy bien.

—¿Qué es ese sonido que se escucha, Marina? —insistió el muchacho.

—Lautaro, no tengo nada más para decirte.

Iván tomó el teléfono y habló con la mujer. Había escuchado todo lo conversado desde que su sobrino conectó el altavoz.

—Hola, Marina. Aquí Iván Pollastrelli.

—Hola, Iván. Qué bueno escucharte. Perdón, ando algo nerviosa.

—Marina, es importante que nos digas qué sabés de Beatriz San Martín y de tu hermana. Por favor, necesitamos contactarlas y, quizás, sea preferible comenzar por Noemí.

—Ella no está.

—Ya sabemos que no está en su casa. ¿Vos estás allí? Es decir, en la casa de Noemí.

—Sí, una casa que es de las dos. ¿Cómo saben que no está aquí o en su casa del centro? —consultó intrigada la mujer.

—Está en una clínica, porque operaron a una de sus hijas.

—¿Sus hijas? Ella no tiene hijos...

Silencio...

—¿Qué es ese gemido que se escucha? —insistió Lautaro ahora bastante alterado, que escuchaba la conversación puesta en altavoz.

—¡Dios mío! ¡No quiero líos! No sé qué está pasando. Mi hermana me hizo venir a esta casa que tenemos en el bosque para cuidar a una joven, pero esta chica es rara... no habla y solo sisea... ¡Dios mío! Es como si no supiera hablar y no sé quién es, jamás la vi en mi vida. Juro que no la conozco.

—¡Tío! Es el mismo sonido que yo escuchaba desde la ventana de la casa del mudo. ¡Es ella! ¡La tenemos!

—Marina... necesitamos que nos digas dónde estás y que no te muevas de allí ni vos ni nadie. No te va a pasar nada. Quiero que estés tranquila —trató de convencerla Iván para que no le cortara la comunicación y le diera los datos que necesitaban.

La mujer le proporcionó los datos en medio de titubeos. Algo le decía que era lo mejor que podía hacer por esas niñas, aunque con eso, perjudicara a su hermana.

Iván y Lautaro corrieron al despacho del fiscal, al que entraron

sin golpear. El disgusto del hombre se disipó en el preciso instante en que sus hombres le daban la nueva pista.

Se hicieron los llamados pertinentes y, en menos de una hora, partían -secundados por dos móviles de la policía- hacia la dirección indicada a más de doscientos kilómetros de allí.

Beatriz dejó a Rodrigo con la niña a pesar de estar disconforme con el trato paternal que él le daba, pero no tenía otra alternativa. Necesitaba ir en busca de la chica más grande para llevarla a otro lugar. Nada que tuviera que ver con Noemí ahora era seguro. Los médicos no tardarían en hacer la denuncia, y la policía iba a aparecer de un momento a otro.

Llamó a su cómplice y, como era de esperarse, no la atendió. Maldijo a todos y cada uno de los santos. La situación se estaba complicando y temía que alguien se quebrara y mencionara su nombre. Eso no debía pasar. No contaba con nadie. Esto debía resolverlo sola.

Llamó a su marido para avisarle que volvería tarde a la casa. Sus hijas habían quedado solas al cuidado de Maribel. Osvaldo se alteró al saberla lejos y temió por las decisiones de su mujer. No era normal que ella faltara sin aviso y, menos aún, que no se ocupara de la cena o el baño de sus hijas que mantenía de manera inmaculada.

Beatriz decidió llamar al chofer que trasladó a las niñas a la casa del bosque. Le pidió las indicaciones para llegar, cargó combustible y se dispuso a ir a buscar a la mayor. Así, tendría a resguardo a dos de ellas. La otra, era un caso perdido.

Las manos le sudaban y la bajada del sol le hacía mal a los ojos. De los nervios y la ansiedad que la acometían, olvidó colocarse el cinturón de seguridad, hecho que lamentaría. Luego de haber recorrido cien kilómetros, no se percató de un camión de transporte zigzagueante que regresaba hacía la ciudad de San Rafael y se acercaba hacia ella. El vehículo hizo una mala maniobra, y Bea pegó un volantazo sin buenos resultados. Camión y automóvil colisionaron de manera brutal. La mujer pisó el freno, pero fue en vano. Salió disparada por el parabrisas y cayó sobre el pavimento de cabeza. Logró abrir los ojos sin entender lo sucedido. No se oían ruidos y todo era serenidad. Le dolía el cuerpo y la cabeza. Divisó de manera confusa unos ojos brillantes y una silueta acercándose. Estaba oscuro y la penumbra no le permitía ver con claridad. No lograba moverse y apenas podía levantar los párpados. La figura se detuvo a unos centímetros de ella. Era un gato negro que, plácidamente, se sentó para comenzar a lamerse la pata delantera y restregársela por la cara felina. Beatriz no comprendía por qué no podía moverse. Notó un charco de sangre que crecía bajo su cara apoyada en el pavimento. Maldijo para sus adentros: «Mierda, la policía va a llegar antes que

yo».

Segundos después de ese pensamiento, Beatriz San Martín dejó de existir.

El móvil de la fiscalía seguido por la policía de San Rafael, se encontró con un accidente de tránsito brutal a mitad de camino. En el lugar, ya había móviles policiales de la zona y dos ambulancias. Se acercaron para enterarse de lo sucedido. El comisario a cargo les informó que el vehículo era propiedad de Osvaldo Valente.

La sorpresa que los hombres se llevaron superó cualquier situación vivida hasta el momento. Allí, tirada en el suelo, tapada por la bolsa mortuoria, se hallaba la mujer que ellos estaban buscando, la artífice de un endemoniado negocio ilegal.

Decidieron seguir el camino hacia la casa del bosque. Debían dar con Marina, su hijo y quién sea que estaba con ellos. No les preocupaba Noemí, porque sabían que la clínica ya estaba alertada de la situación y no la dejarían irse.

Llegaron al lugar, aunque debieron dejar el automóvil a varios metros, porque la arboleda imposibilitaba acercarse a la casa. Patricio fue el primero en aparecer y corrió para abrazar a Lautaro. El muchacho se había dado cuenta de la situación que le parecía inverosímil.

Iván y Lautaro fueron a la habitación que Marina les indicó, escoltados por dos hombres armados. Al abrir la puerta, se encontraron con una joven de unos quince años, no se podía precisar de manera exacta, asustada y alterada a la vez.

Cuando los ojos de Lautaro y de la joven hicieron contacto, el mundo de ambos cobró sentido. Allí estaban, después de mucho tiempo... mirándose... Sin embargo esta vez, no era a través de una ventana.

Capítulo XXIV

UN MES DESPUE'S...

Jacinto y Nadia, tomados de la mano, esperaban sentados en la sala de espera del Instituto de Menores de la Provincia de Mendoza. A pesar de no querer demostrarlo, ella notaba cómo temblaba todo el cuerpo de su marido. Le acarició la mejilla suavemente, al tiempo que le daba un beso en la frente.

La noticia de que su hija estaba viva los había impactado de igual manera. Primero, lo supo Jacinto en una reunión privada con Iván y el fiscal Tempesta. Luego de haber casi destrozado la oficina, había llegado la calma y el nacimiento de una nueva forma de felicidad: la que se mezcla continuamente con la tristeza del tiempo perdido, del engaño, de la injusticia y lo difícil que será lograr la plena felicidad.

Pantuso debió esperar una semana para contárselo a su mujer. Primero se sometió a un análisis de ADN, aunque las dudas eran

pocas. La niña era casi igual a su hijo y muy parecida a Nadia. Cuando llegó el momento, y con su mujer más repuesta, afrontó el desafío de revelarle la verdad. Fue el momento más difícil de su vida, incluso mucho más difícil que el día en que creyeron muerta a su hija o el día en que Nadia intentó suicidarse. Él no podía prever la reacción de su esposa.

Sin embargo, una especie de luz iluminó la sala del hogar al momento en que la mirada de esa madre recobraba vida. Jacinto fue espectador privilegiado de ver como la sangre volvía a correr por las venas de esa mujer que era su gran amor.

Y allí estaban, ansiosos, felices, preocupados, extasiados... Jamás creyeron encontrarse en esa situación.

Por fin, la puerta se abrió. Una mujer escoltada por dos policías y el fiscal Tempesta llevaba en brazos a una pequeña de cabello ondeado, de ojos grandes y sagaces. La niña, sonriente, primero miró a Nadia que ya había comenzado a lagrimear. Luego miró al hombre a su lado y de manera automática, le extendió los brazos para que la tomara. Se escuchó el ahogo de llanto de Jacinto al que se le formó un nudo en la garganta. La abrazó, la cobijó sobre su pecho y, en ese momento, juró a la vida devolver algo de todo lo que ella había conseguido regresarle.

—¿Qué *acelga,* tío?

—¡Ay, no! —se quejó Iván ante el saludo de Lautaro imitando a Jacinto.

—Jajaja, bueno, era hora de que alguien ponga algo de alegría en esta oficina —comentó el joven para dar buenos ánimos.

—Sí, tenés razón, después de todo la resolución del caso fue bastante favorable para la mayoría.

—Ponele... Haceme un resumen, que allá abajo en el depósito no me entero de casi nada.

—Bueno... hoy Jacinto y Nadia se reencuentran con su hija. Estoy esperando que me llame para ver cómo les fue. No puedo más de la ansiedad. Si no me llama en media hora lo empiezo a llamar yo.

—Esa es una excelente noticia. Menos mal que Tempesta logró apurar un poco los trámites burocráticos, si no esto iba para largo.

—Sí, es verdad. Noemí Carrasco va a ser enjuiciada. Acordaron reducirle la pena si cuenta todo lo que sabe y da nombres. Lo primero que contó fue que Beatriz tenía un hermano en Buenos Aires que maneja gran parte del negocio. Es el que crió a los hijos "muertos" de esta mujer. ¡Dios mío! ¡Qué mente siniestra!

—Tremendo. ¿Y las chicas encontradas?

—Hay de todo. Esto era una mafia. Secuestraban bebés y los sometían a una vida de extrema soledad y ni siquiera les permitían aprender a hablar. Una persona, en lo posible muda, los cuidaba. Por

lo que nos contaron, hasta los dos años les daban un mínimo de cariño para enseñarles a no llorar. Luego, el silencio reinaba, solo se les deba los cuidados justos y necesarios, y quedaban entre cuatro paredes el resto de sus vidas.

—Y... esta chica... la de la ventana... —Lautaro no sabía cómo nombrarla.

—Es todo un tema esa joven... Y como ella, hay varios más. El problema es que, llegados a cierta edad, si nunca aprendieron a hablar, es muy difícil que puedan hacerlo. Los llevarán al instituto de menores bajo estrictos cuidados, porque aún no pueden convivir con otras personas. Todo deberá ser paulatino. El proceso será lento.

—¿Y las familias de esos bebés robados?

—Se irán contactando con todas para pedir muestras de sangre. Una vez evaluados los ADN de todos los supuestos progenitores y todas las personas que se vayan encontrando, se irá resolviendo los pasos por seguir para restituirlos a sus familias. Esto llevará meses, años quizás. Están por todo el país, ¿entendés?

—Lo entiendo. Que lo comprenda es otro tema. Ahora... La duda que me carcome es: ¿cómo sabían que las chicas que Beatriz mantenía iban a ser compatibles con sus hijas en caso de tener que donarle algún órgano?

—Sí, eso lo declaró Noemí Carrasco. Ellos secuestraban recién nacidos al azar. Luego los sometían a exámenes para armar una base de datos con los tipos de sangre u otras características difíciles de entender para nosotros. Evidentemente, estas tres niñas resultaron ser inmunológicamente compatibles con Maribel y sus hermanas, y por eso las crió como "resguardo" bajo su protección —narró Iván, luego de haber comprendido algo de ese complicado proceso de establecer la posibilidad de compatibilidad en los humanos.

—Y como esta mujer tenía acceso a la clínica y al laboratorio...

—Hacía lo que quería allí dentro —completó Iván —. Su título de enfermera, trabajar allí y miles de dólares que obtenían con las estafas de seguros, servían para comprar a cualquier médico o persona para que trabajara para ella. Incluso no se entiende para qué las tenía de resguardo, si al final era todo una farsa y sus hijas eran sanas. Pero como debía mantener toda una mentira delante del marido, aprovechó y se dio el lujo de tener "niñas exclusivas" por las dudas.

—¡Tremendo! —exclamó Lautaro.

—Sí. Solo sé que debemos agradecer que la hija de Jacinto haya sido compatible con la más pequeña de esa familia.

—¡Tenés razón! ¡De lo contrario andá a saber dónde terminaba!

—Tal cual... ¿Maribel cómo está?

—Hecha mierda. No entiende nada. Literal. Me pide que le explique, pero cuando arranco me dice que no puede ser, que no es

cierto y no me deja continuar. El padre estará en libertad hasta que se inicie el juicio. Creo que es la semana que viene. Le dieron tiempo para sepultar a su mujer, que ya lo hizo hace más de quince días, y cerrar sus asuntos de la presidencia del instituto para sordomudos.

—No sé cómo logró tener ese privilegio, pero bueno. Mientras no se les escape...

—No creo. Dio su palabra y su casa está vigilada por la policía día y noche.

—Sí, ya sé. Yo mismo me encargué de eso. Y el hermano también irá preso, aunque no lo considero un hombre peligroso. No sé. Creo que es una víctima de todo esto. Que con tal de ayudar a su hermano hacía cualquier cosa.

—Sí, puede ser. Me preocupa Maribel y sus hermanas. No tienen a nadie y son menores.

—Tranquilo. Apareció la familia de Valente: la madre y una hermana de Osvaldo que viven en España. Llegan el lunes. Se les va a tomar declaración para verificar si conocían algo de todo esto. En principio, es lo más próximo a una familia digna directa que se les puede dar.

—¿Y se las van a llevar a España? —preguntó Lautaro preocupado por suponer el alejamiento de su amor.

—Eso no lo puedo saber, Lauti. Perdón, pero podría ser una posibilidad...

—Lo sé. Habrá que ser fuerte. La voy a esperar. Cuando cumpla dieciocho años, la voy a buscar y me la traigo para acá.

—Sos un dulce, sobrino. Ojalá todo se desarrolle de manera que ambos puedan ser felices.

—Gracias, tío. Te quiero...

EPILOGO

Maribel salió de su cuarto y bajó a la cocina. La casa estaba en silencio. Sus hermanas dormían. La sensación que reinaba en su hogar desde hacía un mes ya no era el mismo de siempre. Se vivía mucha tristeza mezclado con un poco de paz. Ella no se sentía bien teniendo esos sentimientos, pero la libertad la llamaba a gritos y eso aplacaba la angustia de haber perdido a su madre.

Prestó atención a un sobre apoyado sobre el centro de mesa. Tenía su nombre. Sacó el papel que estaba dentro, lo desplegó y comenzó a leer.

Querida hija:

Antes que nada, debo pedirte disculpas por el pasado, el presente y *elfututo que vendrá.*

Hemos sido víctimas de una mente perversa, pero yo tengo parte de culpa, porque sabiendo lo que ocurría, no solo no hice nada para evitarlo, sino que lo fomenté. Sí, debo confesarte que, hasta hace unos días, yo creí

ser el ideólogo de toda esta locura. Que ingenuo he sido...

Mientras escribo estas líneas, solo se viene a mi mente y a mi corazón el dolor por el que he pasado al perder a mis dos primeros hijos. Nada, y *quiero recalcar esa insignificante palabra, "nada" en este mundo, se compara con esa pérdida. Y ahora, más de quince años después, me entero de que están vivos, que todo fue un montaje* y *que esa mujer siniestra me obligó a vivir sin ellos* y *a ellos sin mí.*

Lamento tener que llamar así a tu madre, pero no encuentro otro calificativo para hacerlo. Vos y *tus hermanas no tienen la culpa de nada, al contrario. Las sometimos a una vida precaria en lo social, a constantes análisis médicos innecesarios, a llevar una limpieza* y *pulcritud extrema, a alimentarse* y *vestirse como si fueran enfermas.*

¡Cuánto dolor siento! Se torna insoportable esta sensación de impotencia, de desolación. Me falta el aire, me duele y me pesa el cuerpo.

Sé que hoy, al leer esta carta, estarás atravesando mucha tristeza, pero te pido que seas fuerte por vos y *para cuidar a tus hermanas. Ellas no van a comprender lo sucedido* y, *quién sabe, quizás es mejor que nunca lo sepan.*

La vida hizo justicia y *nos ahorró tener que enfrentar a Beatriz, al menos así lo siento yo. No sé si la hubiera perdonado. No sé si la perdonaré alguna vez.*

No me eximo de mis responsabilidades. Yo estaba al tanto de casi todo lo que se hacía: las estafas con las pólizas de seguros, el robo de niños recién nacidos y *el sometimiento a una vida de ignorancia. De esta manera, yo también debo pagar mis culpas. Lamento haber sido engañado, creyendo que esta era la mejor opción. Siempre hay otra alternativa para solucionar las cosas. Pero fui cómplice... eso no se puede cambiar. En la fiscalía, me comentaron que este era un negocio que se venía ejecutando desde hace más de treinta años por la familia San Martín. Esto que nos ocurrió solo fue una continuación muy bien pergeñada. Y* yo *caí en la trampa. Yo soy tan responsable como ellos.*

Te pido, Maribel, que trates de rehacer tu vida en la bondad. Ustedes se merecen una vida digna y *normal. Sé que ese guapo muchacho te quiere y te va a ayudar. Confía en él.*

Vuelvo a ofrecerte a vos y a tus hermanas y *a las tres niñas rescatadas* y *a todos los niños y jóvenes que, a partir de ahora se van a recuperar, mis más sinceras disculpas. Ahora lo comprendo... todos tienen derecho a una identidad. Eso me lo enseñó mi hermano, que fue capaz de ponerles nombre a esas pobres nenas. Él sí es humano, él sí entendió la vida. Ojalá la justicia no sea tan dura con él.*

Si querés y *estás de acuerdo, te encomiendo velar por la salud y el progreso de las niñas que eran su resguardo. Dios quiso que llegaran hasta aquí vivas,* y *es nuestro deber devolverles algo de lo que le quitamos. Ojalá encuentren paz* y *puedan ser felices.*

Te dejo, hija. Debo irme. Debo pagar por mis errores. Pero antes, te pido un último favor: estén atentos a todo tipo de señal... En cualquier lugar de este país, podría haber... una niña en la ventana...

Papá

Entre lágrimas, Maribel subió corriendo al cuarto de su padre para revisar el armario y comprobar si se había llevado la ropa. Allí, todo estaba intacto, no faltaba nada. Pero él no se encontraba en esa habitación. Bajó, revisó el garaje y el auto estaba estacionado como siempre. El portón y la puerta permanecían cerrados. Buscó en el patio trasero. Abrió la puerta y allí, colgado de la rama de su árbol más querido, pendía el cuerpo inerte de su padre...

FIN

Regalo de la autora para todos los niños

We are the world.

We are the children.

We are the ones who make a brighter day, so let's start giving.

There's a choice we're making. We're saving our own lives.

It's true we'll make a better day, just you and me.

Nosotros somos el mundo.

Nosotros somos los chicos.

Nosotros somos aquellos quienes hacemos un día más brillante, pues empecemos a dar.

Es una elección que estamos haciendo. Estamos salvando nuestras propias vidas.

Es cierto, haremos un día mejor, solamente tú y yo.

USA for Africa. (1985). We Are the World. En We *Are the World* [LPJ.

Los Ángeles, EE. UU.: Columbia Records.

AGRADECIMIENTOS

A todos los que estaban esperando saber más sobre Iván y Jacinto.

A todos los que me acompañan en este camino y crecen junto a mí.

A Soledad Rey por la impecable corrección.

A María Celi por la increíble portada.

A Daniela Celi y Verónica Varela por tomar mi mano para seguir este recorrido.

A los lectores cero Verónica Varela, Daniela Celi, Germán Liernur, Aldo Proietto, Laura Isaac, Morena Barrasa y Cecilia Noto. Gracias por sus opiniones y sugerencias.

Uno especial para Daniela Celi que me ayudó con información sobre el tema de la compatibilidad donante-receptor, con vocabulario sencillo para que pudiera expresarlo y contarlo en la historia.

A Florencia Bonelli por ser mi referente y a quién siempre agradeceré en mis novelas.

A mi familia por apoyarme incondicionalmente.
A las chicas BUS y ÑUS por estar siempre a mi lado.
A los protagonistas de esta novela, por haber llegado a vida...
índice
Introducción de la autora
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Epílogo